

Selección RNR



*La violeta de  
Garden House*

NUNILA DE MENDOZA



Romance histórico

# La violeta de Garden House Los Townsend 1º

*Nunila de Mendoza*



1.<sup>a</sup> edición: mayo, 2017

© 2017 by Nunila de Mendoza

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-686-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mamá y a todos mis afectos.  
Especialmente a ti.*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Londres, 1884

Epílogo

La saga de los Townsend – II parte

Promoción

## *Londres, 1884*

La visión era muy graciosa: un bollito en satén amarillo espiaba entre los rosales, mientras comía ávidamente un pastelito, haciendo girar su enorme vestido, balanceándolo al ritmo de la música. Y creyendo, erróneamente, no ser vista por nadie, se atrevía a girar en el patio con los ojos cerrados. Ian Townsend la miraba sonriente desde el ventanal de un salón situado en la planta alta, donde esperaba su cita clandestina con *lady* Gertrudis. «Será una tímida debutante», pensó él. «Pequeñas tontuelas».

—Perdón por la demora, amor.

—Solo diez minutos —dijo Ian con una sensual y perezosa sonrisa—, estás mejorando.

La hermosa mujer se lanzó a sus brazos, él suspiró un tanto aburrido, mientras besaba los labios ardientes de *lady* Gertrudis, pensó: «Descarada, otra debutante tonta».

—¡Aquí estás!

—Perdón, tía Gloria. —Violet tragó saliva y escondió el resto del pastelito a sus espaldas—. Perdón.

—Niña, ¿así piensas conseguir marido? —preguntó de mal talante la tía, con los brazos en jarra—. ¿Escondida entre los rosales?, ¿comiendo desaforadamente? ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer contigo Violet?

Esa era una pregunta que todo aquel que conocía a Violet —o mejor dicho, Lady Violet de Hamilton— se hacía. Mientras *miss* Gloria —su chaperona, su tía y su único familiar cercano, limpiaba el rostro de la chica acomodando sus cabellos, repetía la misma pregunta, una y otra vez. Ese era el estigma de la muchacha: desde que nació nadie ha sabido qué hacer con ella, ahora que era una mujer de casi veintiún años, parecía condenada a no encajar en ningún lugar. Era, en fin, una contradicción ambulante: noble de cuna pero pobre,

divertida pero tímida, inteligente pero infinitamente torpe, muy culta pero en temas impropios de una mujer educada; sabía hablar en griego, pero no tocar el piano; sabía matemáticas y horticultura, pero no de hacer mamparas ni monederos. Tenía los ojos de color violeta, los más hermosos que alguien pudiera imaginar, pero era casi ciega si no se ponía anteojos.

—¿Qué voy a hacer contigo? —la enconaba *miss* Gloria— ¡Concéntrate, muchacha! Este *Weekend*, en el castillo del duque de Ithron, es de las pocas invitaciones que he conseguido para ti. ¡Es aquí donde debes encontrar marido, sí o sí! Pon de tu parte, ni siquiera has tratado de comenzar una conversación decente con algún muchacho.

—No se acercan a hablarme —respondió Violet—; cuando lo hacen, yo lo estropeo. A lord John Becher lo bañé con ponche de uva cuando quise alcanzarle su sombrero; al honorable Arthur Gibss casi le vuelo un ojo porque abrí mi sombrilla muy cerca de él (ojalá no le quede cicatriz); por último, a lord Michael Separad le pregunté por su madre sin saber que, hacía dos semanas, había huido con su amante: el pobre Michael se atragantó del susto. Todos los solteros que me ven ahora huyen descaradamente al otro extremo de la habitación.

—¡Tu abuelo! —dijo *miss* Gloria, mientras la miraba sorprendida durante unos segundos. Luego, lanzó una exclamación a la par que alzaba sus brazos al cielo—. ¡Tu abuelo! Es culpa de él: te llenó la cabeza de tonterías, nunca se dignó enseñarte a socializar con la gente.

—¡Mi abuelo! —Violet dio un melancólico suspiro, mientras lo recordaba bajito, delgado, haciendo muecas divertidas con el bastón: todo para hacerla reír.

—Sí, tu abuelo. No creas, yo también lo quería mucho, pero ¡qué daño te hizo, muchacha, al aislarte del mundo! Ahora, ¿cómo te hacemos encajar en él? Estás empezando tres años más tarde tu debut en la sociedad, ya todos saben de los problemas financieros de Garden House... —La tía hizo una pausa, cerró los ojos, suspiró dándose palmadas en sus muslos y recobró inmediatamente su correcto temple—. ¡Basta!, concentrémonos. Necesitamos

un hombre con dinero...

—Joven —agregó Violet.

—Joven —asintió *miss* Gloria.

—Los viejitos me recuerdan a mi abuelo, me da cosas —dijo Violet haciendo un gesto de escalofrío.

—Joven, con dinero, que esté ansioso de tener que darles un apellido noble a sus hijos, y que desee casarse pronto.

—¿Tía, si respondemos a esos correos de los americanos que piden esposas? Nos comprometemos, nos casamos antes de que me conozcan, luego no podrán desistirse.

—No digas tonteras, muchacha. Le juré a tu abuelo, de rodillas ante su tumba, que te casarías, y bien casada. Aunque la vida se me vaya en ello, lo haré. Y sobre todo, no dejaré que tu tío Truman ponga un dedo en Garden House.

—Solo quedan diez semanas para cumplir los veintiún años.

—Lo haremos, ya verás, lo haremos. —*Miss* Gloria comenzó a repasar en su mente los posibles candidatos para planear la estrategia para el mejor abordaje. Mientras, Violet jugaba balanceando el bolso de mano en su muñeca.

—Tía Gloria —la interrumpió en sus profundas elucubraciones—, ¿no sería maravilloso que mi esposo también me quisiera?

—¡Oh, Violet! —dijo la mujer—, ¿qué voy a hacer contigo?

Ian se acomodaba la ropa mientras escuchaba las desbordadas palabras de amor de la bella Gertrudis:

—Haré que mi padre autorice el compromiso, ya verás, amor. ¡Oh, Ian! Seremos tan felices, viajaremos por todo el mundo. Me gusta tanto viajar: me llevarás en tu barco, recorreremos América, iremos a China, me comprarás turquesas y esmeraldas en la India....

Ian sonreía cínicamente mientras la mujer hablaba y hablaba de sus planes futuros como esposos. «Lo que hace el dinero», rumiaba en su fuero interno. Hace unos años no hubiese atravesado la puerta de la mansión de estos nobles,



ni como mozo de caballerizas. Ahora la hija de un conde le pedía matrimonio. Ella iría a rogarle a su padre que le diera su consentimiento para casarse con él. «¡Qué graciosa!» Cuando ese padre, que estaba endeudado hasta por lo que no tenía, ya se la habría arrojado a sus brazos, prácticamente. «¡Cierto eres un bastardo sin orígenes! —Lo abordó borracho en el club de caballeros al cual ambos asistían—. Pero dicen que tienes más dinero que el mismo rey George. Entonces, tu dinero acicalará mis deslices financieros, para que mi apellido noble higienice tu lóbrego pasado».

Ian Townsend, después de un frío y concienzudo análisis, había decidido que ya era tiempo de casarse, además, que lo haría con una mujer de nobles orígenes. A sus 32 años, había comprendido que, en este mundo —sobre todo, en Inglaterra—, no bastaba contener dinero, del cual disponía y mucho. Tenía que tener un apellido noble, también. Sus hijos tendrían un pasado decente, él podría introducirse a los lugares que necesitaba, para hacer lo que tenía que hacer. Sí, un matrimonio por conveniencia con Gertrudis no estaba mal: la mujer era hermosa, lo suficientemente tonta para no estorbarlo en la vida y así podría cumplir sus metas trazadas. De repente se le vino a la mente la imagen del bollo amarillo que estaba dando vueltas en el jardín, entonces logró borrar esa sonrisa cínica por una verdadera.

Al contrario de las recomendaciones de su tía, Violet seguía comportándose de determinada manera y haciendo todo lo que no tenía que hacer para conseguir marido: se escondía de los ojos de su severa chaperona y de la vista de los demás. Comenzó a recrear en su mente los juegos que inventaba con su abuelo; en su pensamiento era una espía que se escondía detrás de las columnas, de grandes floreros o de las mujeres robustas para no ser percibida, y así poder oír las conversaciones tan absurdas de los nobles. Entre ellas: las chácharas interminables de las jóvenes debutantes acerca de la importancia de abanicarse correctamente ante el muchacho indicado, la preocupación de las madres por aquellos que figuraban en la lista de pretendientes de sus hijas. La exquisita disección de sus posibles yernos o víctimas que consistía en analizar

sus orígenes, parentescos, amantes, fortuna, especialmente, posibles enfermedades mentales o taras familiares. Mientras, los hombres elegantes, muy refinados, lo mejor de la nobleza de Londres, comentaban cuántas veces lo habían hecho en una noche con la bailarina exótica llegada de las Antillas.

«¡Qué bueno que tengo buena memoria!», Violet ya se divertía pensando en los cuentos deliciosos que tenía para entretener a su amigos de Garden House, pero lo que no sabía la espía, era que ella misma estaba sujeta a un reglaje no menos eficaz: el hombre que la había visto bailando sola en el jardín ahora la seguía con la mirada y con una permanente sonrisa, por todos los escondites del gran salón. El caballero estaba fascinado ante la pericia de la muchacha para pasar inadvertida al caminar por al lado de la vizcondesa de Stansgate, un ropero andante, que la tapaba por completo; Violet hasta hacía coincidir sus pasos para seguirle el ritmo. La joven luego le sirvió la taza de té al duque anfitrión, como si fuera un mozo, sin que nadie de los presentes se percatara de su presencia. También intercambió los bolsos de tres muchachas, lo que causó un gran alboroto, ya que en el interior de cada una había notas dirigidas al mismo pretendiente.

—¡Tú sí que te sabes divertir!

Los ojos de Violet se abrieron el doble de lo normal al escuchar la profunda y ronca voz que le hablaba. Se quedó por unos segundos muda mirando al hombre más atractivo que había visto en su vida: Era un muchacho muy, muy alto, de anchos hombros, de cabello tan negro como sus ojos, y de un rostro varonilmente perfecto, matizado por una amplia sonrisa. Violet no pudo evitarlo, se puso sus lentes para ver mejor esa aparición. Tenía que hablar, pero estaba tan asustada por el último embrollo que había ocasionado que preguntó en un hilo de voz:

—¿Qué es lo que ha visto? —dijo ella. Se encogió aún más en la banca, lanzando miradas rápidas al salón principal.

—A tres jovencitas —respondió él—, representantes de lo más exquisito de la sociedad inglesa, que están jalándose de los cabellos y diciéndose palabrotas dignas de un bucanero.

—¡Ah, eso! —respondió Violet haciéndose la desentendida, mientras sacudía una pelusa inexistente de su regazo —. Sí, pues, qué terrible.

—Que, por casualidad, intercambiaron bolsos descubriendo en ellos notas que las tres enviaban al mismo muchacho

—¿Ah, sí? Lo que son las casualidades.

—Sí, ¿no? —Ian hizo una pausa y la miró seriamente, aunque en realidad quería soltar una carcajada—. ¿Cómo sabía que las tres iban por el mismo muchacho?, ¿le hicieron algo a usted?, ¿quiso vengarse por algo?

—No. Ni siquiera las conozco —contestó Violet.

—Por el joven en cuestión, entonces. ¿Usted lo ama?

—No, tampoco lo conozco.

—¿Entonces?

—Lo hice por *lady* Susana.

—¿Quién es ella?, ¿su amiga?

—No, a ella tampoco la conozco.

—¿Podría, por favor?— suspiró Ian.

—¡Oh!, bien.

Violet agachó la cabeza, le tembló el labio inferior (siempre sucedía cuando confesaba una falta). Y con soltura pero de una manera muy simpática, le explicó a su severo juez lo que había pasado: las espiaba de casualidad percatándose de que las tres muchachas estaban detrás del joven Charles Malcome III, quien era el heredero aparente de una de las familias de más alcurnia de Inglaterra. Entre ellas se hacían horribles trampas, en complicidad con sus madres, para que llegaran habladurías de las otras a los oídos de la marquesa de Saxonhurts, madre de Charles; sin embargo, fingían ser las mejores amigas. Además, se enteró de que la temporada pasada el joven en cuestión había mostrado una gran inclinación hacia una joven llamada *lady* Susana; es más, hasta le había declarado su amor, hasta se hablaba de una posible boda, pero resultó que sus tres supuestas amigas íntimas habían tramado un plan malévolo para sacarla del camino. Comenzaron a esparcir

rumores terribles sobre la conducta de la muchacha, pero sobretodo de la vulgaridad de sus orígenes.

—Pobre Charles —siguió Violet con la explicación—, esos rumores de Susan llegaron a la madre de este, y la marquesa dio por terminado su romance. Tan así que la muchacha, nunca más fue invitada a ningún otro baile o reunión social.

—Y usted descubrió que fueron las integrantes de ese trío quienes... —dijo Ian sorprendido.

—Sí, las escuché hablar —continuó Violet, pero ahora su tono era de enojo—. No, hablar no, jactarse de ello: de cómo habían destruido a *lady* Susana, todo porque es más bonita que ellas.

—¿Y las hizo caer en una trampa?

—Solo les cambié los bolsos —dijo Violet levantando sus hombros.

—Ahora bien— Ian acercó su rostro al de ella y le preguntó—, ¿por qué?

—¿Por qué? —preguntó Violet con extrañeza—, ya se lo expliqué. Lo que le hicieron a Charles y a Susana fue horrible...

—Sí—interrumpió Ian—, pero como bien ha dicho, usted no los conoce.

—No los conozco, pero no estuvo bien lo que les hicieron. Anónimamente le he mandado una nota a Charles en la que le explicaba el embrollo que habían hecho esas tres brujas. Es muy probable que ahora se esté reconciliando con *lady* Susana.

—Usted sí que es muy extraña.

—Si se lo va a contar a alguien, espere un tiempo a que Charles y Susana logren unirse.

—¿Está segura usted de no tener alguna predilección por el joven Charles siendo esa su verdadera motivación?

—No, claro que no, ni siquiera lo conozco, ya se lo dije. Además, está afuera de mi alcance, es un número tres.

—¿Un número tres?—preguntó Ian intrigado.

—Verá —dijo Violet, a la par que limpiaba con esmero sus pesados

anteojos—, los pretendientes para esposos se dividen en tres grupos: Uno, los hombres con título, de noble cuna, pero sin dinero, que buscan esposas con fortuna, sin importarles el linaje; luego están los hombres sin título, con fortuna, que buscan esposas con título, sin importarles su dote; y el último grupo es el de Charles Malcome III, hijo del marqués de Saxonhurts, el que tiene dinero y linaje, por lo tanto...

—Por tanto —la interrumpió Ian—, puede escoger la esposa que quiera.

—Oh, no, se equivoca. Ese es el grupo más exigente, solo puede escoger una esposa igual a él: con dinero y con linaje.

—¿Y usted es? —preguntó Ian levantando la ceja y mostrando su blanca y perfecta dentadura.

—Soy del grupo de las de noble linaje con ningún quinto en el bolsillo. ¿Y usted?

—Del número dos.

—¿Es soltero?

—Sí

—¡Oh! —se dibujó una bonita «O» en sus labios, que hizo sonreír a Ian.

—¡Ian!, ¡cariño, cariño! —Los gritos agudos de *lady* Gertrudis interrumpieron la conversación.

—¡Ah!, pero ya está comprometido —le dijo Violet con un tono de decepción, al mismo tiempo que distinguía a la bellísima *lady* Gertrudis quien, para su horror, venía acompañada de su tía Gloria. Por la severa mirada de esta última, Violet intuyó que estaba muy disgustada.

—¡Viene con mi tía! No le diga que me ha visto. —Se levantó rápidamente y desapareció sin que Ian pudiera decir más. Antes que llegara Gertrudis al pie de Ian, *miss* Gloria se adelantó diestramente por unos pasos.

—Buenos días, señor —dijo la tía de Violet—, ¿ha visto por aquí a mi sobrina?

—Recién llego, señora —respondió Ian.

—Es bajita, de cabello negro y de grandes ojos color violeta.

—No —dijo Ian, pero luego preguntó ávidamente—. Por si la encuentro, ¿cómo se llama la señorita a quién busca?

—*Lady Violet*, nieta del conde de Hamilton.

—Si la veo, le diré que su tía está buscándola.

—Ian, cariño, amor, tengo que hablar urgente contigo. —*Miss Gloria* se retiró lanzando una mirada no muy amable a Gertrudis, quien se había aventado prácticamente a los brazos de Ian.

*Lady Gertrudis* hablaba con agobio, se retorció los dedos, caminando impacientemente de un lado a otro. Por la mañana, su padre había recibido una propuesta de matrimonio del marqués de Rothgar, un viejo gordo, calvo y repulsivo que había enviudado hacía poco tiempo.

—Tienes que raptarme, amor, llevarme lejos.

Ian inventó una excusa rápida y prometió a *Lady Gertrudis* que iba a pensarlo. «¿Raptarla?», pensaba mientras caminaba lo más rápido posible, lejos de ella. «¿Raptarla? Tonta, quiero entrar en esta sociedad, no excluirme de ella. Parece que al padre se le presentó un mejor pretendiente. Bueno, habrá que buscar otra candidata». De repente, la imagen del bollito amarillo se le vino a la mente. «*Violet Hamilton*», pensó. «¡Qué graciosa niña! Esos ojos, esos labios. No, ella no es la indicada; aunque sea una delicia para mirar y una exquisitez cuando habla... ¡No, Ian, ni hablar! No, de ninguna manera, no es la mujer que buscas».

La tía *Gloría* golpeaba los talones para hacerle entender a *Violet* lo preocupante de su situación. Le volvió a repetir que si antes de cumplir sus veintiún años no estaba casada, su tío se convertiría en el albacea general de sus bienes, específicamente, de *Garden House*. Como ya se lo había dicho varias veces, no dudaría ni dos segundos en rematarla, pagar sus deudas, botar a sus pocos ancianos sirvientes a la calle; y a ella la enviaría de institutriz de sus hijos en Francia.

—¿Es ese el destino que quieres?

*Violet* se quedó muda mirando la ventana, pensando en *Garden House*, su casa. Cuando murieron sus padres, ella era muy pequeña, pasó al cuidado de

su abuelo y de Bonnie, en ese bello lugar. En esa casa, ubicada casi a las afueras de Londres, tuvo una infancia idílica. El abuelo viudo, medio loco, obsesionado con las plantas, las matemáticas y las novelas de ficción, le descubrió un mundo lleno de aventuras y de alegrías, sin nunca haber salido de su hermosa finca. Las mañanas se dividían en experimentos de injertos en plantas, en problemas matemáticos intrincadísimos para medir la distancia al Sol, o en tardes de lecturas emocionantes de personajes fantásticos para su posterior análisis. Todos los días había algo divertido para hacer en Garden House; todos los días había algo que descubrir, un sueño que realizar. Todo era perfecto. Solo que el abuelo nunca le dijo que, más allá de esos muros, había un mundo donde había dinero y que esa vida de ocio, como la que disfrutaban, no les correspondía porque si bien eran nobles, no eran ricos. Pero no lo culpaba, su abuelo nunca le concedió importancia al dinero. Como firme predicador de la misericordia cristiana, cuando salía, las pocas veces que paseaba por la ciudad, si un mendigo se le acercaba, le daba igual dar lo primero que saliera de su bolsillo, así fuera un penique o un billete de cien libras. El noble conde no entendía —y nunca entendió— la diferencia. Había muerto hacía un año, sin haberla dejado protegida financieramente; su única herencia valiosa fue la misma manera de reír y el juramento que aún en la otra vida estaría velando por ella. Ni siquiera se dio cuenta de la necesidad de cambiar ese absurdo testamento, que era la maldición de las mujeres Hamilton desde hacía varias generaciones: si no estaba casada antes de cumplir la mayoría de edad, su herencia pasaría al pariente varón más cercano...

—Haré lo que pueda —musitó Violet.

Volvió a dirigir su mirada a la ventana y se quedó pensando entonces en los ojos infinitamente negros de su interlocutor de la mañana, en lo apuesto que era y en que nunca lo había visto antes. Definitivamente, noble no era; esa piel curtida por el sol, esos hombros anchos eran de un hombre acostumbrado a trabajar, y a trabajar mucho. Pero ya estaba comprometido con la odiosa *lady* Gertrudis; pobre hombre, le esperan años de años de chismes de salón y de charlas insípidas sobre lo correcto de la moda francesa. «Bueno», se decía

ella, «si se ha fijado en una mujer así, quizás sea tan frívolo y superficial como ella; aunque su risa era sincera, parecía un hombre inteligente, pero...».

Las modas de los ingleses como sus temporadas veraniegas estaban comenzando a aburrir terriblemente a Ian y a la pequeña Violet. Ambos por separado compartían los mismos sentimientos: estaban igual de hartos de la decadencia de la sociedad londinense. «Trabajo», pensaba Ian. «A esta gente lo que les hace falta es trabajar». Los nobles caballeros estaban acostumbrados a vivir de sus rentas y de sus nombres; los más jóvenes estaban aventurándose al mundo de los negocios, pero siempre soterradamente. No había nada más innoble que un noble trabajando. Las mujeres también, que colección de seres vacíos y vanos, esperaban en vitrina a un marido que les permitiera seguir en su caduco estilo de vida. E Ian estaba ahí, siguiéndoles el juego, queriendo entrar en él. Violet, por otro lado, pensaba en su casa, en que sus plantas necesitaban de su riego y abono, en sus ancianos sirvientes precisaban de sus cuidados. «¿Habrà alguien que esté tan harto de todo esto como yo?».

—¿No le gusta bailar?

Como siempre, a Violet la encontraron sentada tras los arbustos moviendo sus pies al ritmo de la música, mientras devoraba gustosamente sabrosos pastelitos.

—¡Ah!, es usted. —La decepción en la voz de Violet provocó en Ian una risa tan estrepitosa que la muchacha temió llamar la atención.

—No se ría tan fuerte, nos pueden oír.

—¿Quién?

—Alguien.

—Y es malo, ¿por qué?

—Porque no quiero que me vean.

—Está bien. —Ian se sentó a su lado, entonces ella, sin dejar de mirar por entre los arbustos la pista de baile, le puso en su mano un pastelito que había sacado de su pequeño bolso —. Por fin encuentro un uso adecuado a estas cosas —le dijo. Levantando el bolso y moviéndolo de un forma divertida.



Ian lo tomó, aunque no era un aficionado a ellos, lo comió ante la espontánea acción de la muchacha. Se quedaron un rato en silencio, uno al lado del otro, disfrutando del comer un dulce sin tener nada que decir, a Ian le pareció lo más normal que había hecho desde que había llegado a ese castillo.

—¿Cuántos caben en su bolso? —preguntó Ian.

—Muchos. No importa, casi nadie los come y no sé por qué son deliciosos. Las mujeres temen mancharse los vestidos, los hombres dicen que se marean más si comen dulces. Como si los dulces fueran los culpables... ¡Oh, ahí vamos! ¡Mire ahí! —Violet lo hacía ver por una entrada pequeña entre los arbustos mientras relataba la acción—. Lady Henrieta se acerca al barón de Gunter, lo saluda con una inclinación, no sonríe, pero ¡ahí está!: rozan imperceptiblemente sus manos y se voltean. Escuché a las doncellas que habían pasado la noche juntos, en el cuarto de él, ahora fingen no conocerse; lo cual no sería un problema si no fuera porque ella está casada y el Barón, comprometido. Y porque ambos alientan el matrimonio de la hija de *lady* Henrietta con el hermano del barón, pero que fracasará, según todos, porque al hermano del barón le gusta mucho el olor de las flores al atardecer, ¿usted me entiende, no?

—Entiendo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Ah, sí?, porque yo no. Escucho lo de flores al atardecer, pero no entiendo qué tiene de malo o qué implica, ¿por qué la muchacha será tan desgraciada de tener un esposo que le guste eso? Se lo pregunté a mi tía Gloria, pero solo me ha dicho que no es tema para una dama. —Hizo una pausa y miró a Ian con un gesto de impaciencia. —¿Y?

—¿Y qué?

—¿A qué se refieren?

—Creo que es que... —Hizo una pausa buscando las palabras correctas—. El hermano del barón gusta más de compañía masculina que de femenina.

—Ah. —Pero sus ojos fijos en él le decían que en verdad no entendía nada.

Hasta que Ian vio que se encendían con una luz que los traspasó como un rayo, y su boca pequeña de labios generosos se convirtió en una encantadora «O». —¡Ohhhhhhhh! Entiendo, eso sí que es un problema para la hija de *lady* Henrietta. Cuando uno entiende el significado de las cosas, se eleva el contenido de las mismas hasta el infinito.

Ian no paraba de sonreír a esa encantadora muchacha de rostro ovalado, mejillas sonrosadas y busto generoso. Tenía un aspecto tan vivo, tan saludable que contrastaba con las otras mujeres, mortalmente pálidas, delgadas; según ellas, sofisticadas y a la moda. Todo lo contrario a *lady* Violet: Su comportamiento también lo dejaba atónito. Se sentó con ella, y hablaron, durante un largo rato, de los visitantes de la estadía. Más que chismosear, Violet estaba haciendo un estudio ontológico de las personas ahí reunidas; Ian se dio cuenta de que esta era una de las primeras salidas de la joven, porque todo le extrañaba y le causaba admiración.

—¿Entiende? —le decía Violet francamente indignada— Gastaron tanto en un licor que nadie tomó.

—Absurdo.

—Eso es lo que digo yo. ¿Y la cantidad de comida que botan a diario? Llenan las mesas de muchos alimentos raros, casi la mitad de lo que sirven se tira a la basura; podrían sustentar a no sé cuántos hospicios con todo eso, pero prefieren tirarlo a la basura. ¿No es horrible?

—Cierto.

—Otra pregunta más, señor... —hizo una pausa esperando que él pronunciara su apellido.

—Townsend, pero para ti, Ian. Solo Ian.

—Solo Ian —bromeó ella con una sonrisa—. Yo soy Violet Hamilton—. Al momento de pronunciar su nombre, levantó su mano para estrechar la mano de él y luego agregó, aún con su mano en la enorme mano de Ian (quién por alguna razón se negaba a soltarla).

—¿Por qué los hombres celebran haberlo hecho cuatro veces en una misma noche? ¿Qué es lo que hacen y por qué es una hazaña tan memorable hacerlo

en más de cuatro oportunidades?

Ian soltó una carcajada, que esta vez resonó en toda la casa, atrayendo las miradas hacia donde ellos estaban escondidos.

—¡No se ría tan fuerte! ¡No tiene usted nada de buenos modales!

—Mira quién lo dice —le dijo Ian sin parar de reír—, la que escucha conversaciones de los demás.

—¡Oh no, ya nos vieron! Vienen su prometida y *miss* Gloria—. Violet soltó su mano, alzó el ruedo de su falda, corriéndolo en sentido opuesto antes que llegara su temida tía.

—Espere —decía Ian mientras se secaba las lágrimas de los ojos, aún sin poder contener sus carcajadas.

—Amor, ¿estás bien? ¿Con quién hablabas?

*Lady* Gertrudis se colgó de los hombros del caballero, mientras este seguía riéndose de la ocurrencia de Violet. Parada detrás de Gertrudis estaba *miss* Gloria, que lo observaba con detenimiento. La señora arqueó una ceja, miró a Ian con una mirada de sumo interés; lo examinó desde la punta de los zapatos hasta ese mechón que colgaba en su frente. Se puso a un lado para no estropear la visión por Gertrudis. Ian también se estaba fijando en ella hasta que se sintió incomodo ante tal descarado examen, quiso preguntarle, groseramente, cuál era el veredicto de su apreciación. Pero el gesto de *miss* Gloria de levantar el mentón, torcer la nariz y hacer una reverencia pasando por su lado le dio la respuesta.

Hubiese sido más noble de parte de Ian decirle, de una vez por todas, a *lady* Gertrudis que, si bien era hermosa y muy apasionada, no estaba entre sus planes dar una pelea de honor por ella ni por ninguna otra mujer; sin embargo seguía buscando la manera de hacérselo entender. Su plan era casarse con el consentimiento de la familia, ser admitido en la sociedad. Nada de raptos, huidas escandalosas o matrimonios furtivos. Mientras cavilaba esos pensamientos y el modo de explicárselos a la dama, sin herir sus sentimientos, no dejaba de mirar entre los asistentes, por si encontraba a *lady* Violet. ¡Qué graciosa era!, con esos ojos bellísimos que se agrandaban al sorprenderse, esa

boca pequeña de labios frescos y rosados. «No, esa mujer no», le decía algo en su interior. «Esa mujer no te conviene. Definitivamente, ella no».

Gertrudis se retorció las manos, mientras jalonaba con ira sus dedos, pensando en su desdicha. De ninguna manera la casarían con el viejo marqués de Rothgar. Haría que su padre acepte la unión con Ian: ese era el hombre que había elegido para ella. El y solo él podría llevarla lejos de esa vida llena de tedio y aburrimiento; recorrerían el mundo, se aventurarían a lugares exóticos, asistirían a todas las fiestas, a todos los carnavales. Era un hombre joven, rico, guapo, aventurero. Un mundo de maravillas se abría ante ella. No arruinaría sus planes solo porque el viejo noble tenía más títulos que Ian. Definitivamente, su padre tendría que aceptar su matrimonio con el hombre que ella había elegido. Algo tenía que hacer y algo haría.

—¿Estás segura, Gertrudis? —preguntaba la amiga, un poco asustada— El marqués es un buen partido. Es un poco mayor, pero...

—Me lleva treinta años —la interrumpió la joven—, es asqueroso, hasta me provoca arcadas cuando me mira de esa manera tan libidinosa.

—Sí, claro, es mayor y está un poco subido de peso. Pero serás una marquesa de las ricas, con carruajes hermosos, te llenarán de joyas. Además, Rothgar solo ha tenido hijas mujeres; si logras darle el hijo varón, entonces...

—Nunca. Solo la idea de que ese viejo sapo me ponga las manos encima me enferma. Además, Ian también es rico.

—Pero no es noble —repuso la amiga—, hablan cosas espantosas de él: desde que se ha criado en las calles de Londres como deshollinador, hasta que su fortuna la ha hecho robando en los mares como pirata.

—No me importa, es joven además de millonario. Si lo vieras...Es tan hermoso, fuerte, masculino. Definitivamente, él y solo él será mi esposo.

Un plan, necesitaba un plan: llevar las cosas al extremo, crear tal situación que su padre ni nadie pudiera objetar su unión. Quizás, mostrarse públicamente comprometida en una situación indiscreta, con suficientes testigos, para que su padre tuviera que aceptar a Ian Townsend como su yerno.

Violet admiraba el castillo al estilo “alto isabelino” de su amable anfitrión.

Aunque la huésped no estaba muy a gusto en general, no podía negar la belleza de la mansión veraniega del amigo de *miss* Gloria: tenía cientos de habitaciones y muchos salones de todos los colores para actividades específicas, como tomar el té, bordar, jugar juegos de mesa. etc. El salón principal, ubicado sobre el patio central estaba completado con arcadas, logias y arcos apuntados, podía albergar fácilmente a unas trescientas personas que estuvieran bailando con comodidad al compás de una orquesta de veinticuatro músicos. Asimismo, contaba con escaleras de mármol que conducían a jardines gigantes, diseñados con intrincados pasadizos hechos de setos; con caminos adornados con árboles traídos desde el Líbano, y con múltiples terrazas con impresionantes fuentes de agua. Todo perfectamente hecho, magníficamente cuidado. «¡Muy grande!, ¡muy lujoso!», suspiraba la joven. «Pero le falta el amor que se respira en Garden House, ¡oh, como extraño mi casa!»

Era esa noche, la más importante de las actividades programadas en el castillo, se llevaría a cabo el último baile que daba por terminado ese *weekend*. Ante la presencia de todos los invitados, *lady* Violet Hamilton se retorció de un lado a otro de la silla, mientras que *miss* Gloria la miraba con enojo. El corsé que le habían impuesto por unas horas, para que estuviera presentable, la estaba torturando; hasta podía ver las huellas del martirio cuando se lo quitaba por las noches, lo cual relativamente captaba la atención de su tía, quien solo respondía que usarlo era de damas educadas, de alta alcurnia, y que no podía entender que fuera la primera vez, con los años que tenía, que vestía uno.

—Nadie me ha odiado tanto—susurraba Violet.

—Te escuché, niña —replicaba la tía—. Las damas jamás murmuran—. Entonces daba por concluido el tema y la mandaba a acostarse.

—¡Por Dios, niña! ¡Estate quieta! —le llamó la atención *miss* Gloria, entre dientes, sin dejar de sonreír a los demás invitados.

—No puedo tía. Es cierto, esta vez no exagero: una punta de alambre del corsé está clavándose en mi costado.

—No digas tonterías —seguía susurrándole, sin dejar nunca de sonreír—, estás un poco más alimentada de lo necesario, esa faja es muy importante para la postura de una dama

—Pero...

—Nada, he oído que el honorable Fernando de Aravena opina que tus ojos son hermosos, me gusta su buen aspecto.

—Él mata animales —dijo Violet conteniendo un gesto de disgusto—, solo habla de armas y de tener un oso disecado en su sala, que mató en América.

—Es un joven adinerado, de buena cuna y deportista.

—¿Deportista? Es un asesino de criaturas indefensas, lo bastante ocioso como para irse a América a matar ese pobre animal.

—Basta de chácharas, es un buen partido, muy bueno.

Las damas y los caballeros desfilaban en sus mejores trajes, los barones se apresuraban para pedir a las jóvenes que apuntaran sus nombres en sus tarjetas de baile. Para la ocasión, el castillo del duque estaba adornado con miles de flores que habían sido traídas desde los más exóticos lugares. Además, la noche estaba programada para que empezara con una cena de siete platos, con especialidades de Oriente nunca antes probadas en Londres, así como nuevos platos especialmente creados para esa noche, acompañados de mucho champán helado y de vinos exquisitos. De fondo sonaba música interpretada por los más talentosos artistas de la época. Habría también una pequeña representación teatral hecha por un actor que era furor en los teatros de Londres. El final de velada se cerraría con una exhibición de fuegos artificiales en los jardines principales; sería una fiesta que iba a marcar el calendario social por años. Por una razón diferente, pero sí verdaderamente fue una fiesta que dio que hablar por mucho tiempo.

—Oh... —Violet soltó un suspiro tan lastimero que asustó a *lady* Gloria—. Ahora sé cómo se habrá sentido nuestro señor Jesucristo con la lanza clavada en su costado.

—¡Santo Dios, niña!, ¡que sacrílega que eres!

—De verdad me duele.

—Violet, cinco minutos —le dijo en un tono muy amenazador, mostrándole la mano—. Te doy solo cinco minutos, te acomodas el corsé y regresas. Comenzará el baile y tengo previsto que, por lo menos, bailes dos veces con el joven Fernando.

Violet sacó la cuenta al subir las escaleras: si se iba hasta sus habitaciones, que estaban hasta el final del ala este del enorme castillo, esos cinco minutos prometidos a *miss* Gloria se convertirán en cincuenta. Así que consideró oportuno que esos pequeños saloncitos situados al inicio del pasadizo fueran los indicados para librarse de esa horrible jaula de alambre; se la quitaría, la dejaría escondida, para más tarde venir por ella. Hasta podría quitarse esos ridículos zapatos que le martirizaban los pies, descansar por lo menos uno de esos cinco minutos. Satisfecha con sus cálculos, entró al saloncito gris.

Ian retorció la nota entre sus dedos. «¡Cuánta urgencia!», renegaba en su mente., ¿Cómo haría para hacerle entender? «Será lo mejor irme esta misma tarde, para terminar con el asedio de Gertrudis. Esto de conseguir una esposa noble es un dolor de cabeza, sinceramente no encajo en esta sociedad. ¿Salón gris? ¿Cuál es el salón gris, mujer estúpida?»

Cuando entró en la habitación, vio a una mujer con la cabeza cubierta por un corsé. Desde la altura de sus hombros, no podía ver su rostro porque este se le había atascado en sus cabellos, sobresalían de ella sus brazos que jalaban el armatoste infructuosamente sobre su cabeza. La mujer daba vueltas por toda la habitación profiriendo una y mil maldiciones. Ian reconoció el satén amarillo soltando una profunda risa.

—¿*Lady* Violet?

—¿Señor Ian? ¿Es usted? ¡Oh, gracias al cielo!, ¡por favor, ayúdeme!

—¿Qué pasó?

—Quise desatar esta armadura de satanás pero no pude, se me ocurrió sacármela por arriba, y se atracó. Ayúdeme, por favor, me estoy ahogando.

—Está bien, pero quédese quieta. —Ian desenroscaba los lazos sin éxito, porque estaban demasiado enredados.

—¿Qué pasa?— hablaba Violet agitada— El alambre está hincándose.

—Espere, cálmese.

—¡Apúrese!, moriré ahogada.

—Calma, no sea exagerada.

—Igual que mi tía, como ustedes no lo sienten...

—No, es imposible, tendré que cortar.

—Está bien, pero hágalo rápido; me ahogo.

—Ya calma, pequeña, estese quieta.

—¿Qué es ese sonido?

—Mi navaja.

—¿Siempre tiene una?

—Hacen falta para cortar las tiras del corsé de una dama en apuros.

—Muy gracioso: mientras, yo estoy a punto de desmayarme.

—Listo, creo que ya está listo.

El enorme corsé cayó al suelo, jalando la camisola y dejando el generoso busto de Violet al descubierto, en el preciso instante en que se abrieron las puertas del salón. Ante la sorpresa del duque anfitrión, del padre de Gertrudis, de tres distinguidos caballeros y de algunas otras damas, Ian reaccionó prontamente poniéndose delante de Violet para tapar la gloriosa visión de su pecho. *Miss Gloria* se abrió paso entre los caballeros asistentes hasta llegar delante de ellos.

—¿Qué pasa aquí? —gritó la mujer.

Fue lo último que oyó claramente Violet; después de eso, solo escuchó gritos, improperios, acusaciones. La esposa del duque cayó desmayada al descubrir la escena. Las damas pedían sales, repitiendo que jamás había ocurrido un acto tan licencioso en ese castillo. *Lady Gloria* taconeaba ante el duque de Ithron, mientras pedía explicaciones por la conducta de su invitado.

—¡Basta!, ¡por favor, tienen que escucharme! —gritaba Violet—. No pasó nada, no me estaba desnudando; al corsé se le soltó un alambre, entré a esta habitación para sacármelo, pero el nudo estaba muy ajustado... Entonces, por favor, escúchenme: quise retirarlo por arriba y se enroscó en mi cabello. El



señor Townsend vino por casualidad quiso ayudarme: nada pasó... ¡Por favor! Tienen que escucharme.

Pero parecía que a nadie le importaba la verdad, solo valía, como decía *miss* Gloria, lo que habían visto todos: a *lady* Violet Hamilton desnuda de la cintura para arriba, en los brazos de un hombre soltero y mayor.

—Exijo, duque de Ithron. —plantada como un general ante el anfitrión, *miss* Gloria exponía sus argumentos—, reparación en este instante, ante esta deshonra. Como sabes, si bien mi sobrina no tiene padres, ni hermanos ni algún pariente varón cercano, al ser tú nuestro anfitrión, eres el responsable de enmendar la afrenta del honor de mi sobrina. Le propone matrimonio en este instante, o reta a duelo al señor Townsend.

Al pobre anciano de ochenta años le temblaron todos sus endebles huesos, y su esposa volvió a desmayarse oportunamente en el sillón más cercano.

—Gracias al cielo que esta niña no es mi hija —comentaba el padre de Gertrudis—. Las personas de baja estofa siempre encenagan cuando entran o salen, por más dinero que tengan. —Apoyado en el hombro del marqués (pretendiente oficial de su hija), hizo un gesto burlón saliendo del saloncito.

Extrañamente para Violet, Ian no dijo una sola palabra. Mientras los demás gritaban, se lamentaban de la situación y pedían satisfacciones, Ian miraba la escena como si el no fuera, uno de los protagonistas de la misma; hasta a Violet le pareció ver una sonrisa de aburrimiento ante la bizarra escena.

—Por favor, diga algo. —Lo increpó Violet a la par que jalaba de su manga—. Diga la verdad.

—Señor Townsend —dijo *miss* Gloria plantándose frente a él. La delgada y pequeña mujer de prominente mentón de ojos verdes endemoniados lo miraba fijamente—. Mi sobrina, al estar comprometida en esta situación, ve su porvenir naufragado: la posibilidad de contraer un matrimonio decente, ante este acto tan ominoso, se ha arruinado permanentemente. Le pido inmediatamente casamiento o que se bata en duelo con el duque de Ithron.

—No, esto es absurdo —rogaba Violet—. Tía Gloria, no pasó nada, se lo juro. Él entró de casualidad, ya lo repetí cien veces....Por favor, tiene que

creerme, se me atoró el corsé en la cabeza y...

—Señor Townsend, ¿puede contestar una pregunta? —preguntó el duque, algo más repuesto, tomando la compostura que obligaba su título.

—Diga: «su excelencia» —contestó Ian en un tonito burlón.

—¿Por qué vino a esta habitación, y a esta hora?

Ian apretó la nota que estaba en el interior de su saco, levantó la vista hacia el umbral de la puerta de adentro. Entre todo el gentío que se había reunido a ver tal «escándalo», estaba una joven mortalmente pálida que lo veía asustada. Ian entendió que estaba dentro de una escena montada, donde algo salió mal: la presa se convirtió en dos, y al cazador el disparo le salió por la culata. Ian sonrió. Lentamente, retorció en sus dedos la anotación, la arrojó al hogar en donde estaba apoyado, luego habló por primera vez desde que había empezado el embrollo.

—Vine a desatarme los cordones de los zapatos, me apretaban mucho. — luego soltó una sonora carcajada.

Veinte minutos después, luego de que los demás asistentes desalojaran el lugar, sentados alrededor de un antiguo escritorio, comenzó a discutirse el acuerdo matrimonial de la pareja con solo los interesados. Ian enumeraba sus posesiones, mientras *miss* Gloria, que se había puesto unos lentes para leer los pormenores del acuerdo, asentía y preguntaba. El futuro novio estaba sorprendido ante la habilidad, el temple, el coraje y la inteligencia que tenía esa pequeña señora para rebatir, negociar para sacar el mejor provecho posible. Él, acostumbrado a tratar con comerciantes expertos, estaba más que tentado en ofrecerle trabajo como negociadora en sus litigios mercantiles, también estaba extrañado por lo complicado además de tan astutamente redactado que debía estar hecho un contrato nupcial. Se negoció todo: desde la renta anual, las cuentas en el banco, las mesadas, las estadías en conjunto, la casa de vacaciones, la renta de los niños, los gastos de enseres menores... Todo, absolutamente todo. Ian y Gloría discutían mientras el duque, con ayuda de su secretario apuntaba los detalles. Solo Violet estaba muda: observaba la situación pensando que estaba en una terrible pesadilla que, si cerraba los

ojos fuertemente, desaparecerían todos y al abrirlos entonces estaría en Garden House, hablando con sus orquídeas. Pero no fue así: los abrió pero seguía en ese claustrofóbica habitación.

—Bien, señora, ya hablamos de mis posesiones y de mis concesiones — agregó Ian de manera fría e impersonal—, ahora me toca saber la dote con que *lady Violet* de Hamilton entra al matrimonio.

—Aparte de ser una señorita educada —dijo Miss Gloria—, le dará a sus hijos un apellido intachable y noble. Ella posee, además de sirvientes, hectáreas cultivables, la enorme propiedad de Garden House, que heredará directamente cuando se haya casado.

—No es cierto —murmuró Violet por primera vez desde había comenzado la negociación.

—¿Cómo? —preguntó Ian.

—No es cierto —volvió a decir Violet con la mirada baja puesta fijamente en sus propias manos.

—Violet —le llamó la atención *miss* Gloria.

—Es que no es cierto —habló Violet sin levantar la mirada de su regazo—, Garden House es mi casa, la casa más hermosa del mundo, a la que adoro. Crecí en ella, y mi padre, mi abuelo, y el abuelo de mi abuelo... Pero la verdad es que la propiedad no vale nada, está hipotecada; las tierras no están arrendadas, usted heredará un montón de deudas.

—Violet —habló *miss* Gloria sin perder su compostura—, te pido por favor que...

—¿Puedo hablar a solas con el señor Townsend? —la interrumpió Violet muy seria.

—¡No! —exclamó la tía Gloria—, ¡definitivamente, no!

—Por favor, necesito hablar a solas con él.

—No, estás comprometida, estaría muy mal visto.

—Tía Gloria, le juro por la memoria de mi abuelo que si no me deja hablar a solas con el señor Townsend, saldré por esa puerta, me quitaré el vestido

delante de todos; entonces, si a él se lo obliga a casarse conmigo por haberme visto desnuda de la cintura para arriba, todos en esta casa tendrán que pedirme...

—¡Oh, basta niña! —dijo *miss* Gloria levantando la voz— ¡Dios mío, Violet! ¿Qué voy a hacer contigo?

—Dadas las circunstancias —intervino el duque algo cansado de tanto papeleo—, y visto que el señor Townsend ha accedido voluntariamente al matrimonio, creo que no hay ningún problema en dejar a los novios formales un tiempo a solas para que conversen.

Salieron, cerraron la puerta dejándolos solos. Ian estaba apoyado en el requisito de la ventana, se había aflojado dos botones del cuello de su camisa; su aspecto informal —hasta relajado— hacía suponer que se había llevado a cabo una conversación sobre la venta de una vaca, y no la decisión que cambiaría el resto de su vida. Ella, en cambio, estaba sonrojada: había estado mordiéndose tan fuerte su labio inferior por la pena, la rabia y la impotencia que hasta lo tenía marcado; sus manos, entrelazadas una con otra, con sus ojos cristalinos a punto de llorar le produjeron a Ian un sentimiento desconocido y lejano... ¿Ternura?

—Señor Townsend —dijo Violet sin levantar la vista de sus manos entrelazadas sobre su falda—, lo que le dije es cierto: no tengo nada de valor, soy muy, muy pobre y no soy ni fina ni educada; bueno, sí, pero no en cosas que necesita saber una dama. Digámonos la verdad: usted vino a este castillo en busca de una esposa que no soy yo.

—¿Qué buscabas tú, Violet?

—Yo no lo sé. Si no me caso en diez semanas, perderé Garden House y me iré de institutriz de unos sobrinos lejanos que viven en Francia. —Dio un suspiro, levantando los hombros agregó—: Un esposo. Cualquiera.

—¿Yo no encajo?

—¡Oh, por Dios! Usted es más de lo que hubiese imaginado. —El sonrojo de sus mejillas como la sinceridad en su voz hicieron sonreír a Ian. Esa niña siempre lo hacía sonreír y no sabía por qué—. Yo solo...

—¿Solo qué?

—No está bien. Usted se había fijado en *lady* Gertrudis, entonces quería a una mujer como ella: sofisticada, fina, elegante, que pertenezca a este medio. Créame, no hay nadie más lejano a ella que yo. Por una broma del destino, estamos en este embrollo y usted, obligado a casarse conmigo. Y no está bien.

—Violet —la interrumpió Ian—, sí algo tienes que saber de mí, es que nadie en este mundo me obliga a hacer lo que yo no quiero. *Lady* Gertrudis no es la mujer con quien quiero casarme. Se dieron las circunstancias, y estoy conforme con esto, si tú quieres.

—¿No la ama?

—No.

—¿Ella a usted? Si ella está enamorada de usted, sufrirá mucho por esta situación. Yo no debería estar aquí, sino ella.

—Conozco a Gertrudis tanto como a ti. Solo unos días antes entablamos, digamos, amistad. La señorita no sabe quién soy. Si viste alguna expresión de afecto desbordante, es solo una ilusión propia de su naturaleza, no tiene absolutamente nada que ver con el amor. Está tranquila. Es más, por lo que sé, ella ya está comprometida con otro.

—¿No le molesta a usted?

—No.

Violet se quedó mirándolo durante unos segundos. Ian podía ver en esos hermosos ojos una lucha feroz de sentimientos encontrados. De repente sonrió y dijo:

—Entonces estamos bien. Aunque si tuviera un duelo con el duque, usted ganaría. Él no puede ver ni dónde terminan sus manos. —Él le respondió con una sonrisa. Después de una pausa, ella agregó—: Señor Townsend...

—Sí, Violet.

—Le prometo que trataré de ser una buena esposa.

—Si siempre eres sincera como lo has sido hasta este momento, creo que el matrimonio irá bien

—Sí, yo también lo creo. —Una sonriente Violet le tendió la mano para cerrar el trato con un fuerte apretón; aunque para ser sincero consigo mismo, Ian hubiese preferido apretar fuertemente los labios de ella contra los suyos. La bonita boca de *lady* Violet lo tenía perturbado. Sí, ese matrimonio podría funcionar.

Gertrudis estaba al borde de la locura: del llanto nervioso pasó a la cólera, de la rabia a la histeria tanto que rompió todo en la habitación, hasta le dieron sales curativas y demás lociones para tranquilizarla. Gritaba, fuera de sí, expresiones que nadie entendía: «Si no me hubiese entretenido de más arreglándose el cabello», «Si solo ese viejo no me hubiese hecho perder tiempo bloqueándole el paso, haciéndole esas muecas disparatadas con el bastón». «¡Viejo maldito!», «¡Maldita Violet Hamilton!», «¡Malditos todos!». Ya entrada la noche, logró distraer a su ama para sigilosamente escabullirse en la habitación de Ian.

—¿Qué haces aquí?

—¿No lo harás, verdad? —le dijo ella— Es absurdo, ¿no puedes hacerlo!, ¿no puedes casarte con ella!

—Pasa, *lady* Gertrudis, que me tendieron una trampa, y la celada te salió mal. Te dije que ser impuntual es un hábito muy malo.

—Yo solo quise...

—Tu nota —la interrumpió Ian—, la noticia de que una dama se había desmayado en el salón gris, la oportuna llegada de tu padre, de los demás invitados. Lo hiciste perfecto. Me comprometiste abiertamente con *lady* Violet, tanto que no puedo deshacer el compromiso.

—Puedes, sí que puedes, es absurdo. Esa mujer es tan insignificante, un ratón de campo, gordinflona enana. Nadie sabe nada de ella, no encaja en tu modo de vida. Eres rico, exitoso, necesitas una mujer a tu altura, no esa que no puede ni ser presentada en sociedad sin causarte vergüenza.

—En verdad, no lo veo así. Es una mujer muy bonita, sincera, sencilla, además, inteligente. No es lo que yo esperaba, pero estoy más que satisfecho.

—Pero yo te amo, Ian, yo...

—No seas tonta —la interrumpió Ian—, ni siquiera me conoces.

—Sí te conozco, eres el hombre perfecto para mí, y yo la mujer ideal para ti. Vamos a fugarnos, podemos huir esta misma noche.

—¿Y qué hago con *lady Violet*?

—¿*Lady Violet*? —preguntó extrañada Gertrudis— ¿*Lady Violet*?, ¡al diablo con *Lady Violet*!

—Después de esta tarde, de la situación en que nos encontraron, quedará deshonrada, condenada a ser una solterona o, peor, a ser la amante de alguien.

—¡Y qué me importa! —gritó Gertrudis—, no la conozco. Quizás ese era su destino.

—Sabes, Gertrudis, esa mujer a quien no conoces quiso renunciar a todo por ti, sin conocerte tampoco. Pensó en lo injusto de la situación, en tu sufrimiento, y, teniendo tanto que perder, se iba a echar para atrás por ti. Quien la convenció de no hacerlo fui yo. —Ian enmudeció, dio un suspiro de cansancio, salió de la habitación y agregó—: Apaga la luz cuando te marches.

—Ian, no, aún podemos huir, no te vayas...

Ya teniendo una propuesta matrimonial, un contrato nupcial redactado, sin tener más que hacer en el castillo del duque, esa misma noche, *miss Gloria* y *Violet* alistaron sus maletas para irse a casa. La muchacha no podía estar más feliz.

—Empezamos bien —hablaba *miss Gloria*, mientras acomodaba sus pertenencias en los baúles—, tu prometido ha dispuesto carruajes para que nos lleven a Garden House. Se nos vienen semanas muy atareadas: hay que elaborar las invitaciones, las notificaciones, alistar mi viaje a Francia.

—¿Te irás tan pronto? —preguntó *Violet* con aflicción.

—Sí, hijita. —La tía sonrió ante el rostro triste de su sobrina; a pesar de conocerse hacía relativamente poco, le había tomado mucho afecto. *Miss Gloria* llegó a Garden House a los pocos días de la muerte del abuelo de *Violet*. Aunque había visitado la casa algunas veces antes, fue la primera vez que se quedó por un tiempo prolongado. A su llegada recibió una carta que el

abuelo había dejado para ella; no le contó a nadie el contenido, pero la leyó en silencio en presencia de todos: Violet, Bonnie y los Alfred. Agitaba la cabeza en gestos de negaciones y de afirmaciones; a medida que avanzaba con su lectura, comenzó a pasear por la estancia para centrar la vista en Violet. Luego, pidiéndole que se pusiera de pie, agregó: «Hmm, ya veo», «Hmm, claro, por supuesto» y, prosiguió su lectura. Cuando hubo terminado de leer, rompió la carta, la arrojó al hogar. De nuevo pidió a Violet que se pusiera de pie, para comenzar con un exhaustivo interrogatorio sobre sus conocimientos de cultura general, convicciones religiosas y morales. «Bien, no eres tonta», dijo ante una sorprendida Violet. Luego pidió el libro contable de Garden House. «¡Qué problema!», exclamó después de haberlo escrutado a conciencia. La mujer, de lo que podía describirse como un correcto ejemplar de la flema inglesa, miró a los presentes, sin dar ninguna explicación, les dijo: —Me pondré a trabajar inmediatamente; pluma y papel, por favor —pidió a los mayordomos.—. A ver, amistades que me deben favores: amigos secretos, enemigos de mis amigos que desean congraciarse y, por supuesto, mis enemigos leales... Iré a Francia a darle la noticia personalmente a mi odioso hermano; esa satisfacción no me la pierdo por nada de este mundo, estaré hasta la boda y el mismo día me iré. No estoy preocupada por ti, el señor Townsend será un buen esposo, lo sé. Es cierto que sus orígenes son un tanto oscuros, pero eso hace que lo que ganó en la vida sea más notable. Es rico por derecho propio. Sus negocios son honestos, cosas mercantiles, también ha invertido mucho en esas mostros que echan humo.

—Ferrocarriles.

—En eso le va muy bien. Es sagaz. muy hábil en los negocios, pero también lo tildan de correcto y justo. Muy dadivoso con sus trabajadores, participa en muchas obras benéficas. No se le conoce fama de mujeriego y, si lo es, es bastante discreto. Tiene un buen potencial para convertirse en representante de los comunes: es muy buen orador, siendo las causas que persigue bastante nobles.

—¿Cómo sabes tanto de él? —preguntó Violet con intriga.



—Soy una chaperona que se respeta, no te hubiese entregado a un hombre a quien no hubiese investigado a fondo.

—Pero si no lo conocías hasta que pasó eso del salón.

—Lo vi dos veces hablando contigo. Al verlo interesado en ti, inmediatamente puse a trabajar a mis fuentes.

—No estaba interesado en mí.

—Lo vi perseguirte por todo el castillo, buscando momentos para hablar contigo, y la forma como te mira... Niña, si no hubiese pasado eso del salón gris, de todas maneras, hubiese ocurrido, solo que el azar precipitó las cosas.

—Es muy atractivo —replicó Violet sonriendo y dando un pequeño suspiro —, su risa es muy franca y grave. Me gusta que siempre esté riendo.

—No, cariño, en realidad es un hombre muy serio. Eres tú quien lo hace reír.

—Lo mejor de todo es que por fin podemos irnos de aquí

Las noticias corrieron por toda la ciudad de Londres. Los diarios más renombrados de la metrópoli comentaban de la fortuna de *lady* Violet Hamilton de casarse con uno de los hombres más ricos y prósperos de la ciudad. No obstante, en el salón se hablaba de que la pobre *lady* de Hamilton, una joven de noble cuna, se iba a casar por interés con un hombre acaudalado, aunque nada respetable. Pero si había alguien a quien le importara menos esos comentarios, era a la interesada, quien nerviosa esperaba en el salón la visita diaria de su prometido. Desde el día siguiente al compromiso, el novio la visitaba por lapsos de una hora; se sentaba entre ellos *miss* Gloria, quien comenzaba su lectura y no levantaba la mirada del libro hasta que Ian se despidiera.

—Ian, ¿desea ver mi jardín?, es muy hermoso.

—Encantado. Violet.

—Hay mucho sol —objetó *miss* Gloria.

Al conocer Garden House, Ian se quedó sorprendido: primero, por la grandeza de la propiedad; luego, por lo empobrecido que estaba. Se notaba

que en algún momento, hacía mucho tiempo atrás, había sido un lugar lleno de esplendor: esos enormes escudos que cruzaban el frente de la entrada lo demostraban, siendo casi lo único que quedaba de aquellos gloriosos días. Pero la sonrisa de Violet, su alegría y su orgullo en presentarle su casa hicieron desistir al hombre sincero que era Ian de hacer algún comentario negativo. Sin embargo, no todo era mal: el jardín que le mostró Violet, el cual ella personalmente se encargaba de cuidar, era verdaderamente hermoso. Abundaban las plantas más exóticas: desde orquídeas o tulipanes hasta sencillas primulas, arbustos grandes, pequeños, y rosas de todos los colores. La emoción de Violet al describirle cada uno de los rincones del jardín fue interrumpida por *miss* Gloria, que no los dejaba solos ni un momento.

—Basta, niña, el sol no te sentará bien.

La salita dispuesta para las conversaciones de los novios era un pequeño saloncito, el favorito de Violet. «Tan parecido a ella», pensó Ian, «pequeño, sencillo, cálido». Sentados en un sillón bastante gastado pero muy limpio, se procedía a la conversación; entre los dos estaba la querida tía Gloria, que no se movía hasta que Ian se despidiera. Entonces, era Violet quien empezaba las conversaciones: al principio, era un poco temerosa, pero luego de la primera semana Ian notó que era una gran conversadora. Le había contado todo sobre Garden House, sobre todo, las historias de su abuelo. Descubrió que la infancia de Violet había sido muy singular: sus padres murieron del cólera, cuando ella tenía solo tres años de edad, entonces la trajeron a vivir con su abuelo paterno, su único familiar. Le contó historias graciosas, como la de las armaduras hechas con latones, o la de la construcción de una nave para ir a la luna, o la de los cuadernos llenos de problemas absurdos de matemáticas. Ian sacó la conclusión de que, al menos en los últimos años de su vida, el pobre hombre ya estaba desconectado de la realidad, y había sido Violet, con la ayuda de sus fieles sirvientes, siendo aún tan joven, la que se había hecho cargo de Garden House y de las responsabilidades que conllevaba ello. Mas el trabajo duro no había mellado en nada su alegría por la vida

—¿Cómo están los preparativos de la boda? —preguntaba el novio.

—Están muy bien —respondió ella- el duque de Ithron será quién me entregue.

—Me dijiste que usarás el vestido de novia que era de tu mamá.

—Es muy bonito, lo han tenido que acortar porque mi madre era mucho más alta. Sabe, los hombres de mi familia son los bajitos y sus esposas, las altas. Yo soy la excepción. Y usted, señor Townsend, ¿cómo vestirá?

—Supongo que... —hizo una pausa y le dijo arrugando la frente— Ian, solo Ian.

La «O» que tanto le gustaba a Ian se volvió a dibujar en los labios de Violet.

—Violet —dijo Ian sin dejar de mirar sus labios—, hace calor, ¿le gustaría pasear por los jardines?

—Voy por mi sombrilla —dijo *miss* Gloria, y se levantó inmediatamente—, no cierren la puerta —agregó severamente al cruzar el umbral.

—¿Por qué tanta vigilancia? Ni que fuéramos a hacer que... —Violet no terminó la frase porque la fuerte mano de Ian se apoderó de su cintura, la atrajo hacia él, la tomó del mentón; la otra mano inmovilizó su cabeza y delicadamente la acercó a sus labios. Al principio, sinceramente, Ian tenía la intención de darle un beso suave, dulce y tierno como ella. Pero sus labios resultaron más cálidos de lo que había imaginado, lo cual terminó robándole los sentidos. La estaba besándola con mucha fuerza mientras miraba por encima de su hombro la llegada de *miss* Gloria. Violet, aturdida por lo sorpresivo del ataque, no reaccionó: se quedó pegada a él sintiendo sensaciones que jamás hubiese pensado que pudieran existir. Luego cerró los ojos y se abandonó. Al oír los pasos de la tía, Ian la soltó con la misma violencia con que la había tomado; se arrimó a su rincón y se acomodó rápidamente el cabello y la corbata. Una Violet desconcertada lo miraba fijamente. Al entrar a la habitación, *miss* Gloria comenzó su perorata de los peligros del sol para la piel y de lo inapropiado que es que una dama se viera bronceada. Ian miraba el desconcierto en los ojos de Violet y sus labios, terriblemente hinchados por sus agresivos besos, y pensó que había asustado

terriblemente a la muchacha, solo por no saberse controlar, algo que al él nunca le pasaba. De repente vio que la muchacha se pasaba los dedos por sus labios, de ellos brotó la más dulce de las sonrisas; lo miró a los ojos y sonrió aún más. A Ian, entonces, le volvió el arma al cuerpo. Fue así como las visitas diarias se hicieron verdaderas maratones de besos robados y de métodos para engañar a *miss* Gloria para que los dejara unos minutos a solas.

Los días de visita mejoraban mucho el humor de Ian: hasta QUE el siempre silencioso hombre de negocios llegaba a casa silbando o cantando. Esa tarde *miss* Gloria había tenido un “percance” al no encontrar su sombrilla, entonces Ian aprovechaba para sentar a Violet en sus piernas. Había logrado besar a su novia hasta casi desmayarla en sus brazos; pudo tocar su bien proporcionado busto, deseando con ansias la noche de bodas.

El silencio de la biblioteca se rompió por una risa estruendosa, muy parecida a la Ian, pero esta tenía un tono siniestro al final de sus notas. Ian no se inmutó al escucharla; se siguió sirviendo un vaso de *whisky*, sin dar la vuelta, le habló:

—¿Cómo entraste?

—Tú, Ian, cantando —habló una voz desde la sombra— lo que son los tiempos; el amor te sienta bien entonces\_ Desde esa misma oscuridad, de un rincón de la habitación, una mano le aventó un periódico que cayó a sus pies. —Te casarás con una linda aristócrata, ¿cómo dice la nota? ¡Ah, sí!, con la dignísima nieta y única heredera del conde de Hamilton: *lady* Violet. Tú, el *cockney* deshollinador y recolector de estiércol, así que vivirás el sueño después de todo, el sueño que inventaste; bueno, ya te inventaste una personalidad, una fortuna, ahora te tocaba tener una esposa noble.

—En la última conversación que tuvimos —habló Ian después de tomarse el licor de un trago—, te dije que no quería volver a verte, pero creo que no fui muy claro.

—Sí, lo fuiste, pero hice una excepción. Imagínate: mi hermano menor, el único familiar que tengo en esta vida, va a casarse, obviamente tengo que estar presente.

—Tú no eres nada mío. Lárgate ahora o llamaré a la policía y esta vez no tendré piedad de ti.

—¿Enviarás a tu hermano otra vez a la cárcel, precisamente antes de casarte? ¡Que escándalo!, dime, ¿cómo es ella? Supongo que, además de noble y joven, debe ser muy bella.

—Nada de ella debe importarte.

—Hermosa, claro, a un hombre tan rico como tú, las bellas mujeres se le avientan a sus pies. ¿Y qué?, ¿ya le has contado tu pasado?: ¿sabe quién en verdad es Ian Townsend?, ¿quién soy yo?, ¿quiénes somos?

—Lárgate. No te lo volveré a pedir por las buenas.

—Ya veo, es una muchacha inocente, ¿ya se enamoró de ti? Entonces, aún no le has contado la verdad.

—Lárgate, y te prohíbo que siquiera oses acercarte a ella o esta vez sí acabo contigo.

—Sabes que nunca te dejaré en paz, ¡nunca!

—¿Qué es lo que quieres, imbécil?

—Quiero tu vida Ian, Quiero ser rico, casarme con una mujer fina, tener hijos, quiero... un nuevo comienzo.

—Te di una y mil oportunidades para regenerar tu existencia, pero no quisiste. La vida que deseas está negada para alguien como tú.

—Soy tu obra, Ian, tu espejo, tu reflejo, todo lo que tienes en este mundo.

—Tú no eres nada mío, nuestros lazos se rompieron hace mucho tiempo.

—Ian, ¿en serio te lo crees?, ¿crees que es así como funciona este juego? Te casarás con una bella dama, de noble cuna, y el pasado desaparecerá, ¿por qué crees que estaba vez todo saldrá bien? ¿Por qué crees que esta vez será diferente? Estás roto por dentro. Tú eres el problema. Todo lo que tocas los destruyes, Ian, y la pobre, ¿cómo se llama?, Violet también terminará destruida.

—¡Maldito loco!

—¡Oh, Ian!, estoy solo advirtiéndote porque eres mi hermano, no quiero

que sufras. Recuerda el juramento que hicimos: no podemos querer a nadie, estamos malditos, el amor nuestro mata.

—Eres un...

La lámpara de aceite, que encendía la habitación, cayó de una mesa, empezando un pequeño fuego. Ian se precipitó a apagarlo. Al levantar la vista, la sombra había desaparecido.

—Una semana que no has venido.

—Perdón, pequeña, estuve trabajando, ¿está todo bien?

—Sí, todo está listo. Será una ceremonia sencilla con pocos invitados, como te dije el duque de Ithorne será quien me entregue. Después de la iglesia, haremos un almuerzo aquí en Garden House si estás de acuerdo.

—Sí, claro.

—¿Invitarás a alguien?, yo casi no tengo familia: solo Bonnie, los Alfreds y mi tía Gloria de mi parte. ¿Tienes familia?, ¿hermanos?

La mirada de Ian se suspendió en el aire, se volteó para mirar por la ventana que daba a los jardines.

—No, no tengo familia.

—Somos dos huérfanos, ¿no?

—Así parece.

—Entonces, tendremos que tener una familia muy grande para que nuestros hijos no pasen lo mismo que nosotros.

—Sí, así será.

—¿Pasa algo, Ian?, te siento tan raro.

—No, Violet, estoy cansado, es solo eso.

—Estamos hace casi diez minutos solos, y no me has besado ni una sola vez.

Ian sonrió, se acercó a ella; tomó con dulzura su pequeño rostro y le dio un tierno beso, corto pero lleno de emoción

—¿Estás arrepentido de este matrimonio? —le preguntó ella mientras apoyaba su cabeza en su pecho.

—No, Violet. Eres con quien quiero casarme —le dijo y besó su cabeza.

—Yo también —dijo Violet pegó su cuerpo al de él, abrazándolo tiernamente. Ian también la rodeó con sus largos brazos, de igual manera, pero no con la misma convicción. Ella lo desconcertaba tanto que, hasta ese simple gesto podía desarmarlo.

—Eres la esposa que quiero —le repitió susurrándole al oído.

—Y yo a ti.

—¡Oh, Violet! — Ian dio un suspiro— ¿Qué voy a hacer contigo?

El día de la boda llegó siéndole para Violet un día muy especial: sus mejores amigos, familiares y confidentes, representados por Bonnie, su ama de llaves, y sus dos mayordomos, dos ancianos de barba blanca y bastones, estaban sentados en primera fila, a pesar de la objeción de la esposa del duque. Discutió sobre su presencia, hasta que, educadamente y con una sonrisa, Violet les dijo que se podían retirar si no deseaban compartir la banca con sus amigos. Al final, el duque y su señora se sentaron en una banca posterior; se hubiesen ido encantados, pero él tropezó con la mirada de *miss* Gloria y algunas indiscreciones de su pasado se mezclaron con la memoria prodigiosa de la tía de Violet, lo atornillaron a la banca. Los dos mayordomos pusieron la cuota de humor, se desinflaron apenas comenzó la ceremonia. Lloraron como la madre que no estaba, los dos eran hermanos y a ambos los llamaban Alfred: uno estaba sordo y el otro, casi ciego. Durante el transcurso del matrimonio, no hicieron más que interrumpir con sus graciosas observaciones: mientras el ciego le contaba al sordo lo que escuchaba, el sordo le contaba lo que veía, hasta que el ama de llaves, Bonnie, les llamó la atención. La enigmática señora, muy sencilla y elegante, si bien no lloró como los ancianos, su rostro reflejó una gran emoción. Era la primera vez que Ian la veía, hasta había llegado a pensar que era un personaje de ficción de los que aparecían en los cuentos de Violet. La mujer estaba verdaderamente muy enferma, como se lo había contado, se notaba que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para estar presente. Era una persona muy importante en la vida de su futura esposa; Ian lo había entendido por las largas conversaciones que había tendido con ella.

Luego de la muerte de su abuelo, se había enfermado «de la pena», en palabras de Violet, «se querían mucho». Ian, parado en el altar muy elegantemente vestido, disfrutó de la modesta ceremonia y de los graciosos invitados. Violet le llamaba la atención al anciano sacerdote, amigo de la familia, que constantemente renegaba por el sofocante calor y porque confundía la boda con un bautizo, hasta con un velorio. La esposa del duque terminó discutiendo con su esposo por lo inapropiado de sentarse detrás de los sirvientes, hasta que todos los presentes, al unísono, les pidieron silencio. Pero lo que más cautivó a Ian fue la novia: era cierto, el vestido no le sentaba muy bien, su madre habría sido mucho más alta y delgada que ella, pero sus formas eran encantadoras, sus bellos ojos estaban tan radiantes que por un instante Ian pensó salir corriendo de ese lugar; mas hubiese sido una cobardía dejar a la novia plantada en el altar, Ian no era un cobarde. No tanto.

El almuerzo brindado en Garden House fue solo para los tres sirvientes, *miss* Gloria, el secretario de Ian —llamado German— y los novios. Tanto el duque como su esposa se excusaron de ir, y nadie sintió su ausencia. El almuerzo fue muy agradable, pero a Ian le supo todo a amargo: todo estaba amargo, todo estaba agrio, todo estaba salado, todo estaba mal... Estaba arruinándole la vida a Violet, ahora su esposa, también a esas agradables personas que lo habían sentado en la cabecera de la mesa como nuevo jefe de familia, de esa singular familia: eran buenas personas todos, gente buena, decente, limpia, sobre todo Violet. Ella, con mucha ingenuidad y ternura, sin poder ocultar su alegría, hablaba hasta por los codos, bromeaba con todos; era tan feliz de haberse casado con él. Si supiera quién era él, ¿sería igual su felicidad? No, claro que no. «Todo lo que tocas lo destruyes, todo». Terminada la comida, como lo había prometido, la tía Gloria se levantó, hizo un último y ceremonioso brindis, anunció que partiría en se mismo instante. Como todo lo que hacía la señora, su despedida fue muy formal, hasta protocolar; también lo fueron los saludos, los consejos que dio a cada uno de los asistentes, desde Ian hasta los Alfreds. Hizo luego un gran alboroto al dar las órdenes para bajar su equipaje, desde la manera como deberían bajarlo



hasta la manera como debería ir dispuesto en el carruaje. Cuando por fin salió por la puerta, los dos Alfreds aplaudieron, saltaron, se dieron abrazos y lanzaron silbidos de alegría. «Si no se iba pronto, amanecería muerta», murmuró uno de ellos, lo que causó la llamada de atención de Bonnie y la risa de todos. La tarde cayó, Bonnie les hizo una señal a los Alfreds, quienes, prestos, procedieron a despedirse de los esposos con una graciosa venia. Luego la señora de ojos grises se acercó a Violet y le susurró unas palabras al oído:

—¿Recuerdas lo que hablamos? Es hora de que compartas tus habitaciones con tu esposo. —La besó en la frente y le dedicó una sonrisa muy amable a Ian antes de marcharse.

La pequeña Violet se levantó de su asiento con las mejillas encendidas y, sin poder mirarlo a los ojos, tomó su mano diciéndole con una suave voz: —Vamos, esposo.

Ian estaba sentado en una silla viendo dormir a su esposa: ella descansaba con su cabello, negro profundo, suelto a su alrededor, sus labios entreabiertos, con casi una media sonrisa en la curva de los mismos. Ian la observaba repasando los acontecimientos de su noche de bodas. En su vida de soltero, con y sin dinero, había tenido muchas experiencias con mujeres de todo tipo, pero lo que había pasado esa noche no se comparaba a ninguna. La sensualidad y ternura con que se había unido a su bella esposa fueron sensaciones únicas: se le entregó con una inocencia espontánea, con tal sinceridad en sus sentimientos, como era todo lo que ella hacía, no podría ser diferente en la intimidad. Lo hizo reír, estremecerse, desear la muerte en sus brazos. Solo tuvo un pensamiento de terror cuando Violet desfalleció en el culmen del acto. «No puedo hacer esto, tengo que hacer lo correcto, no es justo para ella. Tengo que hacer lo correcto, él no tendrá piedad».

—Violet, tengo que irme. —Ella regresaba de un largo sueño que había sido muy bueno, porque despertó relajada, con el corazón ligero y con una sonrisa que no podía abandonar su rostro.

—¿Cómo?

—Tengo que irme, tengo unos asuntos de trabajo por resolver. Tendré que viajar por un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un tiempo. Estoy dejando todo organizado en Garden House; German estará pendiente de todo lo que haga falta.

—Ian, pero ¿por qué tan pronto? ¿No puedo ir contigo, como si fuera una luna de miel?

—No puedes, Violet, son negocios.

—Entiendo, sabía que eras una persona ocupada. Está bien, te esperaré. ¿Viviremos aquí, no?

—Sí, esta es tu casa.

—Gracias.

—Dispón de lo necesario, quiero que estés bien. —Se acercó a la cama, le dio un beso en la frente y marchó sin mirar hacia atrás.

Las semanas pasaron lentamente. Violet se sentaba en las tardes, después de sus arduas jornadas en el invernadero, al borde de la ventana esperando ver por el camino la figura alta de Ian; imaginaba que llegaría sonriente, con un ramo de rosas o, mejor, con una caja de dulces, pero los días pasaban y la alta figura no llegaba. En su mente ella planeaba cómo sería el encuentro; tenía pensado lo que iba decirle, cómo iría a sus brazos, cómo lo besaría pero, con el transcurrir de los días, esas tiernas palabras de amor del imaginado reencuentro fueron dando paso a palabras cada vez más ariscas como menos amorosas. «¿Tanto le costaba mandar una carta para decir que estaba bien?, ¿tanto era mandar un mensajero con una nota que dijera: “Estoy bien, cariño, llegaré pronto”?», se preguntaba Violet. Entonces, llegó a la conclusión de que su esposo no era una persona muy considerada. Luego su rostro se ponía pensativo y triste. ¿O si algo malo le había pasado?, y ella ahí sentada esperando sin poder ayudarlo. Suspiraba. Habían pasado ya tres semanas, estaban comenzando a hacer los arreglos en la casa, ella tenía que preguntarle a él su opinión, pero él no estaba. Se levantaba de la ventana, caminaba por la terraza y consideraba llegar al umbral de la casa. La distancia a la calle le

parecía cada vez más corta, podía cruzarla- No le gustaban las calles de Londres, la ciudad estaba acercándose cada vez más a Garden House, las calles empedradas estaban más próximas. El centro de la ciudad, que tendría que atravesar, le parecía muy peligroso y sucio, pero ante su ausencia, iba asimilando más la idea de que tenía que salir de ahí. Aquella mañana se encontró con los Alfreds, quienes estaban discutiendo airadamente en el corredor; uno de ellos tenía el periódico enrollado en su espalda, se negaba a dárselo al otro. Cuando Violet se acercó a ellos para descubrir el motivo de la discusión, sin aún ser vista, alcanzó a escuchar de qué hablaban.

—Tienes que dárselo, tiene que verlo.

—¿Ver qué, Alfred? —preguntó Violet.

—Oh, pequeña, es que...

—¿Es el periódico? —Violet extendió su mano, ya preocupada por el extraño comportamiento de los dos ancianos—. Dame, Alfred, por favor.

—Debe ser un malentendido, pequeña —se excusó poniendo el diario en la mano.

Violet leyó la nota principal, puesto que los nombres mencionados le eran familiares. La leyenda decía que, en el primer entretiempo del estreno de la ópera *La Princesa Ida*, en el teatro Savoy, se pudo ver entre los asistentes al millonario Ian Townsend muy elegantemente vestido, acompañado de la hermosísima y deslumbrante marquesa de Rothgar, quien llevaba un vestido color...

—¿De hace cuánto es este diario? —preguntó Violet a los ancianos.

—Una semana —dijo uno de ellos.

—¿Una semana?, ¿me lo han tenido oculto una semana? El está aquí, en Londres, y nadie me lo dijo.

Violet contrató un carruaje de alquiler, pero no quiso que nadie la acompañara. Preguntó y preguntó hasta que dio con la casa de Ian, mejor dicho, la mansión de Ian. Si no hubiese estado tan aturdida, se hubiese impresionado por la majestuosa casa, los hermosos jardines que la rodeaban o la cantidad de sirvientes que iban de un lado a otro. Pero nada la deslumbró.

Sosteniendo firmemente su bolso y manteniendo la barbilla lo más elevada posible, se le presentó al mayordomo, quien fue a recibirla.

—Por favor, dígame que su esposa *lady* Violet de Hamilton lo busca.

Ian estaba sentado en su despacho con su secretario German, revisando mapas de nuevas rutas y de recientes contratos. No levantó la mirada de los escritos cuando el mayordomo le hizo el anuncio; solo se quedó mudo, luego de unos segundos de indecisión, le pidió que la hiciera pasar. Despidió a su contador que, al momento de retirarse, se tropezó con ella. La mirada de reproche de Violet hizo que el joven empleado bajara la cara avergonzado. Sí, él también sabía que Ian estaba en la ciudad, había ido a su casa muchas veces a tratar de negocios sobre la propiedad y, a pesar de sus preguntas sobre el regreso de Ian, nunca le dijo que él ya estaba en Londres.

—Hola, Violet, espero que estés bien, siéntate.

Violet se sentó en un suave sillón tapizado del más fino cuero, aunque le pareció que había brazas en él. Por unos minutos de engorroso silencio, ella se quedó mirando la alfombra sin atreverse a verle la cara.

—Yo —dijo por fin Ian.

—¿Por qué? —la interrumpió ella—, ¿por qué?

—Estuve muy ocupado: hay negocios que no están bien que requieren toda mi atención, además...

—No tuviste tiempo para ir a ver a tu esposa y decirle que estabas bien, que estabas vivo, que habías regresado. Pero sí tuviste tiempo para citarte con *lady* Gertrudis en la ópera. — Le extendió en ese momento el diario al frente.

Ian vio ese horrible periódico que se dedicaba al chisme y al esparcimiento de rumores infectos. Fue un encuentro fortuito: él fue a la ópera solo para distraerse del objeto de sus pensamientos que estaba sentado frente a él. Cuando Gertrudis, algo pasada de copas, lo interceptó en las escaleras, casi no le dijo nada, le estampó un desvergonzado beso en la mejilla y se le colgó de su brazo hasta que su marido, casi a rastras, la alejó de él, no antes de que muchas personas los vieran...

—No es lo que parece, ni siquiera he hablado con... —Ian se interrumpió

por el curso que estaba tomando la conversación, no era el momento de portarse como debería ni de dar excusas de tonto enamorado, estaba alejándose de ella, estaba haciendo lo correcto. —Mi vida personal no te incumbe.

—¿Cómo? —preguntó Violet sorprendida.

—Soy una persona ocupada, con negocios, trabajo y licencias.

—Eres mi esposo.

—Estamos casados, sí, por conveniencia: tú necesitabas un desahogo a tus problemas financieros y un esposo como tutor legal, yo necesitaba una esposa noble para tener un apellido decente que me respalde; ambos estamos cumpliendo con esta situación. No creo que te falte nada en Garden House, ya está libre de deudas, te he proporcionado una respetable renta para que hagas uso de ella. Yo, a cambio, pido que no intervengas en la forma que llevo mi vida.

—No te entiendo, Ian —habló Violet, se puso de pie y se paró frente a él, pues este le había desviado la mirada—, explícamelo lentamente, por favor. Cuando te casaste conmigo era... —Hizo una pausa y tomó aire mientras su rostro se ponía muy rojo—. ¿Era esto lo que tenías en mente?, ¿era esta la forma como iba a ser nuestro matrimonio?: tú en tu casa, yo en la mía, tú haciendo tu vida, y yo en mi casa, sin problemas económicos.

—En sí, tengo muchas metas en mi vida para esto deseo una esposa que se adecue a mis necesidades. Porque constantemente viajo y debo concentrarme mucho en lo que hago y no quiero una esposa que...

—Te estorbe —Lo interrumpió Violet con la mejillas aún más encendidas y con las manos tan temblorosas que tuvo que sostenérselas—, está bien, uno en la vida debe hacer lo que quiere hacer, vivir su vida como la tiene planificada. Solo una cosa, ¿no podías haberme dicho las reglas de este perverso juego antes de casarnos y preguntarme si yo estaba de acuerdo?

—Vamos, pequeña, dejémonos de hipocresías. No tenías muchas opciones, dada las circunstancias, soy lo mejor que te pudo haber pasado. Cuando tenga tiempo iré a verte...

—Yo... —Violet calló luego, en un susurro con la mirada baja, agregó— ¿y los hijos que dijiste que querías tener?

—Los tendremos cuando sea el momento, a no ser que...

—No, yo no lo estoy —lo interrumpió ella—, gracias a Dios no estoy embarazada y no pienso estarlo. ¡Jamás!, no de ti al menos.

—Es tarde para estas discusiones —le dijo Ian sin poder llevar más allá esa discusión y mirarla al mismo tiempo—, te acompañaré a tu casa.

—A mi casa —dijo Violet con una sonrisa—, pensé que era nuestra casa. Oí de matrimonios que duermen en habitaciones separadas, pero no en casas separadas, que hacen sus vidas, cada uno por su cuenta. ¿Es así de falso el mundo, Ian?, ¿o es así como eres tú?

—Es tarde, Violet, no estoy de humor para estas escenas. Te acompañaré a tu casa.

—No —le dijo ella. El rubor intenso de sus mejillas había desaparecido, esta dio paso a una palidez mortal; sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas que, con un esfuerzo infinito, ella trataba que no se desbordaran—. No, me iré sola. Vine sola, estoy sola y regresaré a mi casa sola.

—No digas tonterías, es tarde, además estás en un coche de alquiler. —Ian se levantó y puso su mano en el brazo de ella; al contacto ella lo retiró inmediatamente como si la quemara.

—¡Suéltame! Tú jamás me volverás a poner una mano encima, señor Townsend. Ahora que sé la manera retorcida en como ves la vida, pero ciertamente no es la mía, y no seré parte de esta farsa. ¡Suéltame!

—Violet... —Ian intentó otra vez tomar su brazo, la mano de Violet cruzó el aire con rapidez y golpeó su rostro, pero a Ian, tan acostumbrado a los golpes, no le dolió tanto la bofetada como lo que vio en los ojos de ella. Él acababa de romper la inocencia del ser más tierno que había conocido; con unas cuantas palabras, esos ojos chispeantes y ardientes se habían enfriado. Violet salió de la casa de Ian rápidamente. El señor Townsend la vio por la ventana sintiendo que su corazón se iba tras ella.

—Todos los días al mediodía, estaciona su coche ahí enfrente. —Uno de los Alfreds le hablaba al otro detrás de las cortinas, observando por la ventana—. Justo es la hora en que Violet sale del invernadero; luego de que ella cruza a la casa, él se va.

—¿Estás seguro de que es Ian?

—Sí, estoy seguro.

—Todos los días la mira pasar del invernadero a la casa, luego se va.

—¡Qué extraño!

La casa de Violet se volvió un sepulcro; la casa de Ian, un infierno. Violet se refugió en el silencio, en sus plantas, y en llorar todas las noches hasta quedarse dormida. Ian, en cambio, furioso, repartía órdenes desde el amanecer, discutía con todos los empleados y los socios, peleaba con toda persona que se le cruzara por delante. De aquel señor siempre reconocido por su temple tan controlado y respetuoso, no quedaba nada. Por las noches era, aún peor. Rondaba por la casa como un fantasma hasta que se encerraba en la biblioteca o en su habitación a beber hasta caer desmayado, entonces dormía un par de horas para continuar con su agonía al día siguiente.

—Dime —resopló Ian a German, sin levantar la mirada de sus escritos, puesto que llevaba varios minutos enfrente y que obviamente tenía algo que decirle, pero dudaba ante su actitud tan huraña.

—Bueno, es que...

—Habla —rugió de nuevo Ian.

—Es tu esposa. La señora Violet despidió a los empleados se había contratado para el servicio en Garden House, diciéndoles que la disculparan, pero no tenía dinero con que pagarles. Eso no es todo. Ha devuelto los vestidos y joyas que le regalaste; ha cerrado las cuentas que le abriste en las principales casas comerciales de Londres; detenido las reparaciones de la casa, hoy habló con los contratistas para que renegociaran las cuentas con ella, puesto que será ella quién se encargará de pagar lo que se ha avanzado hasta la fecha.

—¿Algo más? —dijo Ian, sin levantar la mirada de su escritorio.

—No, eso no es lo peor. Por la ciudad corren rumores horribles de que tú la has repudiado; comentan que no la encontraste virgen la noche de la boda, porque estás teniendo una aventura extramatrimonial con la marquesa de Rothgar, o que has retomado tu relación con la condesa de Von Trap, quien ha regresado hace unos días a Londres.

—¿Helen está en Londres?

—Sí.

—La modista, a quien tu esposa le devolvió los vestidos, pregunta si fuera oportuno arreglárselos para *lady* Helen ahora que está en Londres.

—¿Por qué piensan que yo la he repudiado? —murmuró Ian, muy contrariado y hablando más para sí mismo.

—Es nuestra sociedad machista: si algo malo hay en los recién casados, es culpa de la esposa. —Luego de una pausa German agregó—: *Lady Violet* es muy poco conocida en esta sociedad, pocos saben quién es ella, cuál es su carácter, es más fácil echarle la culpa a quien no conocen, y especular tonterías que a dar con el verdadero culpable. —Al ver la incomodidad de Ian manifiesta en la forma como apretaba la pluma que llevaba en los dedos y en la dilatación de sus narinas, se detuvo, pero algo, quizás su larga amistad, lo hizo continuar—. Lo siento, Ian, es que no te entiendo. La traté muy poco, pero las pocas veces que hablé con ella me pareció una mujer encantadora, buena además de decente. No te entiendo.

—No te pago para que me entiendas. Ahora, por favor, retírate.

—Te he visto hacer muchas cosas en la vida —siguió hablando German como si no hubiese escuchado la orden—: hacer frente a circunstancias muy difíciles, deshacer, hacer y rehacer negocios con una frialdad e inteligencia dignas de elogio. Pero siempre te has comportado muy decentemente a la altura de cualquier situación, no hay persona en la ciudad que haya trabajado contigo que pueda poner en cuestión tu honor sin faltarle a la verdad. Sin embargo, con tu propia esposa te has comportado de la manera más ominosa, arrastrando su buen nombre por...

—¡Basta! —gritó Ian dando un puñetazo al escritorio—, ¡basta! Sé lo que



hago y la próxima vez que me hables de esa manera, ¡ahí está la puerta! —El amigo salió de la habitación con la cabeza gacha, pero no por cobardía o por temor, salió porque en esa habitación quedaba un animal herido, y no quería seguir lastimándolo.

«La abandonaste hermano. ¡Bien! Hiciste lo correcto, lo justo. Cumple tu promesa, Ian, la promesa que sellamos con lágrimas, con sangre. Si yo estoy solo, tú también. Respetar la promesa es lo único que te pido, es por lo que te he dejado vivir tantos años, es por lo que vivo yo. Nuestra soledad es sagrada. Nuestro amor es maldito. Si estas solo, puedo yo vivir con tu traición».

Ian daba vueltas por las habitaciones de su casa hasta casi tener contados los pasos que había de una a otra. Entonces, trató de encontrar desasosiego en la calle, como en el exclusivo club de caballeros del que formaba parte. En ese lugar la situación fue peor: los «amigos» de apuestas, aristócratas que apenas toleraban su presencia por ser un *cockney* que, por tener mucho dinero, compartía la misma mesa que ellos, y porque era, como bien ellos sabían, la personificación del progreso, de los nuevos tiempos. Abiertamente gozaban con las habladurías, de forma poco disimulada, relataban las desventuras de su fallido matrimonio con una joven noble. «No se juntan el agua y el aceite», decían riéndose. «No es el orden natural de las cosas», sentenciaban. Otros socios del club, los menos, personas que verdaderamente lo admiraban por su talento en los negocios y por su gran personalidad, lo miraban con pena, hasta se permitían darle palmadas en su espalda. Ian no sabía a cuál grupo golpear primero. Entonces, caminaba por las calles de Londres hasta pararse a pocos metros de Garden House. Sonreía al ver los trabajos inconclusos de la remodelación de la entrada. «Sí que es especial, orgullosa, integra. Sí, Ian, definitivamente no era para ti», «Sálvala», suspiraba el señor Townsend. Volvía por sus mismos pasos de regreso a su casa, se iba a la cama, cuando alguna vez conseguía conciliar el sueño, soñaba con los ojos violetas estancados de pasión o llenos de ira y de dolor. Creyendo que ya nada podía acrecentar esa insoportable situación, se equivocó.

—Ian, un señor pide hablarte.

—No tengo tiempo, menos sin cita previa

—Dice que es sobre un asunto especial, es... —German dudó un momento, luego agregó— es sobre tu esposa.

—Buenas tardes. —El caballero se presentó como Alexander Romanov, nombre que a Ian le sonó a nada.

—Soy un hombre muy ocupado, por favor, sea breve.

—Lo seré, señor. —Tomó asiento, aun sin ser invitado a hacerlo, e Ian lo observó con detenimiento. Era un hombre joven, bien parecido, correctamente vestido y tenía un acento algo especial—. Soy amigo particular de Violet desde hace muchos años; mi familia, antes de partir hacia América sirvió al conde de Hamilton. He regresado a Londres hace tan solo una semana y por supuesto que lo primero que hice fue averiguar sobre Violet y a su abuelo, me di con la sorpresa de que el conde estaba muerto y ella, casada.

—Conmigo —agregó prestamente Ian, poniéndose cada vez más tenso.

—Con usted —asintió Alexander—, pero también me he enterado, es un secreto a voces, de que su matrimonio no está bien, viven separados. En fin, siempre he estimado a Violet desde que éramos niños, le debo, perdón, mi familia y yo le debemos mucho a su abuelo, en su memoria he decidido salvar a mi amiga de esta horrible situación de una manera en que usted y ella no salgan más dañados.

—No entiendo.

—En América ejerzo como abogado, me ha ido muy bien, gracias a Dios. Tengo una fortuna que, si bien no se compara a la suya, puede hacer frente a la situación. Haremos un divorcio rápido y sin escándalos, llevaré a Violet a los Estados Unidos, lejos de esta gente que se ha comportado tan mal con ella. Una vez que concluya el divorcio, nos casaremos, por supuesto costearé todos los gastos de lo que usted haya invertido a la fecha en Garden House; además, la propiedad será suya. Es cierto que Violet le tiene mucho aprecio, pero Londres, después de todas las cosas que se hablan de ella, es un lugar inapropiado para vivir. América, tal como se dice, es la tierra de las oportunidades y de los nuevos comienzos.

—¿Ha hablado con Violet de esto? —preguntó Ian ya tenso y apretando los puños— ¿Ella está de acuerdo?

—Por supuesto que no —contestó Alexander, hasta algo ofendido por la pregunta—, ni siquiera la he visto. No podría tratar con ella un tema tan personal y delicado, sobre todo darle esperanzas sin antes tener todo arreglado.

—¿Qué motivo tiene usted para pensar que yo aceptaré tal trato?

—Sé que un divorcio es mal visto en nuestra sociedad, pero lo haremos discretamente. Violet no le pedirá nada; como le vuelvo a repetir, Garden House será para usted. Un divorcio en que usted no perderá nada no es una mala oferta.

—Y después, ¿usted se casará con mi esposa?

—Así es.

—¡Esto es increíble! —dijo Ian haciendo un gesto de asombro—. Debe ser la primera vez en la historia que un hombre pide al esposo la mano de su esposa.

—Obviamente Violet no le interesa: la repudió tácita y públicamente, la ha convertido en una paria social. No es la mujer que quiere, yo sí la quiero. Entonces, ¿cuál es el problema?.

—Mira, mozalbete, porque solo concibo tanto atrevimiento por tu juventud y por venir de una tierra donde a la gente le debe faltar un tornillo.

—Usted no la quiere —intervino Alexander en un tono más alto—, por convenciones sociales va a tenerla encerrada en una casa, enclaustrada hasta su vejez, no lo permitiré. Violet es muy especial, merece una vida plena y feliz, un esposo que la ame, un hogar respetable, hijos. Usted no se lo dará. Yo sí quiero darle la vida que merece. No veo problema en solucionar todo como lo porpongo.

—El problema es que si no sale en cinco minutos de mi casa, le daré un disparo en el trasero. El problema es que si lo veo rondando la casa de mi esposa o me entero de que ha osado hablar con ella, ese agujero en el trasero se lo haré en la frente, ahora, ¡largo de aquí!

—¡Como todo los ricos! —gritó y se levantó del asiento—. Creen que pueden manipular la vida de los demás y hacer de las personas títeres a su voluntad, ¡pero no lo hará con Violet!, ¡ella tiene en mí quien la proteja!, ¡qué sacará la cara por ella!

—¡Largo! —gritó Ian conteniéndose de saltarle encima también.

Al quedarse solo, lanzó un grito feroz y de un solo puñetazo se vinieron abajo todos los cuadros de la pared. German, que había estado en la puerta, entró sobresaltado; a decir verdad, había escuchado al menos la última parte de la conversación, porque los caballeros la hablaron a gritos. Entró a la habitación viéndolo a Ian dando vueltas de un lado a otro. No dijo nada porque era tal la furia que expedía que no lo considero lo más prudente.

—¿Qué se habrá creído? —rugía mientras daba zancadas cruzando una y otra vez la biblioteca, luego volvía a repetir— ¿Qué se habrá creído?, ¡es... es...!. —De repente Ian se paró de seco para levantar la mirada al techo—. Germán, ¿ves lo que yo veo?

—No, Ian, ¿qué ves?

—Grietas, hay grietas en el techo.

—Yo no veo nada

—Claro que sí, hay grietas. —Salió de la biblioteca para ir al salón principal, viendo también el techo—. Aquí también, y seguro en las demás habitaciones; este techo puede caerse en cualquier momento.

—¿De qué estás hablando, Ian?, lo reparamos hace menos de un año.

—¡Que tumben el techo de la casa, que empiecen las reparaciones hoy mismo, hoy mismo! ¡Que se traigan todo abajo!

—Pero, Ian, es absurdo, no hace ni un año que...

Ian gritaba dando órdenes a sus empleados para que le alistaran su equipaje lo más pronto posible. German lo seguía mientras le expresaba lo absurdo de la orden.

—Ian, es una locura, tan solo un... —se interrumpió de repente porque se le había cruzado una idea—, ¿dónde irás mientras se hacen las reparaciones?

—A Garden House. —German no dijo más, sonrió para sus adentros, apurando a la servidumbre para que tuviera listo el carruaje.

¡Era el colmo! No solo uno de los Alfreds se había atrevido a cerrarle la puerta en la cara dos veces, a la tercera Ian puso el pie en el umbral, entrándolo con cuidado. Si le daba un empujón al viejo y lo hacía caer, Violet no se lo perdonaría, pero ganas no le faltaban. Al otro Alfred le dio la orden de ir a buscar a su esposa porque quería hablarle. Después de casi cuarenta minutos esperando, no había señales de Violet ni de alguna otra persona en la casa. Se puso inquieto, yendo él mismo en su búsqueda, entonces encontró a los dos viejos discutiendo en la entrada del invernadero.

—Déjalo, ya se irá —decía uno.

—Pero quiere verla —replicaba el otro.

—La hará llorar de nuevo. Ahora que ya está más tranquila... Cuando se canse, se irá.

—Señores —los interrumpió Ian—, mis empleados están entrando mi equipaje, díganles dónde pueden ubicarlo.

—Yo te diré dónde puedes meter tu equipaje, hijo de...

En un descuido y esquivando el golpe del bastón, Ian entró rápidamente al invernadero, antes que ninguno de los ancianos pudiera reaccionar. Ya conocía ese lugar, aunque no lo recordaba tan hermoso, tenía variadas macetas con flores de todos los colores plantas muy particulares. No la vio, pero escuchó su voz y fue siguiéndola hasta que la encontró arrodillada en el piso: estaba echándole fertilizante a una maceta, mientras les hablaba a unas orquídeas muy raras.

—Ya verás, te pondrás muy bonita; huele feo, pero te hará respirar, estarás muy contenta como tus hermanas, en... —se interrumpió, y gritó mirándolo fijamente— ¿qué haces aquí?

Ian se sobresaltó al verla levantar la cara tan bruscamente. Estaba con las manos llenas de abono, un pañuelo viejo envolvía su la cabeza, un gastado mandil cubría su vestido; tenía tierra en los bordes de las mejillas y en el puente de su nariz. Él nunca la había visto más hermosa.

—Quiero hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. —Violet dirigió otra vez su mirada a su trabajo— ¡Lárgate!

—Es un asunto muy importante.

—No me importa nada que venga de ti.

—¿Podrías siquiera mirarme?

—No,

—Violet, por favor.

—Bueno, ¿qué quieres? —Al verla, Ian se quedó mudo, se sintió preso del terror, lamentando sobremanera no haber preparado la estrategia para el abordaje. El que siempre en sus negocios trazaba los planes y las mejores deducciones para tener argumentos perfectos e irrefutables a sus adversarios estaba delante de su esposa sin saber qué decir. La interrupción de Alexander en su casa, la idea de que quería casarse con Violet... Tomó la decisión tan prontamente que ahora estaba parado frente a ella, no sabía qué decirle.

—Mi casa —habló balbuceando—, sí, mi casa necesita reparaciones urgentes, y no tengo dónde quedarme...

—Para eso existen los hoteles.

—Odio los hoteles.

—Alquílate una casa.

—¿Por qué habría de alquilarme una casa si tengo una?

—Garden House no es tu casa, es mi casa.

—Eres mi esposa, además pagué mucho dinero por esta casa.

—¿Cómo te atreves a...? —Violet se interrumpió porque, hacia donde estaban ellos, llegaba un tropel de gritos— ¿Qué es esa bulla?

Al llegar rápidamente a la casa, se encontró con los empleados de Ian, quienes infructuosamente intentaban subir los baúles de su señor por las escaleras que llevaban a la recámara principal, tal como él se los había ordenado; pero los Alfreds se los impedía dándoles golpes con sus bastones y emitiendo insultos de los más malcriados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Violet francamente encrispada al pie de las escaleras, viendo el forcejeo de los empleados.

—Estos bichos —dijo Alfred bastoneando la cabeza de uno de ellos— quieren subir el equipaje de ese otro bicho —señalando a Ian— a la alcoba.

—¿Cómo? —gritó Violet a Ian. En un descuido de los Alfreds, uno de los sirvientes burló la entrada para subir raudamente por las escaleras, lo cual desató la ira de Violet—. ¡Baje eso inmediatamente de ahí!, ¡el Señor. Townsend no se quedará ni un segundo más aquí!

—¡Suba el equipaje! —gritó Ian, parado a su lado.

—¡Ah, no!, ¡claro que no!, y espero que no pese, porque tendrán que bajarlo inmediatamente. —Siguieron las discusiones en la entrada, los patronos continuaban gritando alternativamente: «Suba el equipaje», «Baje el equipaje». Los empleados estaban muy desconcertados, por la actitud de su amo. Aquel señor que rara vez alzaba la voz para dar órdenes se gritaba con su esposa a voz en cuello. La verdad que Ian no necesitaba más que cargar a la pequeña mujer a otra habitación para poner fin a esa discusión, pero la vehemencia de Violet lo hizo sentir extrañamente bien, después de semanas de haber estado sumergido en el marasmo que había estado viviendo.

—Violet —le tocó el hombro unos de los Alfreds.

—¿Qué pasa? —contestó ella muy ofuscada.

—Es Bonnie.

—¿Bonnie?, ¿qué tiene?, ¿se ha puesto mal?

—No, escuchó los gritos y quiere saber qué pasa. Me pide que vayas a verla.

—Pero...

—Ahora —le dijo uno de los Alfreds muy preocupado. Violet lanzó una mirada fulminante a su esposo, que tuvo el descaro de reírse en su cara cuando ella se dio la vuelta. «Esa mujer siempre me hace reír».

—¿Qué miran? —gritó Ian a sus empleados— ¡Suban todo el equipaje!

Se quedó al pie de las escaleras hasta que Violet, después de varios

minutos, regresó pálida, furiosa, con las manos apretando fuertemente sus faldas. Con la voz encolerizada se paró a su lado diciéndole:

—Está bien, puedes quedarte. —Con la mirada baja agregó—.En el cuarto de visitas, por el tiempo en que arreglen tu casa. —No le dijo nada más y salió de la habitación con muchas ganas de llorar.

Ian se acomodó en una de las habitaciones de la planta alta, dando indicaciones para que los empleados lo hicieran lo más rápido posible, temiendo que ella llegara a dar marcha a atrás. No la vio durante las horas subsiguientes, hasta que unos gritos muy fuertes resonaron en la silenciosa casa. Eran de Violet: discutía a todo pulmón con alguna persona. Pronto Ian dedujo que la persona, si bien la voz de la señora no se oía, no podía ser otra más que Bonnie y, por los gritos de Violet, la discusión era obviamente por él y por su permanencia en la casa.

—¡No me sentaré con el!

—¿Atenderlo? Ni muerta...

—¡No puedo!, ¡no es justo!

—¡No lo haré!, ¡por mí que se vaya a la...

—¡Mamá, no es...!

«Al menos tengo una fuerte aliada en casa», se decía Ian. Caída la tarde, siendo la hora de la cena, los gritos cesaron, pero seguían discutiendo en murmullos en la cocina de la casa. Él vagaba por los salones tratando de escuchar la conversación de las damas, que se dilató tanto que llegó a pensar que esa noche no cenaría. Hasta que Violet apareció en el comedor principal y con monosílabos lo mandó a sentar a la cabecera de la mesa y a ella a su lado. Dio la orden para que los Alfred sirvieran los alimentos, pero el buen trato de los viejitos y las sonrisas cómplices de ellos causaron inquietud en Ian, sobre todo cuando uno de ellos dudó en qué plato servirle. Violet observó mientras comía que el no lo hacía; más, el señor Townsend se quedaba con la cuchara suspendida a medio camino mirando a los Alfreds, quienes también lo observaban atentamente. Entonces, intrigada preguntó:



—¿Qué pasa?, ¿por qué no comes?

—Tengo duda de que la comida me haga daño —dijo Ian sin dejar de ver a los ancianos.

—No seas ridículo, ¿crees que te quiero envenenar?

—Tú no —le dijo señalando con la cabeza hacia donde estaban los ancianos...

—Eres absurdo. —Violet cambió los platos, pero cuando se disponía a dar el primer bocado, un Alfred se acercó prontamente y le interceptó la mano antes que la cuchara llegara a su boca.

—¡Oh, Alfred! —gritó profundamente avergonzada. La expresión de su rostro hizo que Ian retumbara la casa con una de sus sonoras carcajadas. Desde ese día se hizo costumbre que ella probara sus alimentos antes que él comiera, lo que a él le parecía francamente encantador. Por supuesto que Violet no le dirigió la palabra durante toda la velada. Subieron juntos por las escaleras, y le tiró la puerta tan fuerte que Ian soltó otra de sus escandalosas risas. Pegado a la pared escuchó los ruidos en la habitación de Violet, que era contigua a la suya: el murmullo de sus faldas, el sonido de las jarras de agua, hasta que la escuchó soplar la vela. Entonces, recién él apoyó la cabeza en la almohada entonces, después de semanas de insomnio, se quedó profundamente dormido hasta el día siguiente.

«Bueno, Ian, ¿qué esperabas?», se decía a sí mismo. El atemorizante señor Townsend, temido por los hombres más influyentes y recios de los altos y bajos fondos de Londres, estaba recluido en la biblioteca de Garden House, donde había instalado su oficina y esperaba mirando por la puerta entreabierta que su esposa pasara por ahí. «¿Qué esperabas?, ¿que se arrojaría a tus brazos y te pediría compartir su cama, después de lo que le hiciste?». Pero sí que se la estaba poniendo difícil: las pocas veces que se cruzaban en la casa, apenas se dignaba en mirarlo, no le hablaba casi todo el tiempo, cuando le dirigía la palabra, surgía la discusión. Parecía que apenas toleraba el sonido de su voz, porque siempre lo dejaba con la palabra en la boca.

—¿Por qué estás trayendo más equipaje? —le preguntaba, como siempre,

haciendo puño con sus manos el borde de su faldas.

—Lo necesito.

—¿Cuánto durará la obra de tu casa?

—No lo sé

—¿No has preguntado?

—Creo que tardará mucho. Es más, estoy pensando que será más práctico venderla.

—¡Mejor! —gritó Violet—, entonces todo será más rápido. Comienza a buscar una nueva casa y no te pongas tan cómodo aquí. Has tomado la biblioteca, dos habitaciones más las caballerizas.

—Sobre eso...

—No me interesa lo que tengas que decir o que me cuentes tus planes, solo sal de mi casa lo antes posible. —Giraba sobre sus talones y lo dejaba con la palabra en la boca.

Con Germán, su secretario, no era más amable, a pesar de que este se deshacía en atenciones hacia ella, pero Violet se acordaba de todas las veces que había preguntado por la prolongada ausencia de su esposo y él le había mentido. El pobre German sufría también de sus embates.

—¿Cuánto demorará la obra de su casa?, ¿qué pasa?, ¿la han tumbado toda y la están volviendo a hacer? ¿No es acaso rico? ¡Que se compre otra casa! ¡Consígale una casa pronto!

—Señora Townsend, yo...

—Violet —lo interrumpía—, soy Violet Hamilton. Llevo el apellido de un hombre honorable y no lo cambiaré por algún otro de menos valía.

—Señora, yo...

También a él lo dejaba con la palabra en la boca. Germán se recluía en la biblioteca, asustado por la señora y muy molesto con Ian.

—Todo es tu culpa —le decía mirando por la puerta entre abierta—, nunca va a perdonarme.

Ian reía pensando si él se vería igual de ridículo escondiéndose de su

esposa. Esa mujer tan pequeña y joven tenía a dos hombres hechos y derechos a sobresaltos.

—Ya se le pasará. —Consolaba Ian a su apenado amigo.

Ian tenía esperanzas: era cierto, era fría y cortante en su trato, pero tanto su rostro como las emociones que trasmitía no lo eran. Cuando escuchaba el vendaval de insultos, él se entretenía más en sus bellos ojos, que se ponían oscuros de la cólera, en sus mejillas encendidas y en el temblor de sus lindos labios. Esa mujer era pura emoción, puro sentimiento; aunque intentara actuar indiferente, Ian sabía que no lo era. Si evitaba su presencia era más por dolor que por rencor. Pero también era, como se había dado cuenta desde el primer día, porque Violet estaba todo el tiempo trabajando; él sabía de los problemas financieros en Garden House, pero no imaginó que el peso de toda la casa, la responsabilidad de todo el quehacer diario, todo, absolutamente todo, recaía sobre Violet. Su esposa se despertaba casi al amanecer. Se alistaba lo más rápido posible, bajaba a atender a Bonnie: la cambiaba, le daba los alimentos y sus medicinas. Luego disponía de las cosas de la casa; a los Alfreds los hacía desayunar antes que a ella misma y les repartía las labores del día. Como una penitencia impuesta, ella desayunaba con Ian, suponía él que por exigencia de Bonnie no le hablaba, pero le servía con mucho esmero los alimentos que ella misma preparaba. Luego arreglaba un poco la sala: le daba una barrida rápida, removía el polvo de los muebles y se encerraba en su invernadero. Al medio día salía presurosa a prepararles el almuerzo. Aunque no eran exquisiteces, Ian admitía que tenía muy buena sazón; se lo hizo saber en varias oportunidades, pero en vano, ya que ni siquiera recibió media sonrisa de simpatía. En la tarde se sentaba a zurcir ropa descocida —de los Alfred generalmente— o a hacer los libros de cuentas. A la hora de la cena, repetía la rutina, y entre alistar a Bonnie para que se fuera a la cama y reñir con los Alfred para que se bañaran, terminaba el día francamente agotada. Varias veces, durante la cena, se había quedado dormida en la mesa, aun comiendo. Eran los momentos en que Ian la podía contemplar tranquilamente con una sonrisa; hasta le acomodaba con mucho cuidado los cabellos que le

caían a los lados de la frente, hasta rozarle delicadamente sus mejillas. Le pasaba la voz para que fuera a la cama, ella se despertaba como un niño pequeño haciendo gestos de disgusto, y le decía que más tarde iría porque tenía que lavar el servicio. Una noche, Ian le respondió que él ya lo había hecho, y fue la primera vez, desde que volvió a esa casa, que ella le sonrió.

— Gracias —le dijo y se fue a dormir.

—Son ancianos —le decía él.

—Son mis amigos —le decía Violet hablando bajito para que los Alfreds no escucharan—, son mi familia.

—No quiero que los despidas, por supuesto que no, pero se necesita más personal en esta casa.

—¿Por qué?

— ¿Por qué? —dijo sorprendido— Porque te levantas antes de las cinco de la mañana a preparar los alimentos, limpias la casa del desorden que ellos hacen tratando de ayudar, cuidas a Bonnie, cuidas tus plantas, lavas la ropa.

—Se ofenderían — lo interrumpió Violet—, creerán que no los necesitamos.

—Te lo agradecerán. Ascíéndelos, ¡Sí eso!. Que ellos sean los supervisores del nuevo personal, y tú tendrás más tiempo para dedicarles a Bonnie, a tus plantas. «Y a mí». —Lo último no lo dijo, solo lo pensó.

—Bonnie siempre dirigió toda la casa sin ayuda de nadie y además... — Violet se quedó en silencio, bajó la mirada al piso, torció sus labios y dijo lo que tenía atravesado en el corazón desde que Ian había regresado a casa—¿Y cuando tú te vayas?, ¿quién irá a pagarles? No recibiré tu dinero como si fuera una, una... —No dijo más; lo que tanto le había costado decir hizo que se llenaran sus ojos de lágrimas. A Ian le dolió sentir cuánto había herido a esa mujer. Violet dio la vuelta y corrió a sus habitaciones, él solo pudo susurrar a sus espaldas.

—No me iré, Violet, no me iré. Te lo juro.

Con mucha resistencia Violet aceptó al nuevo personal, sobre todo porque

Ian le dijo que eran los empleados de su antigua casa, puesto que la iba a vender —y puso mucho énfasis al decir la palabra «vender»—, tendría que despedirlos, dejarlos sin empleo en esa época de crisis. A regañadientes Violet aceptó. Una cocinera, cuatro doncellas, cinco lacayos, un mozo de caballeriza, aparte del *valet* personal de Ian. De un momento a otro, la casa se había convertido en un tropel de personas que entraban y salían. A la par, Ian comenzó, al principio con mucha cautela, a realizar modificaciones a la casa: pequeños avances, como el cambio de cortinas raídas, la colocación de un mueble tapizado y otros detalles. Pero a Ian, mientras más confianza le daban, más concesiones se permitía. Como dijo alguna vez, se hizo rico pidiendo más disculpas que permisos. Si algo quería, lo tenía que tener; lo dijo intensamente mirándola a ella, pero Violet no se percató del segundo significado de dichas palabras. Fue así que, de repente, cada vez que terminaba con sus labores en el invernadero, a Violet le daba la impresión de entrar a otra casa. Un distinguido decorador que estaba de moda en la ciudad la abordaba para que escogiera los nuevos tapices para los muebles, enseñándole innumerables telas de brocados delicados y lujosamente bordados que, a la vista de Violet, sinceramente, todo lo veía igual; y pensaba en mil formas de morir antes de tener que escuchar de nuevo la explicación sobre la diferencia entre damascos y cretonas, para ser usados en las cortinas de las ventanas. Con una suave sonrisa preguntaba al señor cual le parecía mejor a él y ella respondía que ese era también el que más le gustaba. Le sonreía nuevamente, luego esperaba que Ian llegara para «exponer su opinión educadamente».

—Son cambios buenos —le decía él.

—¿Por qué? —le gritaba Violet.

—Soy un hombre ocupado, importante. Sin pecar de inmodesto, recibiré muchos invitados: hombres de negocios, de la cámara, etc., tengo que tener una casa a mi altura.

—Pero ¿y tu casa?

—La voy a vender, ya te lo dije mil veces. Y no... —la interrumpió antes que ella hablara— no compraré otra.

—¿Pero...?

—No me iré, Violet. Me gusta Garden House ... —Era un avance muy importante, al menos a Violet ya no se llenaban los ojos de lágrimas al hablar de su posible partida, solo hacía un gesto de incredulidad que a él le divertía tanto como le causaba pena— Además, si algo no te gusta, díselo al señor Patrick.

—¿Pero si se molesta?

—¿Si se molesta? ¿Y qué, si se molesta? Para eso le pago.

—No está bien —murmuró Violet—, es su trabajo.

—A ver si entiendo, no tienes ningún reparo en verter tus opiniones conmigo a gritos e insultos la mayoría de las veces pero te da pena contradecir al señor Patrick, un señor a quien tú le pagas por su trabajo y que recién conoces.

— Pero ¿lo has visto? — repuso Violet— Es muy delicado y...

—Vamos... —Ian tomó su mano y la llevó al salón principal donde el llamado señor Patrick daba indicaciones a los demás trabajadores. Era un hombre joven con una «expresión de artista sufrido», como lo describía Violet; iba de un lado al otro, siempre agitado, gritando alternativamente a la gente: «Perfecto», «No, no, horrible», «Perfecto», agitando sus brazos, suspirando, secándose afanosamente un sudor inexistente en su frente...

—Señor Patrick —lo llamó Ian, y el hombre, luego de reponerse de la sorpresa (era la primera vez que le dirigía la palabra desde su contratación), prestamente se acercó a donde estaban ambos esposos.

—Señor Townsend, señora Townsend, ¿cómo están ustedes? —preguntó con una sonrisa— Espero que esté conforme con los cambios hechos hasta el momento.

— La que tiene que estar conforme con estos cambios es mi esposa, no yo —contestó Ian secamente.

—Por supuesto —respondió el señor un poco contrariado ante la fría respuesta de Ian—, y como usted me encomendó, explícitamente he pedido la

opinión de *lady* Violet en cada decisión que he...

—Por ejemplo —lo interrumpió Ian—, me dice que el color de esas cortinas no le gusta.

—Ian, yo no he... —dijo Violet.

—No hay problema, señor Townsend —respondió rápidamente el decorador—, las podemos cambiar.

—Rojo —dijo Ian—, ella quiere rojo.

—¿Rojo?— preguntó asustado el señor Patrick.

—No, en serio, está bien el color que usted escogió —habló Violet muy sonrojada—, está bien...

—Si usted quiere rojo —replicó el hombre pálido y nervioso ante el horror de cambiar toda la decoración a un color tan inadecuado; sudando frío como pasando saliva agregó—, *lady* Townsend, podemos cambiar las tonalidad de las alfombras y combinar con...

—No, señor, las cortinas están bien —dijo Violet— .Por favor, no las cambie. Sin embargo...

—Sí, señora —dijo el decorador.

—Yo... —Violet miró a Ian de reojo, que aún la tenía sujeta de la mano, dio un suspiro diciendo— No me gustan esas pinturas de los querubines regordetes, son muy raros y...

—Lo cambiaremos inmediatamente, mi *lady* —habló rápidamente el decorador—. ¿Algo más?

—No, creo que todo está bien. Pero, si es posible, terminen su labor antes de las cuatro. A esa hora los Alfreds toman sus siestas y no soportan tanto ruido...

—¿Escuchó?, antes de la cuatro. —Repuso Ian aún muy serio, luego extrañamente cambió el tono de su voz, a uno más amable, agregó— Estamos muy contentos con su trabajo, señor Patrick y, por favor, continúe. —De la misma manera como la trajo al salón, de la mano, se la volvió a llevar a Violet a la otra habitación.

—Ya está, ¿algo más, Violet?

—No.

—¿Qué comeremos hoy?

—No sé.

—Ayer no comiste nada del faisán.

—No me gustan, me dan pena, son muy bonitos.

—Entonces, ve y dile a la cocinera que nunca más haga faisán.

—Pero ¿y si se molesta?

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, ya entendí. —Violet se alejó arrastrando los pies, dejando a Ian con una sonrisa en los labios.

Los cambios en la casa siguieron, y a ella comenzaron hasta agradecerles. No tanto los arreglos, sino el extraño personaje que era el señor Patrick; su personalidad histriónica y desbordante era muy novedosa para una persona como ella. Cuando abría una estancia largamente clausurada por su falta de uso, ponía tal cara de espanto ante el abandono del lugar: se santiguaba por el deterioro de las cosas y, si descubría una pieza valiosa, como un jarrón antiguo o una pintura de algún antepasado de los Hamilton, le faltaba poco para desmayarse de la emoción. Violet y los Alfreds iban a sus espaldas cuando se disponía a reabrir algún cuarto, se ponían expectantes para ver su reacción; se contenían para no aplaudir al caricaturesco decorador por su venerable actuación.

—Cuando abrió el cuarto de pintura estuvo más emocionante —comentaba uno de los Alfreds.

—Aún me quedo con su llanto cuando encontró las miniaturas —dijo el otro.

—Cállense —les ordenaba Violet—, nos va oír. Mañana le abriremos el cuarto de juego. Le pondremos las cigarreras antiguas que le he pedido a Ian que me comprara —agregaba con una traviesa sonrisa. —Apuesto que esta vez sí se desmaya.



Si bien Ian, para los arreglos de Garden House, exigió solo lo mejor sin escatimar en precios. Compró mármol de mayor calidad, alfombras persas, cuadros italianos, cerámicas chinas, hasta consiguió un piano de cola finísimo, aunque nadie en esa casa tocara. Pero él no intervino en nada en la elección de los mismos. Sin embargo, en cuanto a los arreglos del perímetro, él mismo se encargó de supervisar las modificaciones, sobretodo puso mucho énfasis en la seguridad; levantó los muros de la entrada, las cercas de los colindantes; colocó barras en las ventanas, cerraduras dobles en las puertas, y contrató a personas que vigilaran los exteriores de la casa las veinticuatro horas el día, lo que extrañó mucho a Violet.

—¿Alguien te odia? —le dijo parada a su lado, mientras veía como levantaban los muros de la entrada.

—¿Aparte de ti? —repreguntó Ian levantando una ceja.

—Yo no te odio —le dijo ella con un gesto de disgusto—. ¿Tanta seguridad? ¿Hasta dónde van a levantar los muros?

—Soy un hombre importante, tengo que tener a mi familia segura. Es una época de disturbios y de delincuencia.

—En Garden House nunca han robado. Bueno, no es que tuviéramos mucho que robarnos. El abuelo siempre tenía las cercas abiertas, si alguien quería conocer la casa u hospedarse, entraban nomás.

—Los tiempos cambian, Violet. Londres se ha vuelto una ciudad muy insegura.

—Me voy a sentir presa en mi propia casa.

—En vez de presa, segura.

—Señor Townsend —Se les acercó el jefe de la obra—, me han dicho que tenemos que levantar la pared un poco más.

—¡Oh, no! Tapará el sol al atardecer —dijo Violet.

—Podemos completar lo que falta con rejas —dijo el capataz algo apenado por la expresión de la señora— para que no tape la luz.

—Veré el sol tras las rejas —replicó Violet.

—Bueno, podríamos...— comenzó a cavilar el señor, buscando una solución.

—Las rejas estarán bien —replicó Ian. Entonces Violet soltó un suspiro de lo más conmovedor, que hizo que él y el capataz sonrieran. Este último se retiró rascándose la cabeza ante la actitud extraña de la dueña.

—Ian, de nuevo la pregunta —le dijo Violet—, ¿alguien en particular te odia? Y no digas que yo, porque yo no te odio.

—No, Violet, es solo seguridad. Hago muchos negocios, hay personas que no les gusta como acaban estos, en fin. Solo soy precavido. —A Ian no le gustaba mentir, nunca lo hacía si podía evitarlo. Pero justo a Violet no podía decirle la verdad. Alguien lo odiaba y mucho, ahora que era su esposa, ella era también depositaria de ese odio malsano.

—Estoy protegiendo a mi familia —repitió Ian un poco más serio mirando los muros—, solo eso.

—Hmmm —respondió ella, mirando cómo los músculos de sus mejillas se contraían notoriamente. De nuevo dijo el «Hmmm», sin creerle del todo.

«Volviste hermabo. No digas que no te lo advertí. Asumirás las consecuencias. Pero ¿qué hay de especial en ella? La he visto de cerca, no hay nada fuera de lo común. Una más, como otras tantas. Entonces, ¿qué es Ian? Quisiste dejarla, pero no pudiste. ¿Qué es eso tan fuerte que te hizo regresar? Ponerla en peligro, ¿para qué?, ¿por qué? ¡Oh, Ian! Sigue soñando. Sigue levantando los muros, sigue poniendo rejas; “la sombra” no requiere más que una pequeña grieta para entrar, solo necesita un poco de oscuridad».

—De veras. ¡Qué rico cocina tu esposa!

Ian sonreía viendo comer a su secretario German, a grandes bocados, un pastel de carne que Violet le había brindado.

—Así que ya te habla —le dijo Ian.

—Se preocupó por mí, por lo delgado que estaba. Ese resfrío que tuve me ha hecho adelgazar mucho y debo comer más. Esta es mi segunda ración— hablaba sonriendo, con la boca llena.

—Bueno, me alegro. Aunque a mí, aún no me habla.

—No me importa —dijo German levantando los hombros—, lo importante es que me habla a mí. Yo no tenía la culpa de tus tonterías.

—Entonces, tendré que resfriarme también.

—¿Para que te perdone? Tendrás que contraer cólera, tifus o quizás la peste, y eso.

Ian respondió con un comentario sobre su abuela y su fama de extrañas habilidades que poseía.

—¡La paterna! —agregó German riéndose— La vieja debe de estar enseñándole esos trucos al mismo diablo.

La risa de Ian retumbaba por toda la casa sobresaltando a Violet en el lugar que estuviese. Luego del susto, ella sonreía también.

Así, poco a poco, las discusiones entre los esposos eran cada día menos; y las palabras amables, menos distanciadas. Violet era una mujer de naturaleza noble, tranquila, en verdad odiaba las peleas y a las personas nerviosas e irritables. Ian se sorprendía de su buen trato hacia los sirvientes; en general, a cuanta persona se cruzaba en su camino, le caía bien inmediatamente no porque quería hacerlo, sino porque se preocupaba sinceramente por ellas, por sus sentimientos, por sus necesidades.

—¿Pasa algo, señora Holms? —le preguntó Ian a la cocinera que lo había abordado en la salida de la biblioteca.

—Es lady Violet, es que...

—La casa es de mi esposa —la interrumpió pensando que iría a darle una queja sobre su mujer—, todas las cuestiones domésticas las trata con la señora Townsend. Entiende que si tiene algún problema...

—No, no. Todo lo contrario. *Lady Violet* es muy buena, demasiado. Es que... —La cocinera sacó un monedero con muchas monedas y se lo enseñó a Ian— Ella me dio esto, cometí el error de contarle que soy viuda y que mis hijos viven en el campo con mi hermano, porque yo trabajo aquí y no puedo tenerlos. Al día siguiente me dio este dinero y me ordenó que los trajera a

vivir a Garden House, porque iba a hacer arreglos para agrandar la casa de los sirvientes, me advirtió que ninguna madre debía vivir lejos de sus hijos.

—Señoras Holms, no entiendo —le dijo Ian.

—Usted ha sido muy buen patrón, no quiero problemas entre ustedes. Su señora tiene buen corazón, pero mis hijos son varones, son tres y pueden ser muy problemáticos.

—Si mi esposa le dio la orden, hágalo. Yo soy de la misma opinión. Si le falta dinero para los gastos para traer a sus hijos, dígale a German para que se lo de inmediatamente.

—Pero...

—Hágalo, y no le diga nada de esta conversación a mi esposa.

A Ian lo conmovía la nobleza de su esposa y se avergonzó de que, habiendo trabajado la señora Holms casi tres años para él, nunca se le hubiera ocurrido preguntar por sus hijos; en cambio, Violet, a los días de conocerla, ya sabía más de ella que él. Violet era buena con todos, menos con él. Estaba herida, él lo comprendía, aunque varias veces había intentado acercársele y pedirle perdón, pero no encontraba las palabras correctas. Porque ni él las sabía. ¿Cómo hablar de sus miedos sin develarle su pasado?, ¿cómo explicarle sus sentimientos sin hablar de sus pecados o, mejor dicho, de su gran pecado, de esa monstruosa culpa que tenía enroscada en el corazón, parasitando en su ser durante décadas? ¿Cómo hablar sin contarle sobre esa persona? No podía. Además era increíble la manera en que podía ponerlo nervioso cuando se le paraba enfrente y le torcía sus labios. Pero él era un hombre paciente y sobre todo persistente, las discusiones se estaban haciendo cada vez más distanciadas, hasta que empezó con los arreglos a la biblioteca. Violet puso el grito en el cielo, teniendo él, el buen tino de ceder ante todas sus exigencias. Ese lugar era el preferido de su abuelo; es más, por lo que había entendido, sus últimos años lo pasó recluido allí, resolviendo problemas de matemáticas y leyendo novelas. Ian ya había tomado posesión instalando su oficina, pero respetando en no tocar los libros del conde y su colección de cosas extrañas. Violet entraba personalmente a limpiar ese lugar todos los días; eran

momentos en que, mientras Ian despachaba, ella observaba su labor. Le dio la sugerencia hasta casi hasta marcó una línea en el piso donde él podía hacer los arreglos que quisiera, pero que no tocara sus recuerdos; hasta le dio permiso de tumbar la pared por si quería agrandar su espacio, recomendación que Ian aceptó e inmediatamente ejecutó. En las tardes, con menos labores que hacer, Violet se permitía leer libros de su abuelo o hacer ejercicios de números que él había dejado inconclusos. Se sentaba en un sillón y ocupaba la tarde en esos deberes. Ian, desde el otro extremo de la habitación, despachaba sus asuntos, con Germán o con algún otro socio. El lugar era muy confortable, espacioso, ventilado, con dos grandes ventanales que daban a la parte más bonita de los jardines. Algunas veces los visitantes se distraían con su belleza, pidiéndole el nombre de tan extraordinario jardinero. Ian con orgullo sonreía y decía que ese jardinero solo trabajaba para él. Hasta que se hizo una costumbre: todas las tardes, mientras él trabajaba, ella lo observaba fingiendo leer. Violet descubrió al hombre inteligente y trabajador que era su esposo, casi desde el amanecer estaba sentado en su oficina pidiendo a Germán la agenda, donde tenía detallado hora a hora lo que tenía que hacer, con quién era la reunión, qué se iba a tocar, las estrategias para el tema que iban tratar, hasta de antemano tenía las pautas y soluciones posibles a contratiempos que se presentasen. Además exigía, en la medida de lo posible, que las reuniones de trabajo se hicieran en Garden House. Otra cosa que descubrió fue que Ian en su labor, además de ser sumamente ordenado, era muy justo; cuando tomaba una decisión, la razonaba, la discutía con German, y prevalecían las palabras: «Es lo honesto», «Es lo correcto». Por ejemplo, cuando algún competidor estaba en problemas financieros y tenía que vender, no aprovechaba la oportunidad para sacar precio de su desventaja, no. Escrupulosamente realizaba las sumas para otorgar el precio justo. Como decía su máxima: «Las cosas solo se pueden hacer de una manera: bien». También colaboraba con muchas instituciones de caridad, sobre todo con la de niños desamparados y huérfanos que deambulaban en las calles de Londres. Lo sensibilizaba mucho ese tema; no solo abastecía orfanatos e instituciones similares, sino también, por muchos contactos, apoyaba leyes en contra del trabajo y la explotación

infantil.

—Leyes, nuevas leyes que impongan multas, solo con multas las fábricas aprenderán a no contratar niños. —Dos muchachos jóvenes, amigos de Ian, llamados Jean Paul y Vespasiano, hablaban francamente indignados, leían las noticias de los periódicos y disponían los recortes delante de Ian. Por las conversaciones entre ellos y por comentarios de German, Violet sabía que Ian los había conocido cuando eran muy niños; los ayudó en su educación, y ahora ambos iban a la escuela de leyes con el fin de prepararse para ingresar al mundo de la política.

—Millonarias multas, y pensarán mil veces antes de meter a un niño a limpiar hornos; millonarias multas y no esas sumas ridículas que les imponen hoy en día —replicaba Vespasiano, que era el más joven, pero el de temperamento más acalorado—. Siete muertes, siete niños muertos en dos días. —El libro que tenía en la mano Violet cayó al piso, y por fin los interlocutores se dieron cuenta de su presencia. Se les había hecho tan habitual su estadía silenciosa en esa oficina que ellos compartían y hablaban pensando que ella no los oía.

—¿Cómo? —preguntó ella. Los amigos de Ian se la quedaron mirando sorprendidos ante su pregunta.

—*Lady Violet* —dijo uno de ellos—, es un tema desagradable para una dama.

—¿Cómo? —volvió a preguntar. Esta vez Ian hizo un gesto con la cabeza para que contestaran a su esposa. Era imposible pasar por alto una pregunta de Violet.

—Dos murieron limpiando chimeneas —respondió Vespasiano cabizbajo—, se atoraron, los dueños de las casa se negaron a romper sus paredes para sacarlos; otros dos, asfixiados en fábricas de carbón, y los tres restantes, en accidentes de máquinas textiles.

—¡Oh! —exclamó Violet—, ¿cuántos años tenían?

—No pasaban los diez años.

—Permiso, caballeros —dijo Violet después de una pausa—, iré a traerles

su té.

—No debimos de contarle —dijo Jean Paul una vez que la sra. Townsend salió de la habitación; el otro muchacho lo secundo con la mirada—. Las damas son muy sensibles a estos casos. —Ian les sonrió, para tranquilizarlos, les dijo:

—Mi esposa parece muy delicada, pero en realidad es una mujer muy, pero muy fuerte, ya verán.

Siguieron discutiendo la manera de impulsar nuevas leyes contra la explotación infantil. La gloriosa era victoriana desangraba en su indiferencia a sus hijos menores; miles de niños pobres morían al nacer o no llegaban a cumplir los cinco años de vida, víctimas de enfermedades por falta de higiene o solo por hambre. Los que superaban esa edad estaban vivos para ser explotados en las más humillantes labores, ante la indolencia de su sociedad. La Revolución Industrial los hizo presas para la mano de obra barata. Ahí en esa sala estaban tres supervivientes que luchaban por un cambio. En medio de la conversación, a los pocos minutos de haberse ido, regresó Violet con la bandeja en sus manos. La mujer que había salido de la habitación descompuesta y con los ojos húmedos había desaparecido. Sirvió el te con destreza y les habló con total naturalidad.

—Creo que, además de severas leyes, el nombre de esas personas que contrataron a los niños debe hacerse público a través de los diarios; he leído el periódico, dice lo que pasó, pero no quiénes son los dueños de esas casas o fábricas. El escarnio público unido a sus nombres también podría ser una forma de presión.

—Excelente idea —dijo Jean Paul—, tengo dos amigos del *London Journal* que me deben más que un favor.

Violet les sonrió y salió de la habitación para coordinar la cena.

—Se los advertí —dijo Ian mirando a sus sorprendidos interlocutores. Pero no le gustó tanto la observación de uno de ellos.

—En verdad sus ojos son de color violeta.

Esa noche durante la cena, Ian se percató de que su esposa no había comido

casi nada: dio vueltas con el tenedor, después de amontonar la comida en diferentes grupos en el plato, la dejó casi intacta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ian— ¿Tampoco te gusta el cordero?

—Sí me gusta, pero no tengo mucha hambre. —Violet miraba el plato y suspiraba entrecortadamente.

—¿Es por lo de la tarde? —preguntó Ian sonriendo ante la transparencia de su esposa

—Sí. —Luego de una pausa, tomó aire y se animó a preguntar—: Ian, ¿a ti te pasó eso cuando niño? Decían en el *Weekend*, en la casa del duque que de niño fuiste deshollinador, ¿te atoraste alguna vez dentro de una chimenea?

—Sí, varias veces, pero la última vez fue terrible.

—¿Cuántos años tenías?

—Diez años, pero era más alto de lo normal, aunque muy delgado. Fueron unas horas muy angustiantes, por decir lo mínimo.

—¿Horas? —preguntó Violet en un pequeño grito— ¿Te tuvieron encerrado ahí durante horas, siendo tan solo un niño?

—Sí, hasta que el dueño de la casa decidió romper la pared, aunque tuve que devolverle la bondad con tres meses de trabajo gratuito.

—¡Oh, Dios! Cuanto lo siento, Ian.

—¿Por qué? —preguntó él— Tú no tuviste la culpa, además tu vida tampoco ha sido fácil, eres huérfana igual que yo, sin dinero ...

—Oh, no, te equivocas. A mis padres casi no los conocí, es cierto, pero me trajeron a vivir a Garden House, mi madre fue Bonnie; a falta de uno, tuve tres padres: el abuelo y los Alfreds. Nunca tuve carencias; claro, no teníamos lujos, pero aunque era austera, nada me faltó. Además no creo que haya habido en este mundo niña más engreída que yo. Si una lágrima salía de mis ojos o se me clavaba una astilla haciendo cualquier travesura, a todos les daba un ataque de nervios. ¡Y vaya de travesuras que hacía! Solo Bonnie era la que me ponía límites, porque los otros me dejaban hacer lo que quisiera. —Luego de una pausa y mirándolo directamente agregó—: No tuve una mala niñez.



—Yo sí —respondió Ian muy sereno y se contuvo para no poner su mano encima de la de Violet—, pero no tengo resentimientos; si sobreviví, fue por algo.

—Hasta mañana, Ian. —Levantó su rostro y le dio una sonrisa.

Esa noche Ian tuvo esa pesadilla recurrente: estaba atrapado en un lugar oscuro, como la más negra noche, sintiendo un intenso dolor en todo su cuerpo por no poder moverse. El aire estaba viciado, muy espeso, lo que le provocaba una tos incesante, pero el silencio era lo que más lo asustaba. «Se han ido todos», pensaba desesperado. «Estoy solo, se han olvidado de mí, todos se han ido, moriré solo»; comenzaba entonces a gritar que lo ayudaran, aunque nadie contestaba. Pero en esta pesadilla, algo fue diferente: de repente, de la oscuridad y la nada, se abrió una puerta, entró mucha luz y alguien le dijo: «Pasa rápido», sin verla reconoció la voz de Violet. «Pasa rápido, lávate las manos que ya vamos a comer». Despertó sudando, sonriendo y cada vez más confundido.

«Estás a salvo, eso crees. Pero yo estoy aquí, tan cerca, te veo entrar a tu casa, la veo a ella salir a recibirte. Veo cómo la observas, cómo brillan tus ojos cuando ella se te aproxima, hasta metes las manos en tus bolsillos porque te tiemblan al estar cerca de ella. Violet te habla sofocada por el calor, está seria, y tú le sonríes como un bobo. Luego le dices algo, hasta le haces gestos graciosos cuando la haces reír; entonces, ella deja de estar molesta y aprovechas para rozar sus mejillas, fingiendo que le acomodas el ala de su sombrero, para que no le dé el sol. Pero no es al sol al que hay que temerle, sino a la sombra».

Violet agradecía la ayuda en casa porque, como se lo había predicho Ian, ahora tenía más tiempo para ella y sobre todo para Bonnie. Mamá se estaba yendo poco a poco, y no había retorno. La peinaba recostada en su cama, después de haberle dado sus alimentos, medicinas, y luego de asearla. La veía tan frágil. Mientras cepillaba su cabello, Violet no recordaba nunca haberla visto descansando; su imagen grabada de ella, era de una mujer con una energía desbordante, todo el día desde el amanecer se hacía cargo de Garden

House como si fuera un pequeño cuartel. El motor de esa casa había sido siempre Bonnie; aun en las buenas épocas en que se permitieron tener ayuda doméstica, era ella la que comandaba la casa, desde los oficios más ínfimos hasta los deberes que le correspondían al conde, como el cobrar los alquileres a los arrendatarios. Recordaba al abuelo entrando a la cocina, cabizbajo y arrastrando los pies porque no había podido cobrarle al nuevo inquilino.

—Dice que ha estado enfermo y no ha podido juntar el dinero.

—¿Enfermo? —exclamaba Bonnie a voz en cuello— ¡Borracho será!, toda la semana lo han visto tirando dinero de la cosecha en diferentes tabernas.

—¿Pero si verdaderamente ha estado enfermo? —decía el conde— La misericordia cristiana que profeso me impide dudar.

—Me impide dudar. —Bonnie hacía una imitación exacta del abuelo para luego gritar—: ¿Y qué vamos a comer este mes?, ¿tu misericordia cristiana?

El abuelo juntaba los labios para luego levantar los hombros, entonces Bonnie sabía que la discusión estaba perdida, blanqueaba los ojos y se ponía el manto a los hombros.

—Señora Romanov, ¡vamos! —Bonnie daba la orden a la robusta cocinera de la casa, que tenía unos brazos parecidos a las piernas de un elefante. Esta tomaba un mazo de amasar carne y salía detrás de Bonnie. El señor Romanov, su esposo, se excusaba de ir porque sus convicciones políticas lo hacían cuestionar el sistema de arrendatarios, entonces comenzaba a discutir con el conde, pero a este no le gustaba discutir; más bien comenzaba, como era su costumbre, a buscar ideas de encuentro entre la verdadera misericordia cristiana que él profesaba y los valores anarquistas del señor Romanov. Celebrando ambos las coincidencias con aplausos, los niños ahí reunidos, los hijos de los Romanov y Violet, decidían entre quedarse a escuchar la disertación de los dos hombres o ver cómo Bonnie, con las palabras graciosas que decía y que Violet tenía prohibido repetir, y la señora, con sus brazos de elefante, le sacaban la renta al, ahora sí, pobre arrendatario. Así era Bonnie: enérgica, vibrante, inagotable. Solo descansaba a la hora de dormir. Aunque también en las noches estaba para ella; como cuando entraba corriendo a su

cuarto después de tener una horrenda pesadilla y saltaba por encima del abuelo, quien gritaba fingiendo estar asustado.

—¡Bonnie, el mosquete! ¡Pronto!, ¡nos atacan los *highlanders*!

—Abuelo, soy yo —decía Violet.

—¿Qué pasa, pequeña? —Bonnie la envolvía con su largo brazo y besaba su frente.

—El monstruo otra vez, mamá. Me quiere llevar a un lugar feo, frío y que huele mal.

—Ese monstruo no entrará aquí —le decía Bonnie acariciando sus cabellos —.Son sueños malos nada más. Estás conmigo, estás a salvo, estás en Garden House —se lo repetía tantas veces hasta que se quedara dormida.

Ahora esa incansable mujer estaba en cama, tan cansada. Cansada de haber comido, cansada de hablar, cansada de vivir.

—¿Dónde está tu esposo? —preguntaba Bonnie con los ojos cerrados.

—No lo sé. —Bonnie sonreía porque, por el tono de fastidio en su voz, sin abrir los ojos, sabía que Violet había arrugado sus labios y levantado sus hombros—. En la biblioteca trabajando.

—Le gusta estar en casa —le dijo Bonnie—, eso es bueno.

—Hmmm.

—Violet, acuérdate de tu abuelo. ¿Dónde está tu misericordia cristiana?

—Mamá —le habló Violet después de una pausa—, ¿por qué regresó?

—Porque iban a reparar el techo de su casa, seguro que no por eso.

—Sí, lo sé —replicó Violet—, ¿entonces?

—Mirate en el espejo, pequeña. Ahí está la respuesta.

—Entonces ¿por qué se fue?

—Eso lo tendrás que averiguar tú. Pero sea cual fuera la razón para irse fue más fuerte la razón para regresar.

—Y... —Violet dudó un momento— ¿si se vuelve a ir?

—¿Tienes miedo, hija?

—Sí.

—Yo no crié a una cobarde. Tú eres una mujer fuerte, inteligente, y con un gran corazón, y él... —Hizo una pausa y pasando saliva agregó—: él solo es un hombre perdido que necesita que lo ayuden a encontrar el camino a casa. Valdrán la pena las batallas que tengas que librar. Es un buen hombre, estoy segura de eso; a esta vieja los ojos de las personas ya no le mienten.

—Sí, lo es —le dijo Violet—, es muy trabajador, ordenado y justo. Sus empleados hablan muy bien de él, ayuda a...—Entonces comenzó a enumerar las cualidades de su esposo, mientras a Bonnie se le dibujaba una enorme sonrisa en su cansado rostro.

A las largas horas de Violet en la biblioteca se les sumó la media hora o casi una hora que Ian iba al invernadero. Además de aprovechar para estar cerca de ella, tenía mucha curiosidad, y una idea rondaba en su cabeza desde la primera vez que había entrado a ese lugar: las flores que plantaba en las macetas, el cuidado que les daba y la producción en masa que extrañamente no aumentaban nunca. A eso se sumaba que Violet administraba su propio dinero; orgullosa como era, no quería disponer de lo que Ian daba para la casa, con gastos que tuvieran que ver directamente con ella, con los Alfreds o con Bonnie. Ahí estaba lo que le había a la señora Holms, que no era una suma menor. ¿De dónde sacaba tanta plata su dulce esposa? Ese invernadero era la respuesta. Al principio entraba receloso a buscar cualquier conversación referente a la casa: invitados que iría a recibir en la noche u otras tontas excusas. Luego se quedaba sin decir nada, ordenaba las macetas más pesadas, les ponía los mosqueteros y, lo más importante, limpiaba los lentes de Violet. Ella se oponía, pero luego él se los quitaba mientras tenía las manos ocupadas. Ian miraba los anteojos, hacía una mueca de disgusto y le llamaba la atención.

—¿Cómo puedes ver con esto? —Sacaba entonces del bolsillo de su chaqueta un pañuelo de lo más fino, que reservaba exclusivamente para ese fin. Los limpiaba con esmero y luego se los ponía en el rostro—. Ya está. —A cambio ella le regalaba una sonrisa, hasta alguna carcajada como ese día que Ian los limpió, pero en vez de ponérselo en su cara, se los colocó en la suya.

—¡Santo Dios! Niña, eres prácticamente ciega. —Hizo un gesto de mirarse las manos y de estar mareado.

—Devuélvemelos —le dijo Violet sin poder contener su risa ante su imitación.

Ian se los puso en su rostro y le soltó la pregunta:

—¿Cuánto es nuestra ganancia de este mes?

Violet se puso seria, se tensó de inmediato. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, luego mirándolo de frente le dijo:

—Yo sé que está mal visto que una mujer trabaje, pero esto en verdad me gusta mucho, Ian, no voy a dejar de hacerlo porque...

—No me parece mal que una mujer trabaje —la interrumpió él—. Es más, me siento orgulloso de que mi mujer sea independiente.

—¿En serio? —preguntó ella aún recelosa.

—En serio —le dijo él muy sinceramente para su tranquilidad.

Entonces, Violet comenzó a contarle cómo había empezado la aventura del invernadero. Hacía unos dos años, el abuelo estaba ya bastante mal, cada día había menos dinero; entonces, una vez que ya no había nada que vender (y ese día ni qué comer), Violet tomó una de sus hermosas orquídeas pidiéndole a los Alfreds que la vendieran, aunque sea para cubrir la comida de ese día. Resultó que no solo la vendieron a un vivero famoso de la ciudad y les alcanzó para comer una semana, sino que inmediatamente les hicieron un pedido para los siete días siguientes.

—No gano mucho, pero te cuento un secreto, solo Ian.

—Dime. —Se acercó a ella con un gesto de expectativa.

—Si no me hubiera casado, está bien, hubiera perdido Garden House, pero no me hubiera ido con mi tío a Francia. Ni muerta. Era mi plan B. Nos hubiéramos fugado e ido a vivir a una casita pequeña en el campo. Gano lo suficiente para mantenernos. —Luego de una pausa agregó—: Me gusta hacer esto, Ian, mucho.

—Está bien, Violet, no quiero que dejes de hacerlo. Además lo haces muy

bien, eres programada, sacas la cuenta de lo que inviertes y a cuanto debes vender. Tus libros están magníficamente hechos.

—¿Los has visto?

—Lo siento. Me ganó la curiosidad.

—Entonces, sigo con...

—Sí —la interrumpió él—, pero te propongo una cosa: me aceptarás como socio de tu empresa, pondremos un invernadero en la ciudad y los venderemos directamente. El dinero de las ganancias estará destinado a una labor social, la que tú elijas. Y tus gastos personales estarán cubiertos por mí.

—Me gusta disponer de mi propio dinero, Ian.

—Mi dinero también es tuyo. Seguirás trabajando en lo que te gusta hacer, y a la vez ayudaremos a una institución de caridad.

—¿La que yo elija? —preguntó Violet.

—La que tú elijas.

—¿Y me llevarás a conocerlas primero?

—Violet, ya hablamos de eso. —Desde esa primera conversación sobre los niños en las calles y sobre los hospicios, ella le había insistido muchas veces para que la llevara a conocer esos lugares. Pero Ian no tenía corazón, eran sitios muy —para decirlo suavemente— aterradores: había niños desnutridos, enfermos, que llegaban casi agonizando, llenos de enfermedades, sobre todo con ojos tan tristes que podían herir el alma de cualquier persona, aún más un alma delicada como la de su esposa—. Son sitios peligrosos, hay mucha gente enferma.

—Pero Ian...

—Voy a pensarlo.

—Ian —dijo Violet reflexionando un poco antes de estar de acuerdo—, ¿no deseas que trabaje para otros o quieres que dependa de ti?

—Digamos que quiero que seas independiente, que trabajes para ti misma. Sobre mi dinero, eres mi esposa. ¿Para quién trabajo si no es para mi familia? Para ti.

—Hmmm.

—Además, Violet, te cuento un secreto.

—Sí.

—Me da gusto que no hayas llevado a cabo el plan B.

Violet rio sinceramente, y comenzaron las conversaciones. Era una mujer realmente muy hábil para los números, hasta Ian, experto en esos asuntos, se quedó sorprendido de cuanto sabía. Hablaron de porcentajes en la repartición de las ganancias, de intereses calculados, de inversión proyectada, etc. Con su espíritu empresarial, Ian fue más allá y a hablar de una producción en masa para expandir el negocio, hasta que Violet lo cortó en seco.

—No, solo seré yo quien cuidará de las plantas. Quiero divertirme en lo que hago. Además, ya mi esposo es rico, no necesito más dinero.

«Cuánto dinero gastas en la mujer, en su casa, en embellecer su hogar. Te gusta, la amas, está bien. Estás jugando a mi favor: mientras más te embeleses con ella, mientras más te sientas a vivir el sueño, más disfrutaré mi venganza. Te cobraré tu traición con lágrimas que cortarán tus mejillas como navajas, llorarás de rodillas pidiendo misericordia, clamando morir de una vez. Solo así te aproximarás al umbral de mi dolor, de mi pena».

Fue un pequeño avance, pero ese acercamiento para Ian no era suficiente. Estaba dando muestras de fe, de que quería integrarse a la familia. La manera en que se había instalado, las remodelaciones a Garden House, la venta pública de su antigua casa no acababan de convencer a Violet ni a los Alfred de que él no se iría. Esos dos eran todo un caso: Ian lo entendía, había lastimado a su pequeña, ¿cómo no lo iban a odiar? Por esa razón toleraba sus groserías e insolencias, mientras el ciego lo llamaba con todos los adjetivos calificativos de los más despectivos en frases como: «Buenos días, señor bazofia», «Como ordene, señor burro», «Como diga, siete buches», y demás. El otro simplemente lo ignoraba con total descaro: le tenía prohibido dirigirle la palabra. La única vez que le habló fue cuando entró muy disgustado a su oficina.

—Apúrate, Violet está en el invernadero, deprisa.

—¿Qué pasa, Alfred?

—Es el malnacido hijo de perra del barón Bailey. Está aquí, hay que actuar pronto.

—¿El barón Bailey? ¿Aquí? ¿Qué quiere en Garden House? —El barón era un conocido de algunos negocios en su juventud, pero no lo veía desde hacía muchos años. Ian tenía un pobre concepto de su persona: poco honrado en los negocios y en su vida personal. Era de los que pensaban que su noble cuna le permitía licencias para actuar incorrectamente en su día a día, era conocido por sus muchas amantes, por sus perversas orgias, pero sobretodo por dañar la reputación de más de una dama—. ¿Qué quiere?



—Ver a Violet.

—¿A Violet? —preguntó Ian desconcertado—, ¿conoce a Violet?

—¡Claro que no! —repuso Alfred muy ofendido—. Quiso conocerla, pero Alfred y yo lo impedimos. Se presentó una vez, ofreciéndome una moneda de plata si le daba información sobre ella. Quería saber si desde que había sido abandonada por su esposo, ya había conseguido un amante.

—¿Cómo? —preguntó Ian con rubor en sus mejillas.

—Después de tu abandono, creyó que Violet era yegua para su establo. Me dijo que le faltaba una amante en esta zona de Londres, que la había visto en el castillo del duque y que, si bien era una mujer alejada a sus gustos, le habían contado que tenía muy buen... En fin, que podría ser interesante.

—Gracias, Alfred. ¿Dónde está ella?

—En el invernadero —le dijo el otro Alfred, quien se había unido a la conversación, prestamente sacó del bolsillo de su chaqueta una moneda que puso con un gesto de asco en las manos de Ian—. ¡Aquí está! La he guardado todo este tiempo, ¡métasela por...!

—Gracias, Alfred —dijo Ian, que recibió la moneda con la mano que le temblaba por la ira—, vayan a ver a Violet y háganle muy, pero muy fuerte.

—Esto pasa, badulaque —le dijo uno de los ancianos—, cuando los hombres abandonan a sus esposas.

—Lo sé, Alfred, lo sé y lo siento.

Ian se presentó a la sala donde esperaba el barón, entretenido observando las remodelaciones recientes y ostentando un mediocre ramo de flores en la mano. Era un hombre de mediana edad, vestido con colores chillones, aunque de apariencia era muy apuesto, una persona con experiencia en la vida podía reconocer que tenía una mirada turbia, fría, hastiada, hecha a pulso con años de depravación y de falta de moral.

—Usted dígame al mayordomo —habló el barón, sin voltear, creyendo que era el otro Alfred— que no traiga esa bebida de la vez pasada, me tuvo un mes en cama, mal del estómago.

—Me han informado, barón, que ha venido a visitar a mi esposa.

—¡Señor Townsend! —La cara del barón palideció ante la presencia de Ian o, mejor dicho, ante su expresión—. Yo pensé que... que usted estaba..., que se había separado de...

En la noche Violet se quedó horrorizada de los magullones en las manos de Ian.

—Pero ¿qué hiciste? Alfred, trae mi canastilla para curar. ¿Cómo que arreglaste la rueda del coche?, ¿la botaste a puños? —Los Alfred se reían al unísono al escuchar su comentario—. Y a ustedes, ¿qué les da tanta risa?, ya creo que están chochos. Alfred, apura con mi canasta.

La manera tan diligente en que Violet curó sus manos enterneció el corazón de Ian, pero dejó otras partes de su cuerpo muy alteradas. La forma en que soplaba con sus bonitos labios el ungüento y su pecho puesto casi a la altura de sus ojos hicieron que el hombre se levantara de repente y pidiera a su *valet* un baño con agua muy fría. Y vendrían muchos más.

Esa noche, Violet había contado una de sus historias graciosas a los jóvenes Jean Pierre y Vespasiano; ella, ya sin sentirse inhibida por su presencia, conversaba con tanta naturalidad y hacía a todos carcajearse con las anécdotas de los extraños personajes que había conocido en ese *weekend* en casa del duque. Les habló de las flores al atardecer, del cuento de las sombrillas y de las tres tristes brujas que estaban atrás de un mismo príncipe. Verla desenvolverse con tanta gracia era una delicia para Ian, aunque a medida que seguía la conversación, y seguían sus risas, en lo más primitivo de su ser, admitió que quería escuchar esas risas de Violet junto a su oído, estando los dos en la misma cama, luego se preguntó a sí mismo: ¿por qué no?, ¿por qué no podíseducir? Era un hombre con mucha experiencia, ¿cómo no podría seducir a una mujer sin nada de ella? ¿Qué le impedía encantar a su inocente esposa? Se dijo a sí mismo que él sabía del amor, conocía las palabras correctas, las miradas, las caricias, de esos besos. Violet se dio cuenta de que Ian poco a poco había dejado de hablar y de que ahora la observaba fijamente, con una media sonrisa; la recorría toda con la mirada. Primero, fijaba su

atención en su cara, luego seguía a sus labios, y finalmente bajaba directamente a su busto. Ian, delante de todos los presentes, la veía de una manera tan sutilmente desvergonzada que logró que ella se ruborizara intensamente. Cuando los invitados se marcharon, Violet, extrañada del comportamiento de Ian, temiendo que hubiese bebido más de la cuenta, se marchó prontamente a su cuarto. Pero en la puerta, Ian ya la esperaba; en un rápido movimiento la tuvo arrinconada a la pared, e susurrándole palabras tiernas a su oído.

—Has tomado demasiado —le decía ella mientras trataba de apartarlo—, estás ebrio.

—No lo estoy —decía Ian que comenzó a darle besos náufragos en su cuello, en sus sienes, en las mejillas, hasta que la sintió estremecerse—. O sí lo estoy. Estoy ebrio de tu olor, de tu piel, de tu risa.

—Ian, por favor.

—Te deseo tanto, Violet —le murmuró Ian a su oído—, tanto.

—Se desea lo que no se tiene —hablaba Violet con sus ojos cerrados sintiendo sus besos en sus mejillas—. Me tuviste una vez y saliste corriendo por casi un mes. Si vuelves a tenerme, ¿dónde te esconderás esta vez? ¿En la China?

Ian se puso tenso y se incorporó, Violet lo retiró de ella con solo apoyar las yemas de sus dedos, en un suave movimiento. Cuando cerró la puerta de su cuarto, dejó a su esposo parado en el marco y pensando en que él, del amor, no sabía nada.

Ella, apoyada en la puerta cerrada, con el corazón latiendo con la fuerza de mil caballos, pensaba en lo duras que son las batallas cuando se quiere ganar la guerra. «Quiero tu alma, Ian, tu corazón por completo. No me conformaré con menos».

«Es lista tu esposa, tiene la mirada inteligente, casi me descubre. ¡Qué confiado eres!, llevarla a una feria... Estuve dos veces tan cerca de ti, tan cerca de tu cuello, pero no será tan fácil, no es así. Sufrirás, ella es la víctima, el cordero. Nunca te había visto reír tanto y tan seguido, ella te abraza, te

acomoda la ropa, te pone comida directamente en la boca. Cerca a la fuente, volteó bruscamente gritando: “Alguien nos sigue, Ian”, tú reíste, disimulaste para tranquilizarla. La envolviste en tu brazo y la sacaste pronto de la feria. Pero te sustastes, olí tu miedo, tus venas de la frente latían violentamente. ¡Con cuánto amor la proteges!, ¡cuánto miedo hay en tu mirada! Te aterra la posibilidad de perderla, sé lo que se siente perder a lo que más amas. Ahora te toca a ti».

Uno de los lugares más bonitos de Garden House, aparte de los jardines, era la cocina: era muy espaciosa, de techos altos, como en la biblioteca, grandes ventanales la cercaban en forma de «L»; un gran fogón de fierro fundido, heredado de tiempos inmemoriales, era el centro del lugar, tan alto que, cuando Violet cocinaba, tenía que poner una banquetta, especialmente hecha para ella; las remodelaciones realizadas por Ian, como el piso de mármol y los modernos azulejos, la habían vuelto más placentera aún. También se había comprado mucho servicio, incluido el de platería, puesto que el originario de la casa se había vendido en las épocas de crisis. A Violet le gustaba mucho la cocina, entre otras cosas, porque era el lugar de la casa donde más tiempo había pasado con su mamá. Podía imaginarse a Bonnie en la mesa principal enseñándole a deshuesar un ave de corral o mostrándole la forma como se cortan las morcillas para ahorrar. A mamá le gustaba cocinar y que ella aprendiera «Una mujer debe saber hacer de todo —le decía— y aún más cocinar. La mujer que cocina, de hambre nunca sufre». Así que, aunque ahora tuvieran una cocinera exclusiva para la casa, una vez que Violet le perdiera el temor a la gigantesca mujer, compartía con mucho gusto el quehacer de la cocina.

—Se lo dije, yo sabía que se daría cuenta.

La señora Holms reía hasta sofocarse; otra vez había ganado la apuesta. Ian se había dado cuenta de que Violet no había cocinado esa noche. Por lo menos, una vez en la semana, su esposa tenía que prepararle un estofado de conejo que ella le había dado en los primeros días que había regresado a Garden

House. Tanto le había gustado esa comida y tanto fastidió que Violet accedió a preparárselo y, aunque le había dado la receta a la señora Holms y a pesar de que lo hacía tal cual las indicaciones de ella, por alguna razón Ian siempre sabía que no era el de Violet. Lo trataron de engañar hasta en tres oportunidades sin éxito. Eso le causaba mucha gracia a la señora Holms, quien lejos de ofenderse llenaba toda la cocina con su risa. La amable señora resultó verdaderamente una bendición para esa casa. Bonnie se le había acercado casi desde el primer día que ella llegó; sin que Violet se diera cuenta, tuvo una larga conversación con ella, le dio instrucciones muy precisas sobre su Violet y el cuidado de Garden House. Verdaderamente, la señora Townsend no estaba hecha para mandar a la gente, solo a su marido, como comentaban los sirvientes a hurtadillas. Aquellas peleas entre los patrones, sobre todo al inicio de su llegada, aún era motivos de murmuraciones y de risas soterradas. La mujer, que no le llegaba ni al hombro a su esposo, le alzaba el dedo haciéndolo callar antes que siquiera él abriera la boca. Pero con ellos era diferente: había veces que se ruborizaba cuando les daba una orden o les pedía muchas veces por favor, al final les daba la opción de que si querían, hicieran su encargo en ese momento o cuando tuvieran tiempo. Pero todos hacían lo que la señora dispusiera, ya que era en verdad muy amable con todos ellos, además porque le tenían mucho miedo a la señora Holms. Porque era el caso que, cuando Violet los reunía para dar indicaciones para la atención de la casa, la enorme y robusta señora se paraba detrás de ella, a quien le llevaba por lo menos una cabeza, y con una mirada muy decidida, controlaba la situación sin que *lady* Violet se diera cuenta.

—¡Ah!, pero eso está bien, señora Townsend —decía la señora Holms aún riéndose—. Es bueno que el marido se le engría. Esos son los mejores esposos. Y es en eso en que se basa la felicidad de un matrimonio. Una mujer inteligente va tejiendo hilos transparentes y va envolviendo al esposo con detalles, engreimientos, como una araña a la mosca.

Violet reía ante el comentario de la señora Holms y sus ideas un tanto macabras sobre la felicidad conyugal.

—Pero lo que no sabe usted es que esa mosca es muy feliz. Y no dejaría su capullo por nada del mundo.

—Y solo pide los alimentos —decía una de las doncellas interviniendo en la conversación— que usted personalmente le haya servido.

Violet sonreía y miraba a los Alfreds, que muy divertidos hacían bromas a las nuevas sirvientas poniendo cara de inocentes. Pero, como ella los conocía muy bien, sabía que esos viejitos bandidos se la tenían jurada a su esposo, solo estaban esperando la oportunidad para verterle una de sus consabidas purgas para dejarlo postrado en cama por lo menos una semana. No los culpaba, muchas veces ella misma había luchado intensamente con las ganas de vaciarle aceite de ricino en su comida al acordarse de todo lo que la había hecho llorar. Pero, con el pasar de los días y a medida que lo iba conociendo cada vez más, le parecía más extraño su comportamiento, más incompresible el porqué de su cruel alejamiento. Era un buen hombre, como le decía Bonnie; si ella hubiese tenido que hacer un conjuro y pedir el esposo perfecto, hubiese aparecido Ian.

Violet fijó su vista en la afueras de la casa, donde Ian supervisaba la colocación de las rejas de seguridad. Sujetaba los barrotes fuertemente entre sus manos y luego los golpeaba alternativamente para medir su resistencia; si no estaban a su gusto, pedía enérgicamente que los reforzaran inmediatamente. Entonces, a Violet se le metió en la cabeza que por ahí venía la respuesta.

—¿Por qué te quedas hasta tan tarde? —Ella había entrado a la biblioteca al ver que Ian no subía a su cuarto. Hacía noches que trabajaba hasta muy tarde, sintió curiosidad por saber lo que hacía. Estaba en bata, con un gastado chal en sus hombros; sus bonitos rizos negros sueltos en la espalda, y sus lentes en el puente de su nariz amenazando con caer.

—Trabajo, trabajo. —Ian alzó una mano para acomodarle sus gafas.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Violet.

—No — dijo Ian y volvió a sus papeles—. Ve a dormir que es muy tarde.

— No tengo sueño. —Se acomodó frente a él en el sillón, recogió sus pies, mientras Ian seguía con sus números. Luego de un rato agregó— Estoy un poco

inquieta, no sé qué es, algo no está bien.

—¿Bonnie?

—No tengo miedo por ella, sé que en cualquier momento... En fin, lo que ha de pasar ha de pasar, pero es otra cosa. Como que algo malo ronda por la casa.

—¿Seré yo? —preguntó Ian con una sonrisa.

—No —dijo Violet—, esta vez no eres tú. ¿Hasta cuándo vas a trabajar hasta tan tarde? No está bien no dormir completo.

—Es un proyecto importante: tengo que dejarlo listo para presentarlo a los inversionistas, pero si quieres acompañarme, podría llevar los papeles a mi cama ...

—No quiero interrumpir. —Violet cayó en la cuenta del significado de sus palabras, con un gesto de cólera y muy sonrojada, le dijo— ¡Eres un cochino! —Ian rio muy fuerte—. ¡Calla, despertarás a todos!

—Andá a dormir, Violet, no respondo de mí, sino lo haces.

«¿Solo uno para vigilar en la noche? Tonto, uno en el día, y veinte o treinta en la noche, ni aun así. La noche es mi amiga, la noche es mi cómplice, desde niño me hice uno con ella: me entiende, me oculta, me sirve. La noche me es fiel. Siempre me preguntabas por qué me gustaba dormir de día y andar de noche. Porque, querido Ian, la noche y la muerte son los reversos de la misma moneda. De mi moneda al menos».

El incendio empezó en la madrugada: fue una explosión de una botella con grasa de ballena que aventaron desde los exteriores hacia la biblioteca. Ian tuvo tiempo para saltar por las ventanas al jardín, porque la botella se estrelló justo en medio de la habitación bloqueando la puerta. Cuando dió vuelta a la casa encontró a Violet gritando su nombre, golpeando la puerta.

—¡Ian!, ¡Ian!, ¡se ha quedado dormido! —Los Alfred también tocaban la puerta, y ella les gritaba histérica a los sirvientes que habían llegado por el fuerte ruido para que tumbaran la puerta.

—¡Salgan de ahí! —gritó Ian—, ¡salgan! La puerta puede estallar. Violet, Violet, cálmate, estoy aquí.

—¡Oh, Dios!, creí que estabas ahí, creí. —Violet, a punto de desmayarse, se acercó a él temblando; Ian la sostuvo, casi la cargó con una mano mientras empujaba a los Alfreds a la puerta de atrás—. ¡Vayan afuera!. Saquen a Bonnie y a las demás mujeres. ¡Los hombres, a traer agua y tierra de los jardines!

—Andá con ellos, amor. —La rodeó con su brazo dándole un beso en la frente—. Cálmate y tranquiliza a los demás.

Hasta ese día, Ian nunca tuvo conciencia de lo que era tener una familia, de ser el patriarca de la casa, el que tiene la responsabilidad del bienestar de todos. Violet estaba muy asustada: los Alfreds, aturcidos, y los sirvientes, desconcertados. Solo Ian era la voz de la serenidad. Cuando entró a la cocina donde se habían refugiado, vio a las doncellas que daban vueltas alrededor de la señora.

—Beba un poco más —le pedía la señora Holms—, un poco más. Está muy pálida, esto le calmará sus nervios. —A cada lado de Violet estaban los Alfreds dormitando; cuando lo vieron entrar se levantaron, ambos la besaron en la frente, y se fueron a dormir.

—Vayan ustedes también a dormir —dijo Ian a los demás sirvientes.

—Vamos, Violet, tienes que descansar.

—Ian, ¿quién nos haría algo así?

—Mañana hablaremos, estás muy cansada.

—Pero ¿quién, Ian?

—Mañana, Violet, mañana hablaremos. Ahora descansa.

La dejó en la puerta de su habitación mortalmente pálida y la besó en los labios muy ligeramente.

—Descansa, ya todo está controlado, pero no cierres la puerta.

Al poco rato Violet le tocó la pared de su habitación.

—¿Ian, todo está bien?

—Sí, Violet, duerme.



—¿Nadie salió herido?

—No, Violet. —Haciendo un sonido gracioso con la garganta, con la voz afectada le preguntó— ¿Te preocupaste mucho por mí?

—Algo —respondió ella.

—Bajaste corriendo a verme

—Hmmm —dijo Violet y luego agregó—, pero primero fui a ver a Bonnie, a los Alfreds, a los criados. —Luego de una pausa agregó— Y a los caballos.

—Las risas de Ian la reconfortaron más que un abrazo.

—Ya duerme —le dijo él.

—Ian, háblame de ese cuento de cuando viajaste por primera vez en barco, por favor, no dejes de hablar. Al poco tiempo de iniciado el cuento, como ya no respondía, Ian dedujo que se había quedado dormida. Se puso entonces su abrigo encima y fue a verla dormir; mientras le acomodaba el cobertor, le susurró— ¿Qué es lo que te he hecho?

Bajó sigilosamente, revisó las cerraduras, salió al patio trasero donde estaban esperando el inspector de la policía y dos hombres más, todos alrededor del cadáver de un hombre muy joven.

—¿Cuántos días tenía trabajando para usted, señor Townsend? —preguntó el inspector.

—Solo dos días —dijo Ian sin dejar de mirar el cadáver.

—Le cortaron el cuello de izquierda a derecha —habló el inspector—. Limpio, como un profesional.

—Alguien con mucha experiencia —repuso su lugarteniente.

—Sí —respondió Ian pensativo, sin dejar de ver al pobre hombre—, alguien con mucha experiencia

Violet se levantó un poco tarde la mañana siguiente y encontró a Ian entre los escombros de la biblioteca. El fuego no llegó a mayores, pero pérfidamente, como pensaba Ian, este había destruido más el lado donde estaban los libros y los objetos personales del abuelo de Violet; parecía que

había apuntado al lugar donde le haría más daño. Al sentirla llegar levantó la vista, y Violet se dio cuenta de que tenía en sus manos un cuaderno chamuscado y remojado, de los que pertenecían a su abuelo.

—Lo siento —le dijo y le enseñó el cuaderno.

—Su cuaderno de ejercicios —le dijo Violet—. Mi abuelo amaba los números, decía que el día que el hombre quisiera encontrar seriamente a Dios, lo haría a través de los números. En ellos estaba la explicación de todo el universo y de la vida.

—Lo siento —le repitió Ian.

—¿Por qué lo sientes? No fue tu culpa, dame. —Se tocaron las manos, y Violet le dedicó una de sus deliciosas sonrisas—. Son solo cosas materiales, Ian, no importan.

—Tus recuerdos —le dijo él.

—Mis recuerdos están aquí —le dijo y se tocó el pecho—. Si supieras cuántas veces prendimos fuego la casa haciendo los experimentos de mi abuelo. Hasta que Bonnie nos amenazó con encerrarnos en el pozo si jugábamos con fuego de nuevo. ¿Ian, estás seguro de que las estructuras no se han dañado?

—No, lo apagamos a tiempo.

—¿No tendríamos que mudarnos?

—No tenemos donde irnos, ya vendí la casa —le dijo él por enésima vez. Era una broma secreta entre ellos: cuando Violet se molestaba con él por algo, lo botaba a su casa y Ian le repetía que no tenía donde irse porque ya la había vendido. Hasta que se hizo costumbre reírse ante el comentario de su antigua casa.

—Lo bueno es que nadie salió herido —dijo ella.

—Sí, lo bueno.

—Ian, ¿quién hizo esto?

—No lo sé —dijo él.

En parte era verdad, la persona que hizo eso, él ya no la conocía; esa

persona que había sido tan amada, que alguna vez le había jurado dar la vida por él, esa persona se había ido. Y había dejado en su lugar a un desconocido, a un hombre perverso, lleno de maldad...

—No lo sé —le dijo de nuevo, le puso una mano en su hombro y la guio fuera de esa habitación.

«Fue una advertencia, solo eso. Quiero que sepas que estoy presente. Que no he desaparecido de tu vida. Si hubiera querido matarlos, hace tiempo lo hubiera hecho. Oportunidades he tenido, y no sabes cuantas. Vamos, Ian, déjala. Sálvate la vida. Renuncia a ella. Es especial, lo reconozco; hasta sentiría su muerte, no me obligues a hacerlo, déjala».

En los días siguientes se dedicaron a reorganizar la biblioteca y a arreglar los estropicios que habían hecho el agua y el fuego. Violet, sentada con un libro en su regazo, escuchaba las anécdotas divertidas de Ian sobre su infancia en las calles de Londres. Él quería demostrarle con sus historias que no todo en su niñez había sido tristeza; mientras German separaba documentos y archivos, Ian le recitaba las rimas graciosas hechas en jerga *cockney* para despistar a los gendarmes, o le contaba la vez que se hizo pasar por ciego ante el juez para que no lo condenaran a prisión. Además le ofreció una lección rápida sobre la manera en que se roba un monedero sin que el agraviado se dé por enterado; se lo hizo a German y a uno de los Alfreds, pero este último, en un fingido tropezón mientras Ian sostenía su billetera, le había tomado su reloj de oro.

—Rapaz de quinta —masculló Alfred—, cuando tú ibas por la leche, yo regresaba con los quesos.

La astucia del viejito causó gran diversión en los presentes. Ian tenía la ocurrencia y la frescura del que vivió en la calle, y Violet se complementaba muy bien con su inteligencia e inocencia para seguirle la conversación, hasta estallar ambos en sonoras carcajadas. Cuando German salió apurado de la habitación a dejar unos documentos en la otra oficina, porque él había comenzado a ser punto de las bromas sobre su enamoramiento platónico con una de las doncellas recién contratadas, Violet se le unió a la broma hasta

poner al pobre hombre rojo como un tomate.

—Creo que se avergonzó —dijo Violet sonriendo.

—Iba a ser cura —le dijo Ian—, sus padres son católicos irlandeses. Es más, creo que aún está dudando de su vocación por eso es que aún no se casa...

Entonces sucedió que Germán, al dejar abierta la puerta en su apresurada salida, permitió la entrada de una ráfaga de viento, de repente la habitación se llenó de un olor muy peculiar; en realidad, la única que lo sintió fue Violet.

—¿A qué huele? —dijo ella y miró a su alrededor levantando la nariz, hasta que llegó al escritorio y se dio de cuenta que el olor venía de unas cartas amontonadas en un rincón del mismo. Habían sido separadas y puestas en un montón, con el grupo de correspondencia que decía: «No abrir solo desechar». Levantó las cartas para acercárselas a la nariz—. ¡Son de mujer! —exclamó.

—Están sin abrir —recalcó prontamente Ian—. Como te habrás dado cuenta, no tengo idea de quién es, además están en el grupo de correspondencia para ser eliminadas.

—De mujer, si no me equivoco, de *lady* Gertrudis. Conozco de flores: esto es una mixtura de jazmín y de madreSelva, el olor de ella.

—No la veo desde ese *weekend* en casa del duque.

—¿Y en la ópera?

—Fue casualidad. Yo fui solo, ella bajó corriendo por las escaleras del teatro, me dio el alcance, la mala fortuna es que nos vieron.

Violet no dijo nada más, lo miró con mucho disgusto. Luego ella misma tomó el grupo de cartas y las arrojó a la chimenea. Él tuvo cuidado de no soltar una de sus sonoras carcajadas ante su infantil ataque de celos, porque los ojos de Violets estaban más negros que nunca, y no tenía ganas de que le aventara un pesado libro sobre su cabeza...

—¿Conoces a ese hombre?

Londres crecía a una velocidad impresionante, el fin siglo encontraba a esa ciudad dando un vuelco de lo rural a lo urbano. Caminando por sus calles, Ian

se felicitaba a sí mismo de haber tenido la idea de poner juntos el vivero; eso les había hecho estar aún más tiempos juntos organizando el proyecto. Lo tomó muy en serio, como lo hacía con sus otras inversiones. Planeó en un papel lo que iban hacer, con un cronograma de sucesión de tareas y de fechas límites para cada paso, como era la manera que a él le gustaba organizar sus negocios. Y Violet resultó ser una colaboradora muy eficaz; no solo entendía todo muy rápido, sino que aportaba ideas interesantes y calculaba prestamente la inversión y la posible ganancia. Y lo más importante para Ian era que había logrado por fin hacerla salir de casa, con la excusa de que escogiera ella misma el local donde se venderían sus plantas. Sí, definitivamente a su esposa no le gustaba salir de Garden House. Londres, las calles, las carretas, la bulla, la gente, los olores fuertes: todo lo que era la ciudad la ponían bastante nerviosa. Su visión era escasa mientras su olfato, estaba muy desarrollado. No poder ver bien y oler intensamente la aturdíán demasiado. Por esto caminaba sujeta muy fuerte del brazo de Ian, mientras él le mostraba las calles donde había vivido durante su niñez y juventud. De repente un hombre de vestimenta graciosa, de colores chillones y con un gran parche en la nariz se les atravesó en plena calle; al ver el rostro de Ian, el hombre puso tal cara de espanto que inmediatamente cruzó la calle sin percatarse de los carruajes. Casi uno lo arrolla en su huida; luego en su torpe carrera, cayó al suelo, se levantó a gatas y fue a dar encima de un puesto de naranjas, causando un gran alboroto. Llamó la atención de todos, pero, aparentemente, Ian fue el único que no lo vio.

¿Lo viste Ian?

—¿A quién?

—El pobre diablo que casi... ¡Oh, olvídale!

Violet también estaba entendiendo el carácter de su esposo; así como a ella nunca se le podía dejar una pregunta sin responder, cuando él ponía su cara de indiferencia y de aburrimiento, era imposible sacarle algo.

Caminaron muchos días buscando el lugar indicado, mientras Ian iba contándole a Violet retazos de su vida.

—¡Ah!, mira ahí. En ese lugar trabajaba un señor que decía arreglar de

todo. Decía ser zapatero, sastre, carpintero, etc. Pero la verdad era que juntaba a muchachos como yo en la parte trasera del local. Recibía el encargo, zapatos rotos o... lo que sea, y nos hacía salir disparados a diferentes puntos de la ciudad para llevar la obra al verdadero ejecutor. Luego, cuando regresábamos con el trabajo listo, nos daba una propina y él se ganaba sus buenas monedas solo por ser el intermediario.

—Ahí — continuaba Ian con sus anécdotas— había una fonda donde la gente del puerto venía a comer; la dueña era una señora a la que le decían «el gran pez», porque su restaurante se llamaba La Pecera, y ella era muy grande y renegona y hablaba cada palabrota que haría sonrojar a tus Alfreds. Los clientes le tenían mucho miedo. Pero todas las noches, cuando se apagaban las luces de la ciudad, acomodaba una mesa en la parte de atrás del negocio y disponía mucha comida sobre ella; la servía caliente y hasta la envolvía en manteles para que no se enfriara. Imagínate, daba comida caliente a pordioseros y a niños de la calle como yo. —Ian, como era su naturaleza, no le contó que años después había regresado a esa fonda y a la amable señora, que más de una vez lo libró de noches de hambre, le pagó un plato de sopa con la suma de cinco mil libras—. Nosotros nos aporreábamos para ser los primeros.

—¿Tú ibas todas las noches?

—Sí, íbamos todas las noches.

—¿Tú y quién más?

—¿Cómo?

—¿Tú y quien más? Hablas siempre en plural.

—Este... —Ian hizo una pausa tratando de recortar a ese personaje de su memoria—. Algunos niños huérfanos como yo. Siempre había un amigo a mi lado. Otro día, más temprano, iremos al muelle. Ahí empezaron mis negocios.

—¿Cómo, Ian?

—Primero, como estibador; era grande muy fuerte, junté un dinero, me hice de una pequeña embarcación. Tomaba las rutas más arriesgadas; las que nadie quería y me fui haciendo de clientela. Todo lo que entraba lo invertía en los barcos, luego en atraer nuevos clientes. Me asocié con algunos dueños de

embarcaciones, y ahí empezó todo.

Violet se lo quedó mirando con mucho orgullo.

—Ian, ¿seguro no conocías a ese hombre?

—¿Cuál?

—El que tenía la cara llena de moretones y la nariz cubierta por un enorme parche.

—No. Ni siquiera lo vi.

—¿Cómo no pudiste verlo? Casi lo atropella un carruaje, se cayó sobre...

«La llevaste a las calles donde crecimos, a los lugares donde nos hicimos, lo que hoy somos. Yo también recordé, Ian, yo también recordé la fonda, el zapatero. Yo también sentí, a mí también me brillaron los ojos, se me atragantó la garganta. Recordé nuestros planes tomando sol en un tejado. Íbamos a conocer el mundo, tendríamos mil aventuras, nos casaríamos viejos con una mujer hermosa y tendríamos muchos hijos. Lástima que ninguno cumplirá su sueño»

Ian, sentado en la sala, reflexionaba de los avances con su esposa y había sacado la conclusión de que estaba en buen camino, pero que había descubierto en él algo de sí mismo: que era un hombre bastante posesivo. Además de los declarados galanes, aparte del barón Bayle —que después de tamaña paliza, solo que llegara a pensar en el suicidio como una opción, jamás volvería a rondar Garden House— estaba también ese jovenzuelo llamado Alexander Romanov. Por lo que le había sacado a Violet en conversaciones, si bien su amistad siendo niños había sido muy profunda, al menos en ella no había tenido ningún impacto romántico, como parecía haberlo tenido en el joven. Violet lo recordaba como un buen amigo de su niñez, al igual que a su hermano menor Ivan, pero nada más. Suspiraba pensando en su buena suerte; si no hubiera pasado el incidente del corsé, unas semanas más y Alexander se le hubiese presentado a Violet como su salvador. Ian tenía que admitir que no era un mal pretendiente: joven, apuesto, además contaba con una buena posición económica. Quizás Violet hubiese tenido un destino mejor con él. Se notaba que era un hombre sano, no estaba estropeado como lo estaba él.

«Definitivamente —pensaba Ian— nunca se sabrá». Otra cosa eran las reuniones que había en su casa con negociantes, con empresarios, o con políticos como Jean Paul y Vespasiano. Aunque él se aseguraba de que fueran a Garden House solo hombres respetables, sucedía que a estos, al principio, Violet les pasaba inadvertida; pero a medida que los iba conociendo, ella superaba su habitual timidez y, como era muy espontánea y carente de cualquier afectación propia de una *lady*, gustaba mucho a los caballeros, lo que preocupaba a Ian. Pero él no podía llevarlos a otro sitio o disponer de oficinas en el centro como los demás empresarios. A él le gustaba mucho Garden House, la casa le proporcionaba una paz y una tranquilidad que jamás había tenido en su larga vida. Sobre todo, no podía estar mucho tiempo lejos de Violet, era una obsesión constante tenerla siempre a la vista. “La sombra” seguía rondando, había duplicado el número de hombres que lo seguían por la ciudad, pero nada, estaba escondido para saltar y lastimarla. “La sombra” había por fin descubierto su punto débil. Sabía dónde le dolería más su venganza.

—Los escuché, subieron los Alfreds a llevarle un plato de avena con azúcar por su cumpleaños, dijeron que era tradición.

—¿Su cumpleaños?, ¡maldición, su cumpleaños! ¿Por qué nadie me dijo nada? —La mirada de desaprobación del *valet* indignó a Ian, pero no lo sorprendió; otro más encandilado con su esposa. Los sirvientes parecían ser ahora más de ella, a semanas de conocerlos, y no de él, a quien habían servido por años. Violet los llamaba a cada uno por su nombre, hasta les había pedido su fecha de cumpleaños para que no pasase inadvertida la ocasión—. El esposo habría de haberlo sabido —susurró su *valet* dándose la vuelta.

—Dígale a la señora Violet; no, mejor entréguele una nota que diga que la espero por la tarde para ir a cenar y luego ir la ópera. Que no me vea salir. — Ian caminaba por las calles, muy enojado pero a la vez preocupado. ¿Cómo se le pasó ese detalle?, ¿cómo no recordó el cumpleaños de Violet? No lo recordó porque ni siquiera lo sabía, ¡torpe! «Ni siquiera le he comprado un regalo», comenzó a pensar hasta llegar a la resolución, después de mucha



reflexión, de que esa noche podía ser su noche. Violet era su esposa, había nacido tal nivel de compenetración y de amistad entre ellos que él mismo se sentía impresionado. Violet era casi su esposa, solo faltaba... «¿Y ahora qué hago? Un regalo que la sorprendiera, que la dejara maravillada, tener una velada inolvidable. Pero ¿qué regalarle?, ¿qué le gustaría?» Ian no sabía de esas cosas. «Claro —se reprochaba a sí mismo—, en tu vida nunca has tenido necesidad de cortejar a una mujer, solo tenías que levantar una ceja y sonreír..., ¡ah! Ian Townsend, eres un hombre muy torpe». ¿Quién podía ayudarlo a escoger el regalo indicado y a planear la noche perfecta? ¿Quién?

— Hola, Helen.

*Lady* Helen Woodville o condesa de Von Trap era una hermosa dama, un poco mayor que Ian y de un pasado tan tormentoso como noble. Dos veces casada, una vez viuda y otra divorciada; para escándalo de una sociedad hipócritamente correcta, sin hijos y sin pena. Saboreó la vida, extrajo sus mieles y, cuando sintió que perdía la partida, se reinventó a sí misma. Prefirió la libertad de ser una inmoral cortesana, a la esclavitud de ser la respetable esposa de un despreciable hombre. Como ella se decía a sí misma y a sus posibles críticos, no era una mala mujer, era solo una mujer adelantada a su tiempo. Fue por muy poco tiempo amante de Ian, pero ambos eran demasiado parecidos para hacer que funcione algo más que una fulgurante pasión: demasiado racionales, demasiado dolidos, demasiado cínicos, pero al menos quedó entre ellos una buena amistad. Ian se encargó de darle una renta onerosa para permitirle vivir holgadamente y que no necesitara buscarse otro amante, al menos, no por necesidad económica.

—¡Ian Townsend! —La hermosa dama salió a su encuentro envuelta en un vestido de gasa vaporoso, extendiendo sus brazos, le dio manazos en el pecho diciéndole— ¡El ingrato de ingratos!, ¡te casaste! y no me enviaste ni una nota para evitar ese horrendo acontecimiento.

—La última vez que te ví estabas persiguiendo a un príncipe ruso por toda Europa, ¿cómo estás, belleza? —Le dio dos besos en las mejillas, como era costumbre de ella—. ¿Y tu príncipe?

—Ay, querido. ¿Quieres la versión larga o corta?

—Corta, por favor.

—Nos aburrimos mutuamente.

Luego de una breve conversación y como hombre práctico que era, Ian inmediatamente la puso al tanto de los problemas con su esposa, obviando algunos detalles y se concentró en la imperiosa necesidad de conquistarla. La intensidad y la agitación en sus palabras, la manera como le contaba del pretendiente que rondaba a Violet dejaron a la condesa con la boca abierta hasta que la cerró para ahogarse en su propia risa.

—¿Eres tú, Ian Townsend?, ¿el amante de hielo, el hombre más rudo e insensible de toda Londres? ¿Tú, comportándote como un adolescente enamorado? —Alzó los brazos al cielo y, con gestos por demás dramáticos, agregó— ¡Gracias a Dios que me dio vida para ver este día!

—No te burles —dijo Ian abrumado y molesto—, ¿me ayudas o no?

—Claro, cariño, claro —le dijo la condesa aún sin para de reír.

Helen lo llevó a la joyería más famosa de la ciudad, y lo convenció de que una joya podía derretir el corazón de cualquier dama. Hizo sacar un montón de prendas al encargado, pero a cada una Ian le encontraba alguna objeción. Hasta que ella se desesperó y le preguntó sobre la última, que cuál era el problema, y la respuesta de él la dejó perpleja.

—Es que no son como ella.

—¿No son como ella? —suspiró la condesa desconcertada—. ¿De qué color son sus ojos?

—Violetas.

—Violetas y se llama igual, ¡cuánta originalidad!

—Aunque —agregó Ian— cuando se molesta pueden tomar un color negruzco como el fondo de un pozo.

—Como el fondo de un pozo —repitió Helen en un tono burlón y luego entre risas agregó— Santo Dios, Ian, estás peor de lo que pensé. —Luego se dirigió al vendedor y agregó— Tráeme zafiros y amatistas.

Compró el juego completo de amatistas, aretes, gargantilla, aňillo y pulsera, sin regatear el precio. Muy feliz, el dueño de la joyería pensó en retirarse a vivir dignamente su vejez. Camino a casa Ian se paró al reconocer el nombre de una pastelería: Los dulces de madame M, y se acordó de la bella Violet comiendo pastelitos, bailando con su vestido amarillo. Compró dos cajas y, después de dejar a Helen en su casa, entró en Garden House acariciando ese recuerdo. Una de las cosas que más lo habían apenado, fue que en su ausencia Violet había adelgazado mucho, aunque estaba de mejor apetito últimamente; le gustaba un poco más el recuerdo de sus mejillas más redondas.

—¿Son para mí?

—Claro, ¿no es tu cumpleaños?

—Cuando recibí la nota y no te vi en la mañana, me asusté. Pensé que te habías olvidado.

—Cómo crees... —Aunque las joyas le gustaron mucho, sobre todo la pulsera, que la hizo jugar en su brazo, lo que verdaderamente le encantó fueron los pasteles de Los dulces de madame M; la sorprendió mucho que él se hubiese acordado de ese detalle, abrió la caja con expectación, se emocionó, sinceramente, más que con las joyas, las cuales dejó a un lado, para disponer de los dulces con verdadero placer. Ian observaba divertido y algo excitado la forma casi reverencial en que Violet comía los pastelitos.

—Ian, a esa mujer deben construirle un altar, debe ser algo divino lo que hace que cocine así. —Violet levantó la mano y puso el pastel directamente en la boca de Ian, y se rieron juntos de la embadurnada que le dio; en medio de las risas se miraron a los ojos, mientras uno limpiaba al otro los restos de crema cerca de sus labios, cuando hubiesen deseado limpiarlos con sus propias bocas. El hermoso momento se interrumpió cuando uno de los Alfreds entró y anunció la visita de un invitado.

—¡Oh, Alexander!, ¡no puedo creerlo! —Con su característica espontaneidad, Violet saltó a su encuentro y le dio un gran abrazo, igual que los Alfreds, que recién lo habían reconocido. Los saludos se hicieron interminables, mientras la vena que cruzaba la frente de Ian amenazaba con

explotar. El muy descarado de Alexander, entretanto abrazaba a Violet, se atrevió incluso a darle una mirada ofensiva.

—Ven, Alex, ven, te presento a mi esposo.

— Ian, él es mi amigo de la infancia del que tanto te he hablado.

La conversación fue muy animada, los Alfred se sentaron en la sala sin pedirle permiso a Ian y atropellaron al joven con miles de preguntas sobre sus padres, sobre el travieso Ivan, su hermano menor, sobre cómo era América. Al parecer, a la familia le había ido muy bien en el nuevo mundo. En la charla, de la cual Ian no pronunció ni una sílaba, conocedor de caracteres ajenos, sacó en conclusión que Alexander era un joven muy intrépido, pero a la vez idealista. La forma y la vehemencia en sus palabras así lo demostraban; si bien era un hombre muy inocente, también se lo veía perseverante, lo cual incomodó bastante a Ian. ¿Con cuánta perseverancia lucharía por el amor de su esposa? La conversación sobre la vida de Alexander en América se concentró en sus notables luchas en causas sociales como leyes en contra de la segregación racial, que era la razón principal por la que estaba en Londres: para poder estudiar el sistema legal a través del cual Inglaterra había suprimido la esclavitud y transpolar esos avances a Estados Unidos, donde si bien ya se había obtenido a través de la guerra de secesión la libertad de los esclavos, aun las brechas sobre derechos eran inmensas. En un momento de la charla, Violet lo interrumpió para agregar orgullosamente que Ian también participaba en leyes en contra de la explotación infantil y que ayudaba mucho a los orfanatos de la ciudad.

Ese comentario fue como un bálsamo para el caldeado humor de Ian. Alexander lo miró con escepticismo para luego pedir ver a Bonnie. Los Alfreds y Violet se fueron a darle la noticia, dejando a los dos caballeros en la sala, que en ese momento se volvió aún más pequeña. Ian, sentado con la pierna cruzada, digitó sus dedos en el brazo del sillón, con una mortal mirada y con unavoz muy contralada, le dijo:

—¿Qué te dije que pasaría si te veía cerca de mi esposa?

—No le tengo miedo, señor Townsend. Conozco a los de su clase, todos

son iguales. Violet es un capricho pasajero para usted. Cuando le pase la novedad, la abandonará.

—¿Cómo te atreves, mocoso insolente? ¡Violet es mi esposa!

—Me he prometido a mí mismo velar por la felicidad de mi amiga. Como le dije, mi familia y yo le debemos demasiado a la familia de Violet. Yo lucharé, si es necesario, con mi vida por que no la lastimen...

La discusión se interrumpió por la entrada de Violet.

—Ven, Alex, Bonnie está lista para verte.

—Gracias, amiga. —La forma como dijo «amiga» lo hizo con un tonito especial dirigido al orgullo de Ian.

—Ian, ¿te molestaría que cenáramos acá? Es tradición. Los Alfreds y Bonnie vendrán a la mesa, y quizás sea la última vez que... —Los ojos de Violet se llenaron de lágrimas, la muerte estaba cerca, muy cerca, y todos en casa lo sabían. Tres médicos distintos, de los más renombrados de la ciudad, compartían la misma opinión: la enfermedad de la señora era terminal, solo quedaba esperar—. Si no te molesta...

—Claro que no —dijo Ian con una sonrisa—, comeremos acá.

—Iré a decirle a Alex, quizás se puede quedar.

Por el bien de las venas que cruzaban la frente de Ian, este declinó la oferta y adujo otros compromisos pendientes, aunque al despedirse, intencionalmente su abrazo con Violet duró más de lo esperado, lo que provocó que Ian se acercara a ellos unos pasos antes de soltarla.

—Adiós, Violet, vendré pronto.

La cena fue muy grata: Bonnie se sentó en la cabecera de la mesa, y dispusieron para que Ian se sentara en el otro extremo...

—Tú, al lado de tu marido, como debe ser —le ordenó a Violet.

—Señor Townsend.

—*Miss* Bonnie, se ve usted muy bien.

—Para alguien que va a morir.

La mujer era una persona muy especial, tenía el cabello rojizo, a pesar de su edad, no tenía ninguna cana; aunque estaba encorvada y demasiado delgada, su enfermedad no podía ocultar que había tenido la altura, el porte o el garbo de una princesa, pero lo que más resaltaban en ella eran sus ojos grandes y grises llenos de ternura, sabiduría y sobretodo paz. La mujer, que en su juventud debió ser excepcionalmente bella, ahora había concentrado toda esa belleza en su mirada. Dirigía la conversación en la mesa como una matrona de sociedad, llamaba la atención a los Alfreds por sus malos modales y daba recomendaciones a Violet sobre cómo atender a su esposo.

—Primero sírvele a él.

Conversaron de todo y de todos: no faltaron las anécdotas del conde, sus locuras y excentricidades eran tal fuente de risas como las travesuras de niña de Violet o las torpezas de los Alfreds. Pero mientras conversaban, Ian sintió la mirada de Bonnie clavada en él. De repente la conversación tomó un tono divertido y tenebroso, la señora planeaba los detalles de su funeral, secundada por los demás asistentes con total naturalidad.

—Mi vestido rojo.

—Mamá. —Violet le decía a veces mamá, a veces Bonnie, costumbre que le había quedado desde niña. Dentro de casa la debía llamar mamá; en la calle, Bonnie—. El verde te queda más bonito.

—El rojo tiene que ser, me peinarás el cabello en un moño alto y me pondrás esa diadema que me regaló tu abuelo. Cuando nos encontremos, quiero que me vea como me conocíó.

—No se olvide de decirle dónde dejó el juego de naipes marcado —dijo uno de los Alfreds.

—Ya me lo dijiste veinte veces, Alfred —le dijo Bonnie—. ¡Ah!, y ustedes dos se bañan bien ese día, no quiero olores raros en mi funeral.

—Sí, señora —asintieron los Alfreds al mismo tiempo.

—Nada de ropas negras —agregó Bonnie mirando a Violet—, ¿escuchaste, pequeña?, no usarás luto. ¿Escuchó, señor Ian?, que no se guarde luto en esta casa. Me lloraran ese día. Al día siguiente todo será normal. No quiero notas

de prensa ni crespones negros en la puerta ni nada.

—Pero las flores sí, mamá. Tengo tus orquídeas favoritas —dijo Violet—. ¿Sí?

—Sí, sí, flores sí, me encantan. ¡Ah!, al padre Gregorio —agregó Bonnie—, que pronuncie bien mi nombre, que no vaya a bendecir a otra en mi lugar.

—¿Qué más? —En ese momento las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Violet

—No, pequeña —le dijo Bonnie—, no llores. Estaré bien. No llores, recuerda lo que decía tu abuelo: «Los que creemos en la verdadera fe sabemos que la muerte no es el final», y además él me necesita. Dios sabe qué locuras estará haciendo en la otra vida. —Después de un suspiro continuó— Como siempre, tendré que ir a rescatarlo.

Y siguieron conversando y planeando el funeral como si se tratara de una fiesta, hasta que Ian comenzó a dudar si no estarían tomándole el pelo. Terminada la cena, Bonnie se levantó con mucha dificultad y pidió que Ian la llevara a su habitación. El cuarto estaba en la primera planta al lado de la cocina, era espacioso y resaltaban en él unos grandes espejos que habían sido tapados con telas blancas.

—No me gusta ver lo que quedó de mí —le dijo Bonnie al observar la reacción de Ian ante los espejos—. Soy una mujer muy vanidosa.

Una vez acomodada en la cama, le hizo una señal a Ian para que se sentara en una butaca cerca de ella.

—Bien, señor Townsend. Al grano, ¿qué fue lo que pasó? ¿Por qué abandonó a mi hija? Y lo más importante, ¿por qué regresó?

—Miedo —respondió Ian.

—¿Miedo de que?

—No lo sé, ¿de hacerle daño?, ¿de que descubra quién soy yo?

—Ella lo quiere, lo sabe, ¿no? Desde que lo conoció en ese *weekend* supo que usted era para ella. La emoción de cómo me lo describió, la forma en que relató su valentía al ponerse delante de ella cuando paso lo del corsé. Aceptar

el matrimonio por salvar su honra. Me di cuenta de que estaba enamorada de usted antes que ella misma.

—Soy una persona diferente —dijo Ian bajando la mirada—, muy diferente de lo que Violet piensa. Tengo un pasado...hay en mí un pasado que...

—Señor Ian —lo interrumpió Bonnie—, un hombre muy sabio me dijo una vez: «El pasado, pasado es». —Soltó una risita ahogada—. Mi Henry tenía cada cosa. El abuelo de Violet era un hombre excepcional. ¿Quiere hablar del pasado, señor Townsend? Comenzaré yo. Él, mi Henry, me conoció en un prostíbulo afueras de la ciudad; yo era madama Fénix, él me puso ese nombre. Él había enviudado, y su único hijo se fugó de casa para casarse con una chica escocesa, la madre de Violet. Nos hicimos amantes pero sobretodo amigos. Al poco tiempo de conocernos murió mi única hija, Valery, de tifus. Creí enloquecer de dolor, me dediqué a la bebida y a degradarme aún más de lo que ya estaba. Una mañana, se me presenta Henry en el burdel con una niña en brazos, una niña linda como un bocadito, con los ojos más tiernos del mundo. Henry me dice: «Cásate conmigo, esta niña necesita una madre y tú, una hija». Claro que no me casé, no estaba tan loca como él, pero tomé la decisión al ver esa niña preciosa. Lo seguí, cuando atravesé las puertas de Garden House, olvidé para siempre quién había sido madame Fénix. ¿Cuántos hombres que conozca escogerían para cuidar a su única nieta, a una prostituta? Solo mi Henry; era así mi amor, mi bello conde. —Luego de una pausa y recobrando un poco el aire agregó— ¿Se siente bien en esta casa, señor Ian? ¿Sabe por qué es?, porque esta casa es una casa de refugiados. Refugiados como yo, como los Alfreds; a ellos el conde los compró en un barco de presos que los llevaba a poblar Australia. Les dio mucha pena, eran demasiado viejos para soportar la travesía; se les acercó y les dijo que necesitaba mayordomos para su casa, y les puso a los dos el nombre de Alfred, porque los mayordomos se llaman Alfred, y le daba pereza pensar en otro nombre. O los Romanov, los padres de Alexander, estos eran disidentes políticos de Rusia, buscados por todo el continente para darles muerte. El conde le dio refugio a toda la familia y los ayudó hasta que pudieran irse a América. ¡Ah!, y *miss* Gloria. Bueno, esa



historia es un poco larga y se la dejo para después. Por algo usted llegó a Garden House. Por algo Dios los juntó. No es casualidad que Violet lo ame. Quizás secretamente tiene la vocación del abuelo de recoger almas perdidas.

—¿Cómo sabe que la amo?

—Regresó, ¿no?. Veo como la mira señor Townsend, como le sonrío, con que atención la escucha. Como trata de hacerla feliz....¡ah! y lo más importante, acepta sin chistar las groserías de los Alfreds; otro ya les hubiera dado un patada en culo y largado muy lejos de aquí. Pero usted quiere tanto a Violet que los aguanta. Si aguanta a esos dos es porque ama demasiado a mi pequeña.

—Yo...

—El pasado, pasado es. Cuando cruzó los umbrales de Garden House, su pasado quedó atrás; este es un nuevo comienzo, una nueva vida. Violet lo hará a usted muy feliz si usted se lo permite.

Hizo que se le acercara y lo besó en la frente. Cuando Ian lo sintió, pensó que así era como besaban las madres, las buenas mujeres. Bonnie, después de esa noche, no despertó.

La noticia sorprendió a los esposos en el lecho, en la misma cama después de aquella noche de amor. Al dejar Ian la habitación de Bonnie, esperó a que Violet estuviera lista para llevarla a la ópera; ella se puso su vestido amarillo que a él tanto le gustaba y, a su pedido, las joyas que le había obsequiado. La ópera era algo que Ian disfrutaba con placer desde niño, cuando una vez, escabulléndose de la policía, se internó a hurtadillas en un teatro, desde el fondo del atrio, se quedó dormido a la espera de que se fueran sus perseguidores; despertó ante el sonido de la voz, que él pensó era de un ángel, se acomodó sin ser visto y contempló la obra entera, pensando permanentemente que estaba en un sueño. Las voces, la emoción del canto, los vestuarios de ensueño, aun siendo un niño pequeño, sensible y solitario, le abrieron un mundo de fantasía, el que se convirtió en un refugio para sus días más tristes y fríos. Quería compartir esa experiencia con Violet. Pero en verdad a Violet no le gustó nada; aparte de la cantidad de gente que la

abrumaba, el ruido, y las mujeres elegantes que desfilaban ante ella, se dio cuenta de que su adorable vestido amarillo no encajaba en ese sitio. Otra cosa, las joyas que lucía eran demasiado ostentosas, puesto que también, a pedido de Ian, se las había puesto todas. Las demás mujeres, verdaderamente elegantes, delgadas y sofisticadas, la miraban, hacían una mueca de saludo, riéndose de ella sin nada de disimulo; luego dirigían la vista hacia Ian, admirándolo, se preguntaban con gestos qué hacía él con ella. Aunque Ian no parecía darse cuenta, del brazo de ella la presentaba a sus amigos y conocidos; algunas sonrisas fueron sinceras, pero la mayoría, despectivas, sobretodo de parte de las damas. Comenzó la función, sentados en unos de los mejores palcos del teatro, Violet pensó —como se lo hizo saber a su esposo— en que era lo más obscuro que había visto en la vida; los gritos parecían de carneros cuando los van a degollar, las mujeres gordas pintarrajeadas tenían cara de locas, los hombres parecían los hombres que degollarían a esos carneros. Y luego comenzó a moverse inquieta en la butaca, sin parar de hablar. «¿Por qué apagan las luces? «Tengo calor, tengo frío, tengo hambre», etc., etc. Hasta que Ian perdió la paciencia.

—¿Qué pasa?

—No me siento bien, quiero irme. Por favor.

—Está bien, espera a que termine el primer acto y nos vamos.

Para Ian hubiese sido mejor haberse ido ese mismo instante, pero esperó. En el entreacto, mientras les entregaban los abrigos para marcharse, la dejó sola un momento porque un caballero solicitaba su atención. Ella jugaba con su pulsera al borde de la escalera, cuando una figura esbelta, alta y de un olor conocido se le acercó por detrás. Violet no tuvo que levantar la vista para saber quién era. Era la primera vez que se veían después ese *weekend*.

—Hola, Violet o, mejor dicho, *señora* Townsend.

—*Miss* Gertrudis —saludó Violet con una leve inclinación de la cabeza, buscando afanosamente con la mirada a Ian.

—No, marquesa, yo también me casé.

—Me alegro por usted.

—Así que el gorrión volvió al nido.

—No sé de qué me habla.

—Tu esposo volvió al nido, ¿por cuánto tiempo esta vez?

—No tengo nada que decirle a usted.

—Sabía que eras poca cosa para él —le dijo Gertrudis mirándola de una manera burlona de arriba abajo—, pero no me acordaba que tanto.

—Al menos estoy feliz con mi esposo, tanto que no tengo que mandarle cartas perfumadas a hombres casados.

—Mis cartas... Sí, estoy aburrida, ¿por qué no divertirme con un viejo amante? ¿Te dijo él de esas cartas o las descubriste tú?

—Yo misma las eché al fuego, a pedido de él.

—Bueno, no seré yo, pero sin duda será otra. Eres demasiado poca cosa para tenerlo interesado por mucho tiempo. Hoy mismo lo vieron saliendo de una costosa joyería con su antigua amante, la bellísima y elegante condesa de Von Trap. Quizá compró un juego para su tonta esposa —dijo Gertrudis y fijó su atención en sus joyas—, a fin de que le encargue su heredero lo más pronto posible y así poder alejarse de ese molesto bulto. Y otras joyas para su experimentada... Me llaman. —Se interrumpió porque vio acercarse prestamente a Ian con una expresión asesina en su mirada—. Adiós, Violet, es el destino de nosotras, las mujeres casadas. Un consejo: trata tú también de divertirte.

Ian la encontró en la escalera pálida, apretando con fuerza su bolso de mano como si la vida se le fuera en ello. Vio a Gertrudis deslizarse a su costado, no sin antes lanzarles a ambos una mirada llena de maldad. Durante el camino Violet no habló, y él tampoco; de tan solo pensar lo que la bruja le podía haber dicho lo llenó de terror. Violet era una mujer si bien decidida y fuerte, pero ese aislamiento social a la que estuvo sometida no la tenía preparada para el veneno de las mujeres como Gertrudis. Cuando bajó del coche ni siquiera quiso darle la mano a Ian para que la ayudara con las escaleras; entró corriendo a la casa, y él detrás de ella. «No, esta vez no», pensó Ian. Le dio el alcance al pie de las escaleras, la tomó del brazo y la hizo

entrar en la biblioteca.

—¿Qué te dijo esa arpía? —le habló aún sujetándola del brazo y arrinconándola a la pared.

—Nada que no sea verdad.

—De esa mujer solo puedes esperar...

—¿Por eso regresaste? —lo interrumpió Violet—, dime la verdad. ¿Quieres que te dé un hijo lo más pronto posible? ¿Por eso esta farsa?: convertirte en mi amigo, ser mi... Todo era para que te diera un hijo, para tener tu heredero y luego me dejarás otra vez. Te irás, pagarás mis gastos desde tu casa con tu amante de turno, después de un par de años, otra vez la misma farsa para darte otro hijo, quizás...

—¿De qué estás hablando, Violet?

—Te vieron hoy con tu amante, la condesa de Von Trap.

—¿Helen? No, Violet, no. Helen es una buena amiga, nada más, quería darte el regalo perfecto por tu cumpleaños y yo no sé de esas cosas. No tenía a quién acudir, solo me aconsejó, no existe nada entre nosotros.

—¿Y lo otro?

—¿Lo otro? Claro que quiero un hijo. —Ian tomó aire y agregó— Perdón, quiero un hijo tuyo, pero porque va a ser nuestro ...

—Y luego de darte un hijo, ¿no te irás de mi lado? Te aburrirás de mí, de la persona insignificante que soy. ¿Viste lo que pasó hoy?, ¿viste cómo no encajo a tu lado? Todos se me quedaron viendo como un bicho raro. ¿Por qué no te casaste con alguien como Gertrudis o como tu tal Helen para que no te apenen de la manera que yo lo hice?, ¿por qué escogiste a alguien como yo para ser tu esposa? Yo no era la mujer que estabas buscando.

—No, no lo eras. —Ian apoyó su frente en la de ella y le habló con voz emocionada—. Es cierto, no eres la esposa que había deseado, ¿sabes por qué? Porque yo no quería una esposa que me tuviera en constante agonía, sobresalto, extasiado y abrumado, celoso y temeroso, sintiendo demasiado y todo a la vez. No quería. Encima es tan noble que no sabe aún del poder que

tiene sobre mí. Una mujer de un corazón tan tierno, que hace que me sienta a su lado siempre torpe, listo para lastimarla. No, yo no quería una mujer que con solo abrazarme me hiciera olvidar hasta de quién soy yo y anhelar otra vida.

De repente Violet se soltó de Ian, mientras él tenía aún los ojos cerrados, su pecho agitado y miraba hacia abajo. Ella tomó su cara entre sus manos, la levantó para verla de frente.

—Ian, ¿tú me amas?

—Tanto que duele.

Violet comenzó a reír nerviosamente con todo su cuerpo. Temblaba y reía, pero a la vez lágrimas corrían por su rostro, repetía: «Tú me amas», «Tú me amas»; entonces, le dió dulces besos en sus mejillas, en sus ojos, sin dejar de repetir el «tú me amas», hasta que él atrapó su boca en la suya y de ahí, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron ambos en la habitación principal. Era tal la urgencia de sus cuerpos, de sus almas, de ese pasado por querer marcharse, de ese presente por querer ser vivido, que en medio de risas, besos y lágrimas, la noche se hizo corta pero a la vez eterna.

El velorio de Bonnie fue muy sencillo pero lleno de mucha elegancia. Violet estaba tranquila, todo el tiempo de la mano de su esposo y consolada por sus amigos.

—Ian, ella era mi mamá.

—Lo sé, Violet, lo sé.

—El abuelo y Bonnie están juntos ahora, estarán muy contentos. Se quisieron mucho. Siempre dormían abrazados todas las noches.

Él besaba su frente, y ella se abrazaba a él con fuerza. Ian, muy emocionado, hasta se atrevió a darle palmadas en la espalda a los Alfreds, que lloraban desconsolados. No se puso crespón negro en la puerta, nadie vistió de negro, pero a nadie le cabía la duda de que en esa casa se había muerto una persona muy importante: la madre de la esposa del señor, no una criada, no madame Fénix.

La tranquilidad de Garden House se fue retomando poco a poco, pero había un problema que Ian tenía que solucionar: contrató a los mejores detectives

privados, sin nada de éxito. Aludiendo a su apelativo: “la sombra” había desaparecido de la ciudad, quizás estaba en una grieta, en una alcantarilla, o refugiado en un tejado, pero ciertamente estaba presente en sus pesadillas. Ian sabía que volvería, y esta vez él estaría preparado.

—Helen, ¿dónde has comprado esta planta?, me parece conocida. —Ian admiraba la planta que estaba en la casa de Helen, y ocultaba una sonrisa. El nuevo vivero que habían puesto juntos estaba yendo muy bien; es más, era un éxito en la ciudad pero, a pedido de Violet, se tenía en secreto la identidad de los propietarios, otras personas se encargaban de la venta al público. Como le había repetido varias veces a Ian, a ella solo le gustaba cuidar las plantas, nada más.

—¿Así que tu esposa y tú se reconciliaron? —Helen entró a la habitación con un elegante vestido y con sus gestos de dama de alcurnia—. Te lo dije, cariño, las joyas nunca fallan.

—*Lady Helen* —la interrumpió el mayordomo—, la buscan; es la señora Townsend, desea hablar con usted. —Ian, al escuchar el nombre de su esposa, se puso azul, luego verde, después amarillo, hasta ponerse blanco como un papel.

—¿Está aquí? —dijo muy asustado—, le dije que no tenía nada contigo. ¿Por qué ha venido a verte? No me creyó ¿Y si me ve aquí? Pronto, Helen, escóndeme.

—Y yo que pensaba que esa parte de esconder maridos ajenos había terminado.

—Señora Townsend —saludó la condesa, después de haber escondido a Ian en una habitación contigua.

—*Lady Helen* —saludó Violet sosteniendo su bolso entre sus manos, con una ligera inclinación de la cabeza. Estaba avergonzada y admirada a la vez de la belleza de Helen: claro, ya no era una mujer joven, pero sí era muy hermosa, tenía la piel perfecta, ojos marrones almendrados y una nariz distinguida, digna de una diosa griega.

—¿Puedo saber a qué se debe el honor de su visita? —Con un gesto la hizo

sentarse y ella se puso al frente.

—Yo... es que yo —tartamudeo Violet.

—No soy la amante de su esposo —la interrumpió Helen, incapaz de soportar reclamos o lágrimas de esposas ofendidas—, lo fui hace muchos años, ahora solo somos amigos.

—Lo sé —dijo Violet prestamente—, él me lo dijo. Ian no tiene por qué mentirme.

—¿Entonces? —preguntó extrañada Helen.

—Vera condesa. —En una disertación, un poco confusa por su nerviosismo, Violet le explicó a la mujer lo que quería: que fuera su amiga. Le contó un poco cómo la criaron su abuelo, Bonnie y los Alfreds; en resumen, que ella era una mujer sin ningún roce social, jamás se le enseñó de etiqueta, de formas adecuadas de vestir o de formas correctas de actuar en una sociedad. No sabía absolutamente nada de ordenar en un restaurante, de realizar una fiesta, o de qué título va primero cuando una se dirige a la segunda esposa de un vizconde—. Pero soy inteligente y aprehendo muy rápido —agregó al final.

Helen pensó al principio que era una broma, que la esposa de su antiguo amante le pidiera orientación y consejo, que pedía convertirse en su pupila era tan absurdo. Creyó que Violet se estaba burlando de ella, pero después vio su agitación, sintió tal sinceridad en sus palabras que pensó que al menos Violet sí se lo creía.

—*Lady* Violet, ¿no hay otra persona a quien usted pudiera pedirle este favor?

—No, no tengo amigos que sepan de eso, ni conocidos. Mi única tía está de viaje, pero no sería de mucha ayuda porque tampoco está al día de las convenciones sociales. Y es bastante rígida y un poco anticuada. En cambio, usted sabe todo de eso ...

—Contrate a alguien —la interrumpió Helen.

—La verdad no confío en las personas que se contratan para estas cosas.

—¿Ian?

—Quiero mucho a mi esposo, pero él tampoco sabe de estas cosas, todo lo resuelve contratando gente que no lo estima, y quién sabe si estos estarán haciendo lo correcto: por pura envidia o por temor a contradecirlo lo pueden a uno hacer caer en errores. Es mejor una persona que sinceramente lo estime a uno.

—¿Y yo?

—Ian dice que usted es una mujer muy, pero muy fina, elegante y muy decente. Usted no me haría ir a la opera con un vestido amarillo y con todas las joyas de la corona encima.

—Pero...

—Yo sé que puedo confiar en usted, porque Ian la admira y confía en usted.

—Niña, sabes las cosas que la gente dice de mí, temo decirte que muchas de ellas son ciertas. Tu reputación se vería seriamente comprometida si supieran que nos frecuentamos.

—Mi abuelo decía que esta sociedad, que nos ha tocado vivir, es muy injusta con las mujeres, y lo que hacen para sobrevivir es más culpa de la misma sociedad que de ellas. Bonnie, mi mamá, me decía que lo que pasa en la alcoba de una dama solo le interesa a ella y a nadie más. Lo decía con unas palabras más fuertes que no se las puedo repetir,; en fin, no soy quien para juzgarla y no me interesa hacerlo. Pero... —Violet se tomó una pausa, hasta se puso un dedo en la boca en señal de duda—. Solo una pregunta: si fuéramos amigas, ¿la reputación de Ian se vería afectada?

—No, la reputación de los hombres se maneja con criterios diferentes; lo elevarían a los altares al saber que su antigua amante y su esposa ahora son amigas. Sería un bono extra.

—Entonces, está bien —contestó Violet con una franca sonrisa—, lo que digan de mí no me importa. Necesito ayudar a mi esposo a llegar a donde quiere. Tengo que ser la esposa elegante y sofisticada que lo pueda relacionar correctamente con las personas que lo ayudarán a alcanzar sus objetivos, que por lo demás son causas bastantes nobles y justas. Usted puede venir a Garden House o yo venir aquí, una hora al día o quizás dos. Como el tiempo es dinero,



como decía Bonnie, no quiero ofenderla, pero le retribuiré económicamente por sus lecciones.

—Si me retribuyes mi tiempo, no seremos amigas.

—Oh, no, yo cultivo unas hermosas plantas y nunca las regalo, ni a los amigos; es mi tiempo y vale un dinero, si no, no podré aceptar su ayuda.

*Lady* Helen sonrió sinceramente a Violet, como no lo hacía hace años a una mujer, y aceptó el trato: quedaron en una suma simbólica, y ella le pidió que no volviera a comprar flores, porque al pago le agregaría las que ella misma cultivaba, Conversaron un rato más sobre las actividades del siguiente día, y Violet se despidió. Antes de marcharse respiró profundo y le preguntó si Ian había estado hacía poco por ahí.

—Sí —le dijo *lady* Helen—, ¿cómo lo sabes?

—Su perfume. Hasta mañana, Helen, gracias. —La besó en la mejilla y salió presurosa.

Ian había escuchado toda la conversación, salió sorprendido de la habitación y encontró a una Helen aun más sorprendida. Aquella mujer fría, racional, mordaz y cínica no podía articular palabra. Después de mucho rato, por fin habló:

—¡Oh, querido! Sí que estás en un gran problema.

La prueba de fuego de Violet sería el baile de primavera. Ian había invitado a lo más selecto de la sociedad londinense. Sabía que todos vendrían por su dinero, por su alcurnia recientemente adquirida con su matrimonio —ya los nobles no tendrían reparos en contaminarse con un *cockney* venido a más— y otros, por mortal curiosidad.

—Lo siento, Helen, lo siento. ¡Ian, no te rías! Helen, fue sin querer. Lo siento, ¡Ian, no te rías!

Las lecciones de modales y de etiqueta se llevaban a cabo en Garden House, a petición de Ian, quien últimamente se había vuelto aún más paranoico: tenía que tener a Violet siempre cerca y a su vista. Con excusas para ambas, logró convencerlas de que se llevaran en casa dichas clases, que eran la causa de la irritación de Violet y de las risas para Ian. Como bien le

dijo a *lady* Helen: si bien la alumna era bastante inteligente y tenía un memoria prodigiosa, no le advirtió también que era bastante torpe. Aparte de abanicos chinos torcidos, sombrillas volando, porcelana fina quebrada, vestidos bañados en vino, era un hecho que sus manos eran poco hábiles, acompañadas de una vista muy reducida, y que la mayoría de cosas que Helen le enseñaba a Violet le parecían absurdas y ridículas. «Por eso es que los nobles están siempre molestos» —murmuraba la alumna tratando de pintar unas tarjetas de invitación—; la ociosidad de tener que hacer y aprender cosas inútiles los tienen amargados». Helen por su parte resultó una maestra, si bien enérgica, con mucha paciencia.

—No te preocupes, Violet, fue un accidente. —Helen se retiraba de la cara los caracoles que infructuosamente Violet trataba de abrir de su caparazón.

—Tienes dos en el cabello —le dijo Ian sin dejar de reír.

—Basta, Ian, no te rías —le decía Helen.

—No, no te rías —le dijo Violet enojada— y no te hagas que de fino tampoco la haces.

Helen no daba también de carcajadas para no ofender a Violet; en muy poco tiempo le tomó tal cariño que ni ella misma lo comprendía, quizás vio en la muchacha la hija que jamás tuvo. O reconoció en Violet la parte de ella que se había perdido en el camino de su tortuosa vida. Lo limpio en su mirada, el reír cuando se quiere reír, el abrazar a alguien cuando se desea hacerlo, el decir no, el decir sí, porque así se desea. Era una joven sin prejuicios, educada para tener una mente libre e incorruptible. Por tales motivos Helen no profundizó sobre sus lecciones en los bastiones de la alta sociedad: la fina hipocresía y los afectos calculados.

—La elegancia, la verdadera elegancia —le decía a Violet— es ser una misma. Y nunca fingir. Siempre sé tal como eres. La gente inteligente, que de verdad importa, sabrá reconocer tu valor.

—Sobre todo, cuando veas miradas despectivas en otras mujeres, no te sientas ofendida, son las máscaras de la envidia. Tienes lo que por estos lares es muy escaso o muy negado: un esposo enamorado.

Otra cosa que le sorprendió a Helen era el nivel de embobamiento de Ian con su esposa. Ella, que tuvo la versión de un Ian siempre serio, siempre formal y siempre adusto. Tenía por cierto que el día que él se casara, lo haría con una mujer muy sumisa, de las que temieran abrir la boca en su presencia. En cambio, tenía una esposa que lo tenía sostenido de su dedo meñique; se permitía, delante de otras personas, llamarle la atención, besarlo y abrazarlo sin reparos, acomodarle sus cabellos, hasta aventarle caracoles a su cara por no parar de reír. Helen nunca había visto a Ian tan feliz.

Como preparación a la gran noche, en casa de los Townsend hubo un desfile interminable de personajes. Helen aprovechó para cambiarle el guardarropa a Violet o, más bien, para darle por primera vez uno con toda clase de vestidos elegantes, abrigos etc., elegidos en las telas de mayor calidad, como sedas de China y de Francia, supervisados por su exquisito gusto. Además desfilaron por Garden House los mejores sombrereros, floristas, músicos, decoradores, profesores de baile, etc. La condesa de Von Trap, a diferencia de Violet, disfrutaba de toda esa parafernalia; es que la sofisticada mujer estaba en su elemento. Como decía ella: «No existe nada mejor que gastar el dinero de otros».

La noche llegó y, para pesar de Ian, de esa debutante con el vestido anticuado amarillo que la hacía ver como un bollito de azúcar no quedaba nada: lo descubrió cuando la vio bajar por las escaleras. Estaba verdaderamente deslumbrante, llevaba puesto un vestido sofisticado de escote correcto, lucía discretas joyas a tono y un peinado recogido con un hermoso tocado de plumas, con broches enjovados, que hacían resaltar sus hermosos ojos. Estaba simplemente hermosa y elegante, lo que produjo a Ian un escalofrío en su columna vertebral. No quería que su esposa cambiara, le gustaba mucho el bollito de azúcar. Pero sus temores se redujeron a la mitad de la escalera.

—Ay, perdón, me olvidé mi bolso. —Violet se daba de golpes en la frente—. ¿Dónde pondré mis pastelitos?

—¡No! —gritó Helen, que estaba parada al lado de Ian—, de ninguna

manera pasteles en el bolso. Te dije que no, Violet.

Discutieron en medio de la escalera, con la risa de Ian de fondo. Salvo ese incidente, la alumna sorprendió a todos, incluida a la misma Helen; con su elegancia y con su sencillez de modales, se condujo como un pez en el agua ante los grandes lores, felizmente nadie vio cuando le limpiaba restos de comida de los labios a uno de los Alfreds con su propio pañuelo.

—No coman ahora, comeremos después en la cocina.

Y algún otro detalle, pero la pareja se veía tan bien junta, despedían tanto amor y alegría que les perdonaron esos deslices, como el desaparecer de su propia fiesta por veinte minutos. Otra vez el corsé, otra vez Ian tan solícito para ayudarla. Regresaron radiantes y sonrientes con una Violet con las mejillas encarnadas y muy sorprendida.

—No pensé que se pudiera hacer tan rápido —le susurraba a Ian mientras daban inicio al baile.

—Y hoy te enseñaré eso que te intrigaba de las cuatro veces.

Sí, fue perfecto con todo eso, además ambos tenían a la amiga Helen que se encargó del peligro que rondaba

—*Lady Gertrudis*, temo que hubo una confusión, usted no está invitada.

Gertrudis no esperó que la misma condesa de Von Trap la interceptara casi en la puerta y que le impidiera el paso. Es que Helen, cuando se acercó a Violet moviendo sus hilos entre sus amistades, se enteró muy pronto de lo despiadadamente maltratada que había sido Violet socialmente. Se tejieron historias horribles sobre las razones por las que supuestamente Ian la había repudiado: desde que no la había encontrado virgen, hasta que había vivido incestuosamente con su propio abuelo. Helen, horrorizada y después de gritarle a Ian por una hora, hizo que él pusiera fin a esos rumores. Este tuvo un par de fingidas borracheras en famosos clubs de caballeros; casi hasta las lágrimas comentó a todos los presentes, la alegría de que su esposa lo había perdonado por un pequeño desliz suyo y le había permitido volver a casa. Pero a Helen no le bastó esa satisfacción; hábil como ninguna en esos entuertos de chismes, comenzó a destejer la madeja, y el hilo la llevó a una

sola persona: *Lady Gertrudis*. La había conocido hacía mucho tiempo atrás nada más como una chiquilla vanidosa y engreída. Pero ahora estaba convertida en toda una arpía. Buena rival para ella.

—Supuse que era un error —contrarrestó Gertrudis como respuesta al primer ataque—, mi esposo es uno de los caballeros más importantes de la ciudad, doceavo en la línea de sucesión.

—No, no hubo ninguna confusión, usted no está invitada, por cierto, su esposo tampoco porque, que yo sepa, está en Viena con su nueva amante.

—¿Me deja pasar o no? Calma, condesa, estoy al tanto de este pequeño triángulo que tienen y no quiero romperlo, quizás busco la forma de entrar en él.

—No te culpo. —Helen la miró con desprecio y lástima—. Un esposo como el tuyo puede pervertir cualquier alma, aun siendo tan joven como tú. Pero está muy equivocada. No soy la amante de Ian, soy algo mucho mejor: soy su amiga, de él y de Violet. Y quien se mete con mis amigos se mete conmigo.

—No sé de qué habla.

—¿No?, pequeña zorra. Has esparcido tu veneno inventando historias terribles sobre Violet y supuestas amantes a Ian. ¿Pero sabes qué? de ahora en adelante te enfrentarás a mí, la que inventó este juego, la jefa de la manada; por cada rumor malsano que sueltes de mis amigos, te devolveré el golpe con tal furia y rapidez que no verás de dónde vino el zarpazo. Por ejemplo, comenzarán a hablarse de tus salidas nocturnas a Whitechapel, tu predilección por los juegos de azar como por el brandi, O de las extrañas fiestas que realiza tu esposo en casa.

No dijo más. Gertrudis se puso tan pálida como su vestido, se tragó su orgullo, se dio vuelta y por un tiempo no se supo más de ella.

Garden House se volvió el hogar casi permanente de Helen interrumpido por sus continuos viajes. A la mujer le encantaba viajar y ahora contaba con recursos propios, además de la renta que Ian le había proporcionado. Se corrió el rumor del milagro hecho en Violet Townsend, tal que muchas familias

adineradas, sobretodo nuevos ricos, como americanos millonarios llegados a Londres, contrataban muy a menudo sus servicios como dama de protocolo y como organizadora de fiestas.

«Estuve en tu propia fiesta hermano, entré por la puerta principal, mala idea hacer un baile de mascarar, hasta me senté en algún momento al lado de tu esposa, y no me viste. Pero yo sí a tí, no dejé de observarte durante toda la noche. Disfrutabas la velada al lado de ella, sosteniéndole la mano, o tocando su espalda, tenías que tener contacto con todo el tiempo. Te conozco, no era para darle valor a tu mujer, era para tú sentirte seguro. Cuanto la amas, esa pequeña mujer se ha metido debajo de tu piel. La miras con ternura, sonrías ante su espontaneidad e inteligencia, con orgullo la presentas a tus amigos, la luces ante esa sociedad que en el fondo se que desprecias. Esta fiesta la hiciste por ella, como una demostración de lo importante que es para tí. A ella también se le ve muy enamorada, la forma en que te mira, como sonrío cuando hablas, lo orgullosa de esta de ti, no puede disimularlo, y no podría. Si querido hermano, lo reconozco encontrate algo mejor que una esposa noble, encontraste alguien que te amara. ¿Tuve envidia de tu felicidad? No. Se envidia lo que se tiene, lo que se puede conservar. Y ella no durará mucho en tu vida. Violet, haciendo honor a su nombre, es una flor que te deleitó con su belleza y aroma, pero como todo lo perfecto durará poco. Se acaba la primavera para tu pequeña flor y para tí se viene el más largos de los inviernos».

El amor se instaló en Garden House, Ian pagó con atraso pero con creces las noches en vela suspirando por ella, Violet descubrió cuan fuerte podía reír Ian. Aunque no faltaron las discusiones entre los esposos o con los Alfreds que, con el pasar de los días, al ver la devoción sincera de Ian hacia Violet, se volvieron un poco —pero solo un poco— menos groseros con él. Por lo menos ahora ya no le decían apelativos de animales mayores: de perro, burro o cerdo descastado pasó a ser insectos menores como lombriz, sanguijuela y, alguna que otra vez, gusano. Meses después Violet tuvo una pérdida espontánea que la puso muy triste; entonces, Ian consideró oportuno viajar. Recorrieron Europa,

combinando negocios con placer. Pero ambos eran de un espíritu tranquilo y de naturaleza hogareña, extrañaban Garden House y, aunque Ian lo negara, a los Alfreds.

—No han estado comiendo, están muy flacos. —Violet los abrazó dándoles besos en sus calvas a los dos emocionados ancianos.

—Sí estamos comiendo, tú eres la que parece no estar bien comida. ¿El insecto te trató bien?

—No le digas así, te está escuchando. Ya, Alfred, me aprietas.

—Suéltala —gritaba Ian—, va oler a trasto viejo.

Otro que se unió a la rutina de la casa, aunque increíble, fue el joven Alexander Romanov, muy a pesar de Ian que no pudo evitarlo. Lo trajeron sus jóvenes discípulos, Jean Pierre y Vespasiano. Fue el caso que Alexander, en su lucha ardorosa por conseguir adeptos a sus causas sociales, se relacionaba en cuanto círculo político, literario o artístico le pudiera brindar su ayuda. Amigos comunes de de dichas causas lo unieron a los jóvenes, y llegó a ser huésped frecuente en Garden House, donde muy a medudo se discutían ese tipo de temas. Ian lo aceptó a fuerza de puntapiés y de pellizcos dados por Violet, hasta que entendió que no era una mala persona, que en verdad tenía nobles sentimientos y un espíritu luchador.

Pero ««a sombra» estaba rondando, Ian lo sabía, aún no había podido dar con ella. Entonces, sus pesadillas se presentaron otra vez. Era niño, estaba atascado en esa chimenea, algunas veces ella no venía a abrirle la puerta, se ahogaba y despertaba gritando asustado que no lo dejaran morir solo. Violet lo envolvía en sus brazos, lo acunaba sobre su pecho y acariciaba su cabeza.

—Ya pasó, Ian, estás en Garden House, estás conmigo. Ya pasó.

Pero Ian sabía que no había pasado. Él quería su venganza.

«Esta vez será perfecto. Estoy hilando tan fino, cubriendo cada pequeño detalle, ya lo estoy disfrutando tanto y solo con planearlo. He pensado que solo la muerte no es lo que deseo. Podría entrar a tu casa, ya lo he hecho tantas veces, y ahogarla con una almohada mientras duermen, despertarías al lado de un cadáver. Pero no. No es suficiente, habrá mucho más. Armaré para ti

hermano, un gran espectáculo, con muchos actores, mucho drama, como tus operas que tanto te gustaban ver de niño. Serás el protagonista de tu propia tragedia. Lo irónico es que a pesar de todo me cae bien la pequeña mujer. Hasta me parece digna de admirar, de ser amada, es diferente, es especial, aún no se por qué. Pero lo és. ¿Merece morir? No. Pero así es la vida. ¿Merecía tu desprecio y odio, después de harte amado tanto? Tampoco».

—¡Los ángeles caen del cielo, y yo sin paraguas!

—¡Qué gracioso! Usted me parece muy familiar, hay algo en usted que me hace recordar a una persona.

—*Lady Gertrudis*, ¿verdad? Déjeme acompañarla a su carruaje. ¿Qué podría hacer para ganarme el afecto de tan hermosa dama?

—No es posible, no. No puedes creer esto, ¿verdad, Ian? No es posible.

*Lady Helen* había llegado ese mismo día a Londres después de una prolongada estancia en las campiñas. La noticia en el periódico la tumbó en el asiento y la hizo salir corriendo a la casa de sus amigos.

—Dime, Ian, tú no puedes creer esto.

El diario anunciaba, en un cuarto de página en primera plana, que *Lady Violet Hamilton*, esposa del millonario Ian Townsend, había abandonado a su marido para huir con un joven enamorado de su juventud, Alexander Romanov. Hasta se daban detalles de haberla visto, días antes, vendiendo unas valiosas joyas en una tienda de empeños.

—Ian, tú no puedes...

Sentado en el mueble, cabizbajo, con los hombros caídos, sostenía firmemente entre sus manos lo que la condesa pudo distinguir que eran los anteojos de Violet. Ian estaba pálido, sin afeitar; con unas enormes ojeras que cercaban sus ojos y con el pelo caído a los lados, parecía haber envejecido unos veinte años desde la última vez que la condesa lo había visto. Levantó un poco la cabeza y con una voz imperceptible le dijo:

—No, Helen, por supuesto que no lo creo. —Tomó los lentes de Violet, con los que ella nunca salía de casa, y los volvió a guardar en el bolsillo de su saco—. Todo es una trampa.



—¿Qué pasó, Ian?

—Los han secuestrado a ambos... No los podemos ubicar.

A Ian los músculos de las mejillas le latían violentamente, hablando sin levantar la mirada del piso. German, Vespasiano y Jean Paul entraban y salían de la casa en un ajetreo constante.

—¿Cómo? —preguntó Helen.

—La engañaron: le trajeron una nota que decía que hubo una explosión en la fundición y que yo estaba gravemente herido. Salió corriendo e inmediatamente se la llevaron en un coche que la esperaba afuera de la casa.

—¿Hace cuánto?

—Dos días.

—¡Ay, Dios mío! —Helen se sentó en el sillón más cercano y se puso a sollozar.

—Alexander desapareció la noche anterior a la salida de una manifestación, unos hombres le buscaron una pelea, para luego lo subieron en un coche también.

—¿No han pedido rescate o algo?

—No.

—¡Lo tengo! —dijo Vespasiano moviendo un papel en la mano—. Sé dónde ubicar al periodista, iremos a verlo ahora mismo. —Cuando los jóvenes salieron se cruzaron en la puerta con el inspector de la policía que entraba con un hombre de mediana edad y de condición humilde.

—Señor Townsend —dijo el policía—, el señor es el comprador de las joyas.

—Buenos días, Milord, lo siento —habló el hombre muy nervioso, mientras le daba vueltas al sombrero que tenía en sus manos—. La señora estaba muy asustada, me pidió que le comprara las joyas yo, yo, yo —tartamudeó muy asustado— no sabía que era para...

—¿Ella le dijo su nombre? —interrumpió Ian.

—Sí, *Lady Violet* de Hamilton.

—¿Son las joyas de su esposa? —El inspector puso a la vista de Ian la valiosa colección de amatistas que le había regalado en su cumpleaños.

—Sí —respondió Ian y luego preguntó al prestamista—, ¿usted vio a mi esposa directamente?

—No —respondió el señor—, iba envuelta en una capucha negra que le cubría todo el rostro, hablaba muy bajito, parecía estar muy asustada. Llegó sola, y un coche de alquiler la esperaba en la entrada.

—Helen, párate al lado del señor —ordenó Ian, una vez que la condesa se puso al lado, volvió a preguntarle— ¿diría que mi esposa era más alta o más baja que la señora?

—¡Oh!, definitivamente más alta.

—¿Algo que usted pudiera llegar a ver, que la distinguiera?

—Bueno. —El hombre dudó unos instantes y agregó— Sus manos, sí, definitivamente sus manos eran muy delicadas y muy blancas, tenía dedos largos ...

—Gracias —dijo Ian poniendo fin al interrogatorio—. German, lleva al señor a la biblioteca y negocia con él la devolución de las joyas.

—Gracias, su excelencia, gracias.

—¿Y bien, señor Townsend? —preguntó el inspector, una vez que el prestamista se había retirado de la sala.

—Confirma lo que le dije: todo es una trampa. Mi esposa escasamente me llega al hombro, es decir, es mucho más pequeña que *Lady Helen* y además ella hace horticultura todos los días, podría decir que sus manos no son precisamente como el señor las ha descrito. Han armado una escena para aparentar la infidelidad de mi esposa, degradarla públicamente y ocultar el verdadero fin del secuestro.

—¿Y cómo explica la desaparición de las joyas?

—Alguien pudo haber entrado y habérselas llevado sin que nos diéramos cuenta. Violet las usa muy poco, pudieron pasar días antes que advertiramos su falta. Alguien entró a la casa. —Hizo una pausa y agregó— Como una sombra

entró, robó y se fue. ¿Se sabe algo de la doncella? —preguntó Ian al inspector. Las primeras preguntas que hizo el inspector cuando se denunció el caso fueron sobre el personal de la casa. A pesar de que todos estimaban a Violet, no se podía confiar en nadie. No hubo nada en su comportamiento que los hiciera sospechosos. Solo una de las doncellas, una de las más jóvenes, le había pedido permiso, días antes de su secuestro, para irse a su pueblo, porque quería presentarle su pretendiente a sus padres. Pero la policía no ha podido, hasta el momento, dar con ella.

—Los padres —dijo el inspector— están muy preocupados, supuestamente hace una semana que tendría que haber llegado. Señor Townsend. —Hizo una pausa mientras se acomodaba sus anteojos, para luego preguntar mirándolo detenidamente— ¿cree que esto tenga relación con el incidente del incendio de su casa y con lo que pasó esa noche?

—Sí —respondió Ian secamente.

—¿La misma persona?

—Sí. —Ian se levantó del sillón y se puso un abrigo encima—. A esta hora los muchachos deben tener al periodista en las oficinas de la fábrica.

—Ian —Helen lo tomó del brazo—, ¿quieres que vaya contigo?

—No, Helen, apóyame con los Alfreds, uno de ellos se descompensó en la mañana, y el doctor le exigió reposo absoluto; no te muevas de su lado. Si algo les pasa, Violet se... —Hizo una larga pausa, no pudo hablar más, se le apagó la voz en un sollozo ahogado. Luego de unos segundos tomó aire y recobró su compostura—. Quédate con ellos

—Sí, cariño, no te preocupes.

—Señor Ian —dijo uno de los Alfreds visiblemente asustado—, ¿apareció mi Violet?

—No, viejo —dijo Ian sin poder mirarlo de frente—, pero estamos avanzando.

—Señor, tráigala pronto, ella es muy delicada, muy pequeña...

—Vamos, Alfred. —Helen lo tomó de la mano y lo guio a la cocina como a

un niño—. Vamos, te serviré una taza de té.

—Deme unos minutos —le pidió Ian al inspector fuera de la oficina de la fábrica—, luego ustedes entran.

El que escribió la nota en el periódico era un hombre de mediana edad, bajo, calvo, y sobresalían en él unas grandes orejas que sostenían unos anteojos muy gruesos; pero si su aspecto era hasta pintorescamente grotesco —no así su reputación—, se podría decir que era un mercenario de las letras, advenedizo y dispuesto a alquilar su pluma, harta venenosa, al mejor postor. Estaba muy asustado, sentado en una silla con las manos atadas. Vespasiano y Jean Paul estaban cada uno a un lado; de aquellos chicos simpáticos, educados y elegantes no había ni rastro. Con las camisas abiertas y remangadas hablaban enormes groserías, escupían intencionalmente cerca de él, pateando alternativamente las patas de la silla donde estaba sentado.

—Hijos de la mala madre —gritaba el hombre en la silla—, no saben con quién se han metido.

—La pregunta señor es si usted sabe con quién se ha metido. —La enorme figura de Ian inmediatamente ocupó la pequeña sala, el periodista abrió los ojos al ver a ese imponente hombre.

—Señor Townsend —exclamó asustado.

—Ahora —habló Ian parado delante de él—, solo la verdad: ¿quién le dio la información sobre mi esposa? Y lo más importante, ¿dónde está?

—Yo no puedo revelar mis fuentes, es un trabajo periodístico, una noticia de interés público y...

—No, señor —lo interrumpió Ian con voz calmada pero cada vez más atemorizante—, a usted lo contrataron para decir una sarta de mentiras, han montado una escena para difamar a mi esposa, quien ha sido secuestrada y posiblemente esté en grave peligro. Ahora, de nuevo le pregunto: ¿Quién?, y sobre todo, ¿dónde está?

—Yo no se lo puedo decir, sería antiético, esto es un abuso. Yo soy un renombrado periodista, solo cumplí con mi deber de informar. Cuando salga de aquí los denunciaré.

—Señor —lo interrumpió Ian, acercando su rostro a centímetros de él—, ¿quién le ha dicho que usted saldrá de esta habitación?

El hombre palideció y vio el rostro poseso de Ian; entonces, comenzó a temblar, su frente se llenó de gotas de sudor. Se puso a toser y luego a gimotear con palabras entrecortadas.

—No sé su nombre, era un hombre de unos cuarenta años, alto, me dio mucho dinero para que publicara la noticia y me dijo lo que debía decir, los datos de las personas y de la casa de empeño. Si sacaba las notas en primera plana y se hacía mucho escándalo, me pagaría muy bien, y lo hizo.

—¿Cuál sería la siguiente nota? —preguntó Ian.

—¿Cómo?

—Dijo «notas», ¿qué diría la siguiente nota?

—Yo... —El hombre dudó, se hundió en el asiento y miró a otro lado—  
Esposo celoso mata a esposa y amante.

—¿Dónde?

—¿Qué?

—¿Dónde supuestamente decía que los maté?

—En el puerto, no me dio más detalles. Me lo diría el mismo día que me daría la primicia...

—¿Cuándo saldría esa nota?

—Mañana.

—Cuando despierte —dijo Ian mirando a los jóvenes— que declare todo a la policía.

—¿Cuándo despiere...? —No terminó la pregunta el pseudoperiodista que se sumergió en la oscuridad después de un intenso dolor...

Gertrudis caminaba de un lado a otro de la habitación. Violet estaba en el suelo atada de manos, y en el otro extremo estaba Alexander, también atado pero de pies y de manos, además de estar amordazado.

—¿Por qué has hecho esto? —le dijo Violet aún adormecida por el golpe

en la cabeza; el olor fuerte a licor, la brisa marina, el carbón y el tabaco le provocaban náuseas, tal que tenía que taparse la nariz.

—No voy a hablar contigo.

—¿Qué ganas, Gertrudis? ¿Es por Ian?

—Sí. Los mandaré a los dos a las Indias en un barco de esclavos —habló y los señaló a ella y a Alexander— y nunca regresarán. Ian comprenderá que lo has abandonado y se casará luego conmigo.

—¿Y tu esposo?

—¡Ese maldito no será un problema! Para entonces, estará todo arreglado. Sin mirarla, Gertrudis hablaba casi gritando— ¡No me siento mal! ¡Esto es lo justo! Estoy tomando mi destino en mis manos. Una vez tú me quitaste mi felicidad y ahora la estoy recobrando.

—Estás tan equivocada con Ian —le dijo Violet—. Por favor, reflexiona, esto es...

—Él me amó una vez —la interrumpió Gertrudis—, lo volverá a hacer; él era mi destino, Violet, tú nunca debiste cruzarte en nuestro camino. Me quitaste a mi hombre. Yo debería estar casada con él; estaríamos juntos, viajando, dando fiestas, disfrutando... —Hizo una pausa—. Y no viviendo el infierno que vivo.

—Por favor, Gertrudis, esto es una locura.

—Locura, locura, es cierto, mi vida es una locura. Terminaré loca o muerta si sigo con mi esposo. Tomé una decisión y encontré una persona que me ayudará. —En ese momento se abrió la puerta de la pequeña habitación—. ¡Oh, por fin! ¿El barco está listo?

—Todo bien, belleza, todo bien. —Un hombre muy alto, de rostro severo y de cabellos tan negros como sus ojos, ocupó el centro de la habitación, esbozó una sonrisa con un rictus siniestro y fijó su atención en Violet— Veo que ya despertó, señora Townsend.

—Sí, Randolph —habló Violet, sentada en el suelo y mirándolo fijamente...

—¿Randolph? —preguntó Gertrudis—, ¿te llamó Randolph?, ¿ustedes se

conocen?

—No —contestó él, sin dejar de mirar a Violet—. La señora Townsend es la primera vez que me ve, digamos que me reconoció. ¿Así que Ian te habló de mí? ¿Te contó todo?

—Todo — le dijo Violet muy serena—, sé todo de ti, y no te saldrás con la tuya.

—Cuñadita, creo que ya lo hice.

—¿Cuñada? —Gertrudis se incorporó delante de él—, ¿de qué están hablando? ¿Randolph, qué está pasando aquí?

—Mi Gertrudis —dijo sin dejar de mirar fijamente a Violet— es muy bella pero algo tonta.

—Randolph, ¿qué pasa aquí? —preguntó de nuevo Gertrudis.

—Querida, te haré las presentaciones del caso: ella es mi cuñada, esposa de mi querido hermano legítimo, Ian Townsend.

—¿Tu hermano? ¿Ian es tu hermano?, pero...

—Todo está saliendo bien, Gertrudis, muy bien, tú no te preocupes por nada.

—Quieres el dinero de Ian —le dijo Violet incorporándose lo más que pudo—. No puedes matarlo porque yo heredaría todo, pero si me matas a mí...

—Y luego lo acusan de tu muerte —terminó la frase Randolph en un tono burlón—. Lo ahorcarán, entonces...

—Su herencia pasará a ti. —Esta vez Violet terminó su frase.

—¡No, Randolph! —gritó Gertrudis—, no hablamos de hacerle daño a Ian; yo te pagué para que envíes a estos dos a las Indias, luego te desharías del marqués, y yo me casaría con Ian.

—Hubo un pequeño cambio de planes —le dijo Randolph sonriendo, sin dejar de mirar a Violet—: te casarás de nuevo, pero conmigo. Una vez que herede la fortuna de Ian y tú la de tu esposo, uniremos nuestras riquezas.

—Pero esto no es lo que habíamos acordado, no te pagué para...

—Pequeña tontuela —Randolph la tomó con fuerza de la barbilla, su voz

cambió de su habitual tono burlón a un tono de amenaza—, estás hasta el cuello en esto y harás lo que yo te diga, ¿entendiste? Lo que yo te diga. Ahora sal de aquí. —Le dio un empujón que la mandó al otro extremo de la habitación, luego tomó del brazo a Violet y muy bruscamente la levantó del piso hasta ponerla de pie muy cerca de su rostro—. Tengo que hablar con mi cuñadita

Ian mandó a decenas de personas a buscar por el muelle de Londres; búsqueda que era comandada por él mismo. Recorrieron a pie las calles, entraron a todos los almacenes, bares, cantinas, salas de apuestas, hasta las barcazas de carbón, preguntando a cada estibador, mujer y niño a su paso, sobre el paradero de Violet, prometiendo enormes recompensas a alguien que diera información sobre ellos. Regresó solo unos minutos a casa para cambiarse de ropa y ver si había alguna novedad.

—Ian, por favor, come algo.

—Tengo que encontrarla pronto, Helen.

—Está bien, cariño, sabes cómo es Violet: a estas alturas estará redimiendo a sus captores, nadie con un mínimo de conciencia podría hacerle daño.

—Helen, Violet está embarazada, no se lo dijimos a nadie por lo que le había pasado la primera vez. El doctor le recomendó mucho reposo y evitar...

—Oh, Ian.

—Tengo que encontrarla pronto. Hallaron a la doncella desaparecida muerta. Él no se detendrá, él...

Gertrudis se quedó en el otro extremo de la habitación, al lado de Alexander, mirando asustada la escena de Randolph y oprimiendo el brazo de Violet.

—¿Qué te contó de mí? —le dijo y apretó cada vez más fuerte alrededor de su brazo.

—Todo —le dijo Violet sin hacer el más mínimo gesto de dolor.

—¿Todo?, ¿sabes todo de mí? Y de Ian, ¿también sabes todo?

—Sí, todo. No hay nada que no me haya contado, no hay nada de él que me



sea ajeno.

—No, no te contó todo, hay cosas que no pudo...

—Que tu padre alcohólico mató a golpes a tu madre —lo interrumpió Violet— delante de ustedes. Como ese mal hombre murió en la horca, de su soledad en los hospicios, de sus días por las calles de Londres robando, mendigando.

—Claro, te contó lo que le convenía, lo que él quería que supieras. ¿Te contó también de lo que un niño es capaz de hacer por hambre?

—Tú lo has dicho, Randolph, un niño. Si hubo gente mala que se aprovechó de ustedes, ellos fueron los culpables. Eran solo niños abandonados, desprotegidos.

—Te equivocas, Ian, nunca estuvo solo, yo siempre estuve para él, lo cuidé, lo protegí. Nadie lo lastimó.

—Sí, Randolph, eso también lo sé. Sé cómo lo cuidaste y todo lo que hiciste por él. .Hasta...

—Hasta matar por él.

—Eran niños —le hablaba Violet con una voz muy serena— expuestos a toda la maldad del mundo, pero luego te volviste uno de ellos también. Te convertiste en un hombre malo. Un asesino.

—Merecían morir.

—¿Todos, Randolph?

—Maté, sí, a muchos hombres, pero ninguno merecía vivir, Eran hombres malos, proxenetas y perversos, que abusaban de niños por un pedazo de pan. No me arrepiento.

—Hubieron más, y lo sabes; comenzaste a matar por deseos de justicia, luego por dinero, por furia, por placer, no pudiste detenerte nunca. También inocentes fueron tus víctimas, como Adela, la primera novia de Ian, no fue accidente, aunque Ian tenga sus dudas-. Ahora al verte, estoy seguro de que tú la mataste.

—No maté a Adela.

—Sí, la mataste, y le hiciste creer por mucho tiempo a Ian que era su culpa, que su amor estaba maldito. Que el nunca podría tener una familia, que destruiría a la mujer que amase, porque tendría que expiar por los crímenes que tú has cometido. Cuando la maldición en su vida eres tú.

—No maté a Adela- Randolph le retorció aun mas el brazo- . Solo maté a personas que merecían morir.

—¿Entonces, Ian?- preguntó Violet aún más serena- ¿de qué es culpable?, ¿qué delito ha cometido para tener que morir?

— El me abandonó, me traicionó. El hermano que juró estar conmigo siempre.

—No podía seguir a tu lado sabiendo lo que hacías.

—Rompió su juramento, estaríamos juntos por siempre...

—¿Qué le quedaba entonces? —lo interrumpió Violet—. Convertirse en un asesino como tú.

—No —le dijo mirándola fieramente y clavándole las uñas en su brazo—, tú no sabes nada.

—Lo sé todo, Randolph, todo. Él me contó todo, tú ya no puedes hacerle daño, ni tú, ni el pasado. Yo le quité ese dolor y ahora lo tengo aquí —le dijo Violet tocándose el pecho—. Tú nunca podrás herirlo de nuevo.

—Basta, él ya no me importa. Ahora solo quiero su dinero. Una vez que tú desaparezcas y él sea culpado de tu muerte, toda su fortuna será mía; ya tengo contactados a jueces que me ayudarán, más el dinero que herede Gertrudis, tendré la vida que me merezco. Te mataré con la pistola de tu esposo, que saqué de tu casa junto con tus joyas. Pondré el arma al lado de tu cadáver y el de tu amante. Querida cuñada, la noticia de tu infidelidad está ya circulando por toda Londres. Nadie se sorprenderá, que el marido ofendido tome venganza. Entonces todo caerá por su propio peso. Con la presión de los medios y con esta sociedad que no le perdona a un *cockney* su éxito, lograré que lo condenen muy pronto. —Soltó a Violet violentamente hasta hacerla tambalear y que cayera pesadamente al piso. Giró sus talones dirigiéndose a Gertrudis, quien aún en estado de estupor, lo miraba sin poder decir palabra

—. Querida futura esposa, iré a un bar conocido en Londres, quiero que la gente me vea, para no desatar sospechas. En la madrugada nos desharemos de estos bultos, y luego me haré cargo de tu esposo, ya sé dónde encontrarlo. — La tomó por la nuca y le dio un feroz beso en los labios—. Ah, y ni se te ocurra salir de aquí.

—Randolph —Gertrudis quiso decir algo, pero el miedo no la dejó decir más.

—¿Escuchaste?, no salgas de aquí —repitió antes de cerrar la puerta violentamente.

Fue una noche, una sola noche, en que Ian le contó todo a Violet de un tirón. Después de despertarse de una de sus horribles pesadillas, ella lo obligó a decírselo con súplicas, con ruegos, hasta con amenazas.

—Mírame, por eso estoy yo aquí; háblame, cuéntamelo, no guardes tanto dolor, dime por favor. —De rodillas y besando sus manos le suplicó— Ian, por favor, háblame.

—No puedo. Te romperé el corazón.

—Tu pasado me pertenece, Ian, es mío también. Y yo quiero saber la verdad

Y él le conto todo, hasta el amanecer, sin omitir ningún doloroso detalle, todo. Le contó de la mujer de ojos tristes que olía a jabón de ropa; de la vez que, después de llorar mucho, ella nunca despertó; de la noche larga en que su hermano y él durmieron abrazados a ella hasta que la policía se la llevó envuelta en sábanas; del hombre malo que olía siempre a alcohol, de la forma que pataleó colgado de la soga, del sonido de su cuello roto; de los lugares fríos, donde nunca había qué comer, donde te golpeaban hasta verte sangrar porque tenías hambre; de las calles frías y húmedas, de una ciudad cruel con los niños sin padres; del hermano bondadoso que partía el pan y siempre le daba el pedazo más grande a él; del horror que puede albergar un ser humano, de la crueldad sin nombre que puede soportar un niño; de su llanto, de su hermano despertándolo en la noche porque había conseguido qué comer, le descubriría una cesta de comida, pero él solo se fijó en que sus manos estaban

llenas de sangre. Era la primera vez en que vio en la mirada de su hermano tanto odio que ya no volvió a ser el mismo. «No dejes que me toquen. Les miento, los mato antes», hasta que él no pudo soportar su mirada de odio y huyó.

—Tenía doce años —le hablaba Ian tomando sus manos, dándole besos alternados en ellas, mojándolas con sus lágrimas—, quería que yo fuera el señuelo de sus víctimas cuando mató a ese hombre en mi presencia; escuché su risa, vi sus ojos descarnados. No hay forma que te describa lo que vi en su rostro era, era... el mal. Luego me llevó por segunda vez; sería quien le avisara si alguien asomaba. Me dejó parado en una esquina cuando lo ví doblar el callejón llevando a su víctima; yo comencé a caminar sin detenerme, caminé toda la noche hasta que ya no hubo retorno. Años después regresé para buscarlo, hasta que lo encontré en una horrible prisión, lo saqué de ese sitio, muy enfermo lo llevé a vivir lejos de Londres, al campo, quería que tuviéramos un nuevo comienzo. Por un tiempo pensé que era mi hermano había vuelto a mí, reía conmigo, teníamos conversaciones interminables de nuestro futuro, quise creer que sanaría, pero no era su cuerpo el que estaba enfermo, era su alma. Entonces, comenzaban a suceder extraños asesinatos en la zona: una mujer degollada en la ribera del río, un hombre asesinado en la curva del camino. Uno, dos, y más muertes inexplicables, acompañados a veces de robos absurdos. Yo lo trasladaba de un lugar a otro; un tiempo de tranquilidad y volvía a ocurrir lo mismo. ¡Yo lo sabía, Violet! —Ian dio un grito y se abrazó con fuerza a ella— ¡Que Dios me perdone! Yo sabía que era él, pero me negaba a reconocerlo, era tan fácil creerle, era tan convincente; lo negaba mirándome a los ojos, riendo, llorando, hasta que ya no pude negarlo más. Ante las evidencias lo confronté, y él lo admitió, me dijo que no podía evitarlo, que era parte de su naturaleza, como respirar, como soñar, como estar vivo. Tenía que matar para no sentir el dolor que tenía dentro. Huyó esa noche o yo lo dejé escapar, no lo sé. Ves, Violet, fue mi culpa: toda esa pobre gente murió por mí también. Si lo hubiese entregado a las autoridades o yo mismo lo hubiese mata...

—No, Ian —Violet lo interrumpió—. No, amor, no digas eso. Era tu hermano, tu única familia, el único afecto que tuviste en tu vida. No tienes la culpa de amarlo. Dios ve las cosas...

—Soy responsable de esas muertes —la interrumpió esta vez él—, ¡maldito estoy, debo ser castigado! Por eso no podré ser feliz nunca, condenándote a ti también...

—No, Ian. —Violet tomó su rostro, dándole besos ahogados en las lágrimas, le decía firmemente— La misericordia de Dios es infinita, él sabe, como lo sabes tú, como lo sé yo, que no actuaste por maldad, sino por amor. Tu único error fue amar a alguien que no puede ser amado.

Cuando salió el sol Ian dormía en sus brazos, ella lloró por él; sintió en su piel cada golpe; en su corazón, cada martirio, comprendió por qué Dios lo había unido a él: porque ella tuvo una infancia feliz, porque fue tan amada y protegida, porque la criaron de esa manera. Para tener un corazón fuerte, sano, que pudiera recibir el de él y ser su cura. Sin despertarlo, acariciando sus cabellos en un suave murmullo, le dijo:

—A partir de ahora, tus penas son mías, están aquí en mi corazón, aquí se quedarán para siempre.

Al salir, Randolph dejó a Gertrudis en el medio de la habitación pálida y temblando de miedo.

—Yo no sabía —logró hablar—, yo no sabía.

—Gertrudis, estás a tiempo —le dijo Violet.

—Me matará a mí también.

—Ian, piensa en Ian, Gertrudis, lo ahorcarán.

—No sé qué hacer, él tiene que matar a mi esposo o estoy muerta si no lo hace, si Randolph no mata al marqués, me mataré yo misma. Él tiene que matar a mi esposo...

—Gertrudis, por favor, ¿lo escuchaste?, ese hombre está enfermo. Te está utilizando a ti para destruir a Ian. Es un asesino, el odio a su hermano es monstruoso. Está haciendo todo esto para vengarse de él, ni siquiera es por el

dinero, eso es una excusa...

—Mírame, Violet —Gertrudis hablaba llorando—. Mírame, estoy a punto de volverme loca, ¿sabes cuántas veces al día deseo mi muerte?, ¿sabes el infierno que vivo con ese hombre al que llamo esposo? ¡Mira! —Gertrudis se descubrió la parte superior de su pierna, donde había cicatrices de quemaduras a lo largo de todo su muslo—, es el último juego que ha inventado mi querido esposo: apagar puros en mi piel si no le doy el placer que desea o de la forma como él lo desea, me tortura de esta manera. No sabes la aberración asquerosa que comparte mi cama, desde el primer día que me tomó, lo que me hace, las cosas que me hace hacer, estoy tan perdida, tan sucia, tan asqueada de mí misma. Sus perversiones no tienen límite, sus juegos sádicos, sus... No puedo seguir casada con él, no puedo, Randolph, tiene que matarlo...

—Pero ¿Ian?

—Me miro al espejo y no me reconozco, soy una cosa que la usan, la manipulan, desechan: soy basura, soy nada...

—Gertrudis, por favor.

—O tal vez te cuento de las fiestas de láudano, viejos como él, llevan a su jóvenes esposas, las drogan en fiestas privadas; de repente apareces en la cama con un desconocido que solo Dios sabe qué cosas te habrá hecho delante de tu propio esposo. Entonces, solo piensas en morir o en matarlo. Dime, ¿Ian me hubiese hecho algo así?

—No, Ian nunca te hubiese tratado así.

—¿No hubiese estado mejor casada con Ian?

—Sí —dijo Violet—, definitivamente, Ian es un buen hombre.

—Violet, Ian era mi destino.

—Lo siento, Gertrudis —dijo Violet también llorando—, de verdad lo siento.

—Ella no tiene la culpa. —Alexander se había quitado la mordaza y podía hablar—. Violet no tiene la culpa. Para que sepas, Ian la ama mucho, la adora.

Ambos comparten un amor real.

—¿Y yo? —dijo Gertrudis mirándolo con lágrimas que surcaban sus mejillas—, ¿qué será de mí?, ¿qué va a ser de mí? Randolph, tiene que matar a mi esposo. No puedo seguir en este infierno...

—Busca otra forma de arreglar tu vida —le dijo Alexander—, pero no a costa de la vida de inocentes.

—¡Yo también soy inocente! —gritó Gertrudis golpeándose el pecho— ¡Yo también soy una víctima!

—No —le dijo él—, ahora no, ahora eres igual que Randolph o igual que tu esposo.

Gertrudis se sentó en una silla al pie de Violet, se cubrió el rostro con sus manos y después de unos minutos comenzó a hablar pausadamente mirando al vacío.

—Estaba tan desesperada, pensando cómo matarme, cómo terminar con ese infierno, de repente Randolph se presentó en mi vida como mi salvador, en medio de tanta inmundicia me dio esperanzas..... me propuso matar al marqués, yo... ¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho?

—No fue casualidad que se hayan encontrado —le dijo Violet—, Randolph supo de ti y te utilizó para llegar a Ian. Ese hombre está muy enfermo, es la maldad personificada, el único propósito que tiene en su vida es destruir al hermano, que piensa que lo traicionó... Solo desea lastimarlo, quitándole lo que más ama, que soy yo.

—Es cierto —le dijo Alexander—, Ian y Violet se aman, Gertrudis. Matarás a tu esposo y por él deben morir dos inocentes. Luego, ¿qué?, ¿te casaras con ese asesino? Piénsalo, estás a tiempo, desátame.

—No podrás salir — dijo Gertrudis aturdida señalando la puerta—, Randolph tiene hombres que cuidan afuera, no hay manera de salir. Ni yo puedo.

—Gertrudis —le dijo Violet—, solo dame un papel y tinta, solo eso.

—Él me dijo que tu matrimonio no iba bien —dijo Gertrudis, sin prestarle

atención a Violet; hablaba otra vez desorientada, repitiendo palabras más para sí misma. —Enamoró a una doncella tuya, ella le traía información de lo que pasaba en tu casa; me dijo que el matrimonio de ustedes estaba mal, que no podías darle hijos, que... Ya no se los veía juntos en público y discutían por la presencia de un amigo tuyo llamado Alexander. ¡Qué estúpida!, yo le creí. Le quise creer y le creí. —Luego de una pausa, después de un sollozo ahogado agregó— Bueno, a luz de los hechos, supongo que todo es mentira—

—Sí, es mentira todo —dijo Alexander.

—¿Qué le ha hecho a la doncella? —preguntó Violet—. Es Mary Jean. Me pidió permiso para ir a su pueblo, para presentar a su prometido a sus padres.

—Yo —La miró Gertrudis y se tapó la boca con la mano—, no lo sé, lo siento.

—Es muy joven —le dijo Violet con lágrimas en sus ojos—, muy joven, estaba feliz porque iría a casarse. ¡Oh, Mary Jean! —después de una pausa agregó— Solo dame una hoja y tinta, por favor.

Randolph llegó y encontró a Violet sentada en el piso mirando la pared y a Gertrudis al otro lado, también sentada, con los ojos llorosos, sin atreverse a verlo a la cara.

—Bueno, ¿qué pasa? —Randolph tomó el rostro de Gertrudis entre sus manos y la besó en los labios—. Hay aquí muchas lágrimas, que estropean el rostro de una mujer tan bella. ¿Qué pasa, futura esposa?

—Nada-dijo Gertrudis volteándole bruscamente la cara

—¿Y tú cuñada? —Al ver a Violet volteó a preguntar a Gertrudis— ¿la desataste?

—Tenía que hacer sus necesidades- dijo ella.

—Ah. —Randolph se acercó a Violet y se fijó en la tinta de sus dedos—. ¿Tinta fresca? ¿Escribiste algo? ¿Qué es? ¿Dónde está?\_ Comenzó a revisar a Violet, mientras ella se defendía, hasta que toscamente metió su mano entre sus senos.

—¡Suéltala, maldito!, ¡suéltala! —gritó Alexander aún amarrado, dio un



salto e intentó darle un golpe a Randolph, pero este lo esquivó y de un puñetazo lo mandó al piso.

—¿Qué es eso? —preguntó al encontrar la nota que Violet había escondido en sus senos—. Una carta, ¿a ver qué dice?

*A quien corresponda, el culpable de mi muerte es el hermano de mi esposo, Randolph Townsend; me raptó junto a Alexander Romanov. Solo él es el culpable de nuestra muerte.*

*Para mi esposo Ian, tus penas son mías, tus alegrías son nuestras, mi amor, solo tuyo.*

*Te estaremos esperando por siempre, ponme mi vestido amarillo.*

—Conmovedor, muy conmovedor. —Randolph soltó una risa fuerte—. Sí, cuánto amor, sabes que vas a morir y solo piensas salvarlo a él. «Te estaremos esperando por siempre», ¿quiénes?: ¿tú y Alexander? ¿No hay alguien más? —Después de una larga pausa, soltó su siniestra risa—. ¡Oh, qué encantador! ¡Estás embarazada! —Soltó otra vez una horrible risa—. Imagino la desesperación de Ian: ya perdiste uno y ahora este, llevas a su pequeño bastardo, me tocó con premio.

—¡Basta, Randolph! —le dijo Gertrudis, también sorprendida por la noticia—, esto no está bien.

—¡Cállate, maldita perra! —le gritó Randolph—, tú le diste el papel y la tinta.

—No — dijo Violet—, estaban en el fondo de la oficina, yo los tomé sin que ella me viera.

—Randolph, déjala —dijo Gertrudis, se puso al lado de Violet y agregó—, está embarazada, esto no está bien, te pagaré el doble, el triple de lo que te prometí, ya no tienes que matar a mi esposo, no importa. No diremos nada, solo déjalos ir.

—¡Cállate! —Empujó a Gertrudis tan fuerte que la hizo caer al piso, fijando su atención en Violet y jalándola del rostro, la puso de pie— ¿Tanto

así lo amas?

—Más de lo que puedas imaginar.

—Pobre de ti. Yo también lo amé tanto como tú. Lo cuidé, lo protegí, hice de todo por él, luego me abandonó.

—No —le dijo Violet—, sabes que no fue así. Sí le diste mucho, pero le quitaste aún más. Te destruiste a ti mismo, delante de sus ojos causándole un infinito dolor. Eso no es amor. No nos compares.

Randolph la tomó con más fuerza, se acercó a su oído y le murmuró:

—Sabes que vas a morir. Tú y tu hijo van a morir. —Se la quedó mirando fijamente, pero el rostro de Violet seguía sereno, imperturbable—. ¿Por qué no lloras, *lady* Violet?, ¿nunca lloras? —le gritó él—. ¿Por qué no suplicas?, ¿por qué no imploras clemencia? ¡Pide por tu vida!, ¡pide por la vida de tu hijo!

—¿Serviría de algo? —le dijo ella—. No, Randolph, te conozco más de lo que piensas, más de lo que te conoce Ian, más de lo que tú te conoces. Mi abuelo me contó de personas como tú; después de lo que has hecho, después de tantas muertes, tú ya no sientes nada. No sientes piedad, no sientes lastima, no sientes remordimientos. Ese dolor del que le hablabas a tu hermano, es eso, la nada.

Randolph, aún sosteniendo su rostro, se detuvo un momento a verla con detenimiento, se concentró especialmente en sus ojos. Su mirada, eso era...era limpia, pura y fuerte.

—Entiendo —le dijo con una sonrisa—, ahora entiendo, ya sé qué vio Ian en ti, ahora entiendo todo, porque no pudo alejarse, por eso cantaba, lo salvaste —suspiró acercándose más a ella, hasta juntar sus labios a su oído—. ¿Y yo, *lady* Violet? ¿No podrás salvarme? ¿Qué tal si mato a Ian, me quedo contigo, te dejo vivir junto a tu bastardo, seré el padre de tu hijo, y vivimos el sueño? ¿No podrás también salvar mi alma?

—No, Randolph —le dijo Violet muy calmada, haciendo una pausa agregó— tú ya no tienes alma.

Él soltó una carcajada al mismo tiempo que con el puño cerrado dio un

golpe fuerte y violento directo al vientre de Violet; ella cayó inmediatamente al piso, Gertrudis gritó abalanzándose sobre ella. Cuando Randolph iba a patearla, recibió ella el golpe

—¡Sal de ahí! ¿Qué haces? —le gritó él.

—¡Déjala! —gritó Gertrudis—, ¡eres... eres un monstró!, ¡eres un monstró!.

—¡Sal perra!, estás en esto igual que yo.

— ¡No!, ¡no!, ¡no soy como tú! —gritó Gertrudis, histérica y fuera de sí—, ¡no soy como tú!, todavía soy un ser humano, ¡no soy como tú!.

—Sal, Gertrudis, o te mato a ti también.

—¡No soy como tú! ¡Mátame!, no me casaré contigo, no pasaré de un monstró a otro.

—¡Sal de ahí, perra! —Randolph le daba fuertes patadas para que dejara a Violet a quien cubría con su cuerpo—, ¡sal de ahí!

—¡No soy como tú! — gritaba y lloraba Gertrudis abrazada aún más a Violet—, ¡no soy tú!, ¡no soy mi esposo!, ¡no soy tú!

Alexander se arrastró, se irguió otra vez golpeando con su cabeza el torso de Randolph, por un momento lo dejó sin aire; al sobreponerse del golpe, cogió la cabeza de Alexander entre sus manos y lo aporreó varias veces en la pared hasta dejarlo desmayado.

—¡Maldito!, ¡maldito! —gritaba Gertrudis que no soltaba a Violet—, ¡maldito loco!

—Tú también me las pagarás, perra, me las pagarás.

Furioso, Randolph le dio otra patada a Gertrudis y salió de la habitación raudamente. Violet estaba inmóvil en el piso sin poder moverse por el dolor.

—Violet lo siento, lo siento —le decía Gertrudis llorando—, lo siento.

—Estoy bien, Gertrudis, estoy bien.

—Violet lo siento tanto.

—Acuéstame, Gertrudis, acuéstame, no puedo moverme, ayúdame a que mi bebe no sufra, solo acómódate.

—Lo siento, lo siento, yo no sabía, lo siento. ¡Dios mío, que hice!

—Vuelve a escribir la nota, Gertrudis —le hablaba Violet bajito, apretando sus labios en un gesto de intenso dolor—. Ian ya sufrió demasiado en esta vida. Demasiado. Él no debe morir, la nota, por favor.

«Maldita, maldita, las cosas no debieron salir así, esa perra me hizo perder el control, maldita, todos ellos suplicarían por su vida. —La sombra caminaba por las calle, como era su costumbre, pegado a las paredes o escondiéndose en la multitud, sin mirar abiertamente a nadie, levantando el cuello de su abrigo, refugiándose en el anonimato—. Gritarán piedad. No debe encolerizarme. Me provocó. Jugó con mi mente. Ella no debía haberme reconocido, ella no... pero lo hizo. Es cierto somos hermanos, cómo no iba a reconocerme, “tiene los mismos ojos”, le habían dicho más de una vez, “el mismo porte, la misma risa”. Tengo que tranquilizarme, ya es tarde, el sol está cayendo, la noche es mi amiga, la noche me dará mi venganza. Le quitaré la vida con mis propias manos, sentiré el ruido de su cuello partiéndose, haré que me mire, veré esos ojos apagarse. No es cierto lo que dijo, yo sí siento, siento, sentí su rechazo, su abandono, su desprecio. Todo lo que hice por él, todo... Él llorará por ella, como lloré yo por él. Ella es especial. La llorará tanto que solo la muerte será su consuelo. Sí, todo saldrá bien, solo tengo que tranquilizarme, no puedo fallar. Gertrudis también morirá, maldita, también ella, otra más que me traiciona. Ella no debió meterse, tonta, estúpida. Ese no era el plan, los mataría a ellos, luego nos casaríamos. ¡No importa!, igual con el dinero de Ian será suficiente, tendré la vida que merezco, lo que él me negó, y ellos tendrán su castigo. ¡Maldita Violet!, no fue mi culpa, ella me provocó, jugó con mi mente, maldita, maldita...»

Gertrudis sostenía la cabeza de Violet sobre sus piernas, sabía que ella no podía oírle porque hacía casi una hora que no abría los ojos ni pronunciaba palabra; la fiebre era muy alta y con un pedazo de tela de su manga le secaba la frente y en un suave susurro le decía:

—Lo siento, lo siento. Te odié por tanto tiempo, deposité en ti todo el odio que podía albergar mi corazón, te culpé a ti de mi desdicha, solo tú eras la

culpable del giro inesperado que dio mi vida. Te ví varias veces pasear con él del brazo, se los veía tan felices: te sostenía la mano fuerte, como protegiéndote, y tú reías de lo que él te decía. Comencé a pensar en que esa felicidad era mía, que me correspondía. Pero tú no tenías la culpa, Ian me lo dijo: quisiste desistir del matrimonio porque pensabas en mis sentimientos, ahora que te conozco sé que era cierto. Una persona como tú sí es capaz de hacerlo. ¿Quién me hizo esto entonces? Un padre ambicioso, un esposo depravado y sobretodo una mujer tonta, que sabía lo que le venía. Debí huir Violet, escaparme, jamás aceptar ese matrimonio. Pero tuve miedo de la pobreza, del que dirán. En medio del infierno, Randolph se presentó en mi vida, nos hicimos amantes, él prometió matar al marqués, liberarme, pensé entonces en Ian: nos casaríamos. Que se cumplirían mis sueños de viajar por el mundo...

—A Ian no le gusta viajar —musitó Violet.

—¿Cómo? —preguntó Gertrudis, algo sorprendida de que estuviese despierta.

—Es su otro gran secreto —le dijo Violet con una sonrisa aún con los ojos cerrados—: odia el mar, se marea; los primeros días vomita todo lo que come, también odia los hoteles, siempre hay algo malo, las sabanas están tiasas, el agua muy fría, la comida es desabrida. Nos han echado de todos a los que hemos ido. Y desconfía de los extranjeros, desconfía de todo lo que no es inglés. —Después de una pausa agregó— No, definitivamente a Ian no le gusta viajar.

—Entonces no era el hombre para mí —rio Gertrudis mientras gruesas y silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas

—Lo siento, Gertrudis.

—Lo siento yo, Violet.

—En otras circunstancias hasta hubiésemos llegado a ser buenas amigas.

—Sí, Violet, siempre he necesitado una verdadera amiga.

—Yo también. —Luego de una larga pausa agregó— Gertrudis, sigue hablando, aunque parezca que estoy dormida, por favor, no dejes de hablar.

Alexander despertó al sentir que le cortaban las amarras.

—Apúrate —le habló Gertrudis— apúrate, no tienes tiempo.

—¿Qué pasó? —le dijo él.

—Embriagué a los guardias. —Hizo un gesto de pudor, que la avergonzó, delante de Alexander—. Randolph está por regresar, está esperando solo que oscurezca para... Avientate por la ventana. Sal rápido y busca ayuda.

—¿Violet?

—Está muy mal, está haciendo fiebre y está perdiendo mucha sangre, no podemos moverla; solo sal pronto para traer ayuda. —Alexander echó una vista a Violet, que estaba tendida encima de unas mantas, con los ojos cerrados, sudando copiosamente.

—Huye también —le dijo Alexander— Iremos los dos por ayuda.

—No, no —respondió ella—, no puedo dejarla, está delirando, cree que soy alguien que se llama Bonnie, me ruega que no la deje sola, no quiere morir sola.

—Gertrudis, si Randolph llega antes y se da cuenta de que me has ayudado a huir, te matará, sal conmigo.

—No, yo me quedo, está bien, Alexander; yo hice esto, debo de quedarme con Violet, no la dejaré sola. Si no llegas a tiempo —Gertrudis hizo una pausa y suspiró—, dile a Ian que me perdone.

Las horas pasaban y pasaban. Ian recorría a pie las calles, tocaba las puertas, pero nada. El mismo muelle que había recorrido tantas de veces de niño, el muelle que lo salvó de su destino, era quien se negaba a regresarle a su esposa, ¿por qué ella? «Donde más te duele», le dijo él, «estás maldito». No, Violet tenía razón; no era cierto, él no estaba maldito, tenerla a ella en su vida era la prueba de ello. En un momento, cuando estaba oscureciendo, sintió el peso del mundo en sus hombros, cayó al suelo de rodillas. Después de años de silencio, a viva voz, rezó por un milagro y este llegó.

—¡Ian!, ¡Ian!, ¡encontraron a Alexander! Unos pescadores lo han recogido al final del muelle.

Randolph entró corriendo a la habitación; estaba rodeado, todas las posibles salidas estaban resguardadas por gente comandada por Ian y por varios inspectores de la policía. No había manera de salir; decidió entonces ir por Violet. Degolló a sus secuaces al encontrarlos dormidos en la entrada, con la pistola de Ian en la mano, se dirigió a donde estaban las dos mujeres. Gertrudis sostenía la cabeza de Violet en su regazo, acomodándole sus cabellos; ella seguía delirando, llamando a Ian, a Bonnie...

—No me dejes morir sola —hablaba Violet sujetando fuerte la mano de Gertrudis.

—No lo haré —respondió secándole el sudor de la frente.- eres mi amiga

—Sal —le gritó Randolph a Gertrudis.

—No —dijo Gertrudis tranquilamente sin levantar la vista de Violet—, no lo haré

—Estamos rodeados, solo con ella podré huir de aquí.

—¡Basta!, ¡esto se acabó, Randolph! Entrégate, y quizás Ian tenga piedad de ti.

—¡Que salgas, mierda! —La levantó de los cabellos y la arrojó con fuerza hacia el otro lado de la habitación. Cuando iba a tomar del brazo a Violet para ponerla de pie, la puerta se abrió bruscamente.

—¡Suéltala! —gritó Ian.

—Hermano —soltó su risa Randolph—, hermano.

—Retrocede lentamente, suelta el arma y levanta las manos.

—¿Es el fin, Ian?

—Es el fin, Randolph. —Pero la sombra no obedeció, se quedó inmóvil con el arma apuntando al piso. En un rápido movimiento Ian pateó con fuerza su mano e hizo que soltara la pistola.

—Mátame, Ian — le dijo Randolph mientras se sobaba donde había recibido el golpe. Mirándolo fijamente a los ojos repitió— Mátame, yo quiero morir, que acabe esto de una vez. Mátame, si he de morir, que sea por la única persona a la que le importé en esta vida, la única a quien alguna vez amé.

¡Mátame! —le gritó—. Mira lo que le hice a tu esposa, a tu hijo. Acaba con este dolor de una vez.

Ian apuntó hacia la cara de Randolph, quiso disparar, pero la persona que estaba frente a él se desdibujó presentándose ese niño, que partiendo un pan, le daba el pedazo más grande a él. Soltó la pistola al piso y volteó a ver a Violet. Si Randolph se agachó para tomar el arma y darse muerte o para matar a Ian, nunca se sabrá; al momento que tocó el arma del piso, una bala le atravesó la frente. El disparo vino del inspector de la policía, que en ese instante entraba por la ventana. Gertrudis se tapó la boca con sus manos escondiendo su rostro en el hombro de Alexander, que ya había entrado en la habitación. Ian ni siquiera volteó al escuchar el disparo, sus ojos estaban fijos en su Violet.

—Hola, princesa.

—Ian, solo Ian.

—Sí, soy yo. Exagerada como eres, dirás que estás muy mal.

—Sí, me duele mucho. Ian, llévame a casa.

Cuando Ian la levantó del piso y vio el charco de sangre en las mantas, emitió un rugido tan desgarrador que heló la sangre a todos los presentes. La acunó en sus brazos y salió por la puerta gritando desesperado por un médico.

—Ni siquiera me vio —le dijo Gertrudis a Alexander.

Gertrudis estaba en medio de la sala de su casa, algo repuesta pero aún con la huella de los golpes de Randolph en su cara; miraba hacia las ventana suspirando.

—Mi *lady* —le habló el mayordomo—, el señor Alexander Romanov.

—Hola, Gertrudis.

—Hola, Alexander. —Ella lo invitó a sentarse, luego de una pausa le habló — Vino la policía ayer, confirme la versión que ustedes dieron. Gracias por no acusarme.

—Nos ayudaste, además fue idea de Violet; ella le dijo a la policía que tú también habías sido secuestrada junto con nosotros, que aparentemente



Randolph creía que eras amante de Ian y por eso también quería deshacerse de ti.

—¿Cómo esta ella? —preguntó Gertrudis.

—Mejor, mucho mejor.

—¿El bebé?

—No —dijo Alexander.

Gertrudis se tapó la boca y lloró por unos minutos, mientras Alexander la observaba con pena.

—Lo siento mucho —dijo ella—, si pudiera dar marcha atrás. Yo lo siento tanto.

—¿Tu esposo? —preguntó Alexander, cambiando el tema.

—Esta aún de viaje, supo de las noticias, pero él no es tan inocente como la policía. En una larga carta me explica la manera que, de ahora en adelante, tendrá que aleccionarme para no verme involucrada en estos escándalos. Mi padre es de la misma opinión. —Con una sonrisa triste agregó— Espera que le dé su hijo varón para así poder deshacerse de mí, como lo hizo con su primera esposa. Empiezo a aburrirle.

—Toma, Gertrudis. —Alexander puso una bolsa de terciopelo en sus manos.

—¿Qué es esto?

—Es de Violet, para ti.

—¿Joyas? —preguntó Gertrudis al ver el interior de la bolsa.

—Sí, lee la nota, por favor.

*Para Gertrudis*

*El pasado, pasado es. En lo que a mí respecta solo recuerdo que me defendiste, aun a cuesta de tu propia integridad, que te quedaste a mi lado cuando más lo necesité, jurando no dejarme morir sola y no te marchaste de mi lado aunque también significara la muerte para ti. Por favor, escoge un nuevo comienzo.*

*Tu amiga Violet*

—No entiendo.

—Un nuevo comienzo, Gertrudis —le dijo Alexander—. De una forma equivocada y retorcida, quisiste tomar el rumbo de tu vida. Inténtalo de nuevo, pero de la forma correcta, sin hacer daño a nadie. Te ayudaremos.

—Pero...

Los jóvenes Jean Paul y Vespasiano habían ido a contar las novedades de Alexander y de Gertrudis. Después de semanas de encierro, Violet había aceptado dejar su habitación para bajar a conversar con ellos. Helen también estaba presente y por supuesto Ian. Violet estaba muy delgada, terriblemente pálida, pero sobretodo triste. Lo peor había pasado, los primeros días en que había regresado a casa fueron de los más angustiosos: había perdido mucha sangre, una infección fuerte la atacaba. Los médicos más reputados de Londres entraban y salían de la casa, dando como única solución, para desesperación de Ian, la espera. Al final pudieron rescatarla de la muerte, pero no al bebé; entonces, Violet se sumergió en una apatía y desolación infinita, casi no hablaba, comía muy poco, a Ian ni siquiera podía verlo a la cara, sin ponerse a llorar.

—Helen, ¿qué pasa? —Ian esperaba en la puerta de la habitación, Violet solo permitía que la condesa y la señora Holms la atendieran—. ¿Por qué no quiere hablarme?, ni siquiera me mira.

—El doctor Gevais le dijo que no podría tener más hijos.

—Le advertí que no se lo dijera.

—Cuando Violet pregunta no hay quien —hizo una pausa la condesa y agregó—, Ian, tarde o temprano lo sabría.

—Me culpa a mí por eso, por eso no me habla, me culpa a mí, ya que fue mi hermano quien...

—No, cariño —lo interrumpió la condesa—, como si no conocieras a tu esposa. Se culpa a ella misma, por no ser más fuerte, por no ser más grande, por haber caído en la trampa, en fin...

—Yo la amo tanto, Helen.

—Lo sé, Ian, dale tiempo, confía en el tiempo.

Al menos era la primera vez que salía de su cuarto y sonreía de la forma tan divertida que los jóvenes contaban el escape de Gertrudis. Violet les había hablado sobre la forma como ella la había defendido de Randolph, los golpes que recibió por protegerla, como teniendo la oportunidad de escapar con Alexander se quedó a su lado cuidándola; tanto la defendió que, por consideración a Violet, tanto Ian como Helen, enterrando sus dudas de su inocencia, y los jóvenes junto a Alexander, se comprometieron en ayudarla a escapar del perverso marido.

—Lo hicimos como una novela de detectives. —Comenzó Jean Paul con su relato—. Alexander tiene mucha experiencia en estos asuntos, porque en América ayudaba a pasar a esclavos del sur al norte. Consiguió papeles falsos, pasaportes, partida de matrimonio, pasajes: todo en un abrir y cerrar de ojos.

— Gertrudis —continuó Vespasiano— por su parte, siguió las instrucciones al pie de la letra, salió de su casa solo con la bata de dormir. La noche anterior a la llegada de su esposo, actuó como si nada, hasta organizó la cena que se haría al día siguiente para celebrar su llegada. En la madrugada revolvió el cuarto de forma muy silenciosa para simular un altercado, y salió por la ventana de su habitación hacia la puerta trasera, donde nosotros la esperábamos con el coche. Nadie se dio cuenta.

—Para esto yo —dijo Jean Paul— había violentado una puertas y roto un par de candados.

—Viejas costumbres que no se olvidan —agregó Vespasiano sonriendo recibiendo un codazo de su amigo que lo dejó sin aire.

—Cuando llegó el viejo —continuó Jean Pierre— se dio con la novedad que a su esposa la habían secuestrado nuevamente, probablemente sigue sentado esperando la nota del rescate. A estas alturas ella y Alexander ya deben haber llegado a América.

—Si es que no se habrán matado en la travesía —acotó Vespasiano.

—¿Cómo es eso? —preguntó Violet.

—Perdón, *lady Violet*—dijo Jean Pierre-, sé que es su amiga, pero qué mujer más odiosa. Primero que ella no viajaba en segunda clase, que cómo iban a viajar sin doncella; luego que no le gustaba el nombre que le habían dado de Ivana Romanov, que era muy vulgar, Alexander le explicó que tenían que viajar con el mismo apellido para pasar como esposos. Ella le contestó que el Romanov no le importaba, pero que el nombre de Ivana era de mucama rusa. Entonces, Alexander le respondió que era el nombre de su madre; se avergonzó por un segundo exactamente, pero le advirtió que apenas llegaran a América se lo cambiaría. Luego discutieron por quién debería cargar las maletas, por la litera adicional, por quién los iba a atender en el barco; en fin, subieron al barco entre discusiones como verdaderos recién casados.

—Si no se matan —dijo su amigo—, terminarán casados de verdad.

—A ver, muchachos —dijo Helen poniéndose de pie—, ya cansamos mucho a Violet. ¿A quién le toca acompañarme a mi paseo por la tarde? — Ambos jóvenes se disputaron la mano de la bella dama, pero German, que se había unido a la conversación, les ganó por puesta de mano.

—Esta tarde, mi bella condesa, le toca pasear con un verdadero hombre. — En un tono muy galante y en una actitud aún más seductora, brindó el brazo a la condesa, mirando a los jóvenes agregó— Ustedes niños, miren y aprehendan.

El comentario del siempre tan reservado y enigmático German desató la hilaridad de la condesa, salieron con los jóvenes, discutiendo pero sobretodo riendo.

Violet, sentada en el asiento principal, parecía muy pequeña, aun más que antes; tenía la sonrisa en los labios al ver la salida de sus buenos amigos. Cuando levantó la vista se encontró con los ojos de Ian. Se quedaron mirando por largo rato, hasta que Violet le habló;

—Si me preguntas cómo estoy, te reviento un florero en la cabeza.

Ian comenzó a reír y llamó a Alfred.

—Tráele el abrigo a mi esposa, iremos a pasear.

—No, Ian, no quiero salir.

—Anda, mi niña —le dijo Alfred poniéndole el abrigo en los hombros—,

te hará bien un poco de sol, estás muy pálida, el gusano también. Anda.

—Yo no...

—Si tienes fuerzas —dijo Ian tomándola de la mano— para querer arrojarme un florero en la cabeza, tienes fuerzas para salir a dar un paseo.

Subieron al coche, pero extrañamente Ian se sentó frente a ella; mientras iba en la marcha, le tomó ambas manos y le habló con mucha emoción:

—No puedo perderte otra vez. No puedo. No soy tan fuerte. Otra vez no lo soportaría.

—Ian...

—Sí quería tener un hijo, era un deseo muy grande en mi vida.

—Ian...

—Espera, Violet, sí quería, pero revisando mi vida hay un deseo que tuve, aún más grande que querer tener un hijo; un deseo que me persiguió por muchos años, un deseo por el cual supliqué, rogué, imploré y muchas noches me dormí llorando porque no se cumplía. ¿Sabes cuál era? Quería tener una madre. No sabes las veces que cuando estábamos en el hospicio hubiese querido que una buena mujer nos buscara y nos dijera a Randolph y a mí: «Hola, soy tu madre y cocino muy rico». —Rio despacio, luego agregó— Cuando eres niño y tienes hambre, tu mayor deseo es una madre que cocine bien. Pero ella nunca llegó. Ahora tenemos la oportunidad de ser padres, si queremos, hay muchos niños que están esperando y suplican por una madre como tú.

—No serán tuyos —le dijo ella mirando sus manos puestas en su regazo—, y otra mujer si te los puede dar.

—Dime Violet, ¿dirías que la vida te hubiese podido dar una mejor madre que Bonnie?

—No, claro que no.

—Pero ella no era tu verdadera mamá, tu abuelo no era tu padre. Y mira qué ser tan maravilloso formaron.

—Ian, yo...

—Hace unos días recibí las pertenencias de Randolph, eran pocas cosas: ropas viejas y anotaciones. ¿Sabes qué me dolió más? Unas cartas, no por lo que decían, sino porque mi hermano no pudo escribirlas; tenían muchas faltas de ortografía, mala caligrafía, no había ilación en sus pensamientos, en fin. Mi hermano era casi un analfabeto. No tuvo nunca una oportunidad Violet. Fue un niño violentado; al final el torturado se volvió un torturador. No disculpa su comportamiento, pero lo hace menos incomprensible. Nunca tuvo oportunidad, nadie se la dio, nunca sabré qué hubiera sucedido si unos padres buenos se hubieran cruzado en su camino... Él quizás hubiera sido diferente. Llegamos.

El hospicio era una casa restaurada muy antigua y muy grande. Era uno de los orfanatos en los que más colaboraba Ian. El señor Bedel salió a recibirlo muy presuroso y contento junto a una religiosa. Comunicándole que esperaban con ansias su visita, Ian presentó a Violet, que veía las instalaciones muy atenta a las explicaciones que le daba la monja. Albergaba a casi sesenta niños de todas las edades, recogidos de la calle o de otras parroquias, o que sus padres habían abandonado en la puerta. A pesar de la generosidad de personas como Ian, había mucha carestía; sin embargo, los niños estaban mucho mejor que en otros albergues.

—Tenemos menos mortalidad comparada a otros orfanatos. La llevaré a ver a los bebés. Tenemos dos que han nacido hace tan solo un par de semanas. Llamaré para que los alisten para que puedan verlos.

Mientras la madre daba indicaciones para que dispusieran de los bebés, un niño pequeño cruzó corriendo el salón; como corría viendo hacia atrás a su perseguidor, no se dio cuenta de que estaba Ian, chocando estrepitosamente con sus piernas hasta dar al piso. El ayudante del hospicio, que era quien lo perseguía, le dio el alcance, levantándole de las orejas.

—¡Pequeño rufián!

—¿Qué pasó ahora? —preguntó la religiosa.

—De nuevo golpeó a otro niño.

—¡Se comió la comida del hermano —gritó el pequeño mientras trataba de zafarse— luego le pegó!

—Por favor, suéltelo —intervino Violet—, por favor, lo lastima.

—Lo siento, mi *lady* —dijo la monja—. Basta, Jhon, llévalo a la sala de castigo. —El guardia lo llevó del brazo mientras el niño iba dándole patadas.

—Evitamos los castigos físicos a los niños —dijo la monja—, solo que hay veces...

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Violet.

—Quién sabe, mi *lady*, llegó hace unos días, los recogimos en el puente junto a su hermano. Calculo que él unos seis o siete, el hermanito unos tres. Abandonados por sus padres supongo, no dan razón si están vivos o muertos. —A medida que hablaba la religiosa, Ian se fijó en el rostro de Violet—. Son muy unidos: es la causa de las peleas, siempre están protegiéndose y cuidándose de que no los separen. —de repente ahí estaba, una luz cruzó sus ojos violetas, los traspasó cual rayo iluminándolos por completos, levantó la vista hacia él y le sonrió—.Son niños muy violentos, el mismo ambiente...

—¿Puedo ver a su hermano? —preguntó Violet sin dejar de sonreír.

—Mi *lady* —dijo la religiosa—, estos niños no son los indicados, menos para padres primerizos Si se van, se irán juntos, es muy cruel separar dos hermanos. Yo pensé que querían más pequeños...

—Creo que a mi esposa le gustaría verlos a ambos —dijo Ian sin dejar de ver el rostro sonriente de Violet.

—Pero son niños muy difíciles, toscos, groseros.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Violet sin dejar de mirar a Ian a los ojos.

—El mayor, Henry —dijo la religiosa—; el segundo no tiene nombre, él hermano lo llama por un apelativo, creo que «conejo». —Cuando la religiosa dijo Henry, Violet comenzó a reírse nerviosamente, se tapó la boca con la mano porque no podía dejar de reír y a la vez se le llenaron los ojos de lágrimas; mientras todo su cuerpo temblaba, tuvo que darse la vuelta para que la monja no pensara que estaba loca,

—Son niños de la calle, señor Townsend —volvió a hablar la monja—, criados como animales, muy difíciles de educar y de amar. ...

—Queremos verlos a ambos, madre —dijo Ian sin dejar de mirar a Violet, con una sonrisa en los labios también—, tráigalos y... gracias.

La monja se retiró con una sutil sonrisa en sus labios a la vez que apretaba fuerte un crucifijo que llevaba en el pecho. En cuanto salió del salón, Violet corrió para abrazar con mucha fuerza a Ian, le dio uno de esos abrazos que lo apretaban tanto y le devolvían la vida.

—Son ellos, ¿verdad? —dijo ella recostada a su pecho— Son nuestros hijos, ¿no?

—Si es lo que quieres —respondió Ian dándole besos en su frente.

—Son ellos —afirmo esta vez ella—. ¿Qué debo decirles? ¿Que soy su mama y que cocino rico?

—Sí, eso estará bien. ¿Estás segura, Violet? Escuchaste a la hermana, son niños muy difíciles, sobre todo el mayor; te harán sufrir y pelearán mucho antes de que te quieran.

—Oye —le dijo su esposa dándole un beso rápido—, pude contigo, ¿no?



## Epílogo

—¡Es un niño!, ¡un niño!

Violet agitaba la carta mientras le leía a Ian el contenido de la misma. — Ivanna tuvo un niño; dice que casi da a luz en la cárcel. La detuvieron en una manifestación a favor de derechos laborales de las mujeres, el pobre esposo estaba de viaje y tuvo que llamar al secretario de Estado para que la liberaran. Estuvo muy molesto con ella, pero cuando regresó a casa y supo que era niño, le perdonó su escapada a la marcha. Claro, después de tres mujeres... — siguió leyendo muy concentrada. Las cartas de su amiga eran muy esperadas por Violet. En Nueva York, Ivana Romanov tenía una vida bastante intensa: involucrada en actividades y movimientos de apoyo a derechos civiles de las mujeres e inmigrantes, viajaba por todo el país dando conferencias junto a su esposo. Ian escuchaba las siempre divertidas aventuras de los Romanov en América, desde el fondo del salón entretenido con sus hijos varoncitos, con los que estaba armando las vías para un ferrocarril en miniatura; Ian, como un niño más, discutía con ellos sobre dónde poner el conductor y quién debería manejarlo primero. Violet leía, pero levantaba la vista siempre para a sus observar a sus pequeños.

—Henry, mira a tu hermano, algo le ha puesto en la boca a tu Alfred.

El niño, que era el más grande de todos, casi un jovencito, se paró presto y le sacó el juguete de la boca a Alfred, que dormía sin darse cuenta de nada. Le dio manitas a su hermano más pequeño y prosiguió con el armado de la pista. Por el otro extremo de la habitación, desfilaban tres niñas siguiendo a *miss* Gloria, cada una con un libro en la cabeza.

—Derechas, derechas —les daba las indicaciones la tía—. Una dama debe caminar con la mirada al frente y la espalda recta. —Ian miraba aterrado la escena. «Una pata y sus patitos», murmuró al pasar por el lado de *miss* Gloria, a esto ella respondió su comentario con un gesto de fastidio, mientras que la

más pequeña de sus hijas le mandaba besos volados que él devolvió.

—¡Ese marido tuyo! ¡Parece un niño! —exclamó *miss* Gloria parándose al lado de Violet—. Compra esas cosas para jugar él, más que para los hijos. ¡Niñas, sigan caminando derechas! —Ian miraba a la tía, luego a Violet y suspiraba. *Miss* Gloria, después de su última visita, había decidido ella sola y sin ninguna invitación, que se quedaría a vivir permanentemente en casa de su sobrina, puesto que necesitaba mucha ayuda con la educación de los niños. Decía que ellos eran unos padres muy consentidores; los Alfreds, que fingían de abuelos, los llenaba todo el día de dulces, siéndolo la tía Helen era la peor de todas; les compraba todo el tiempo a sus hijas vestidos inapropiados para niñas decentes. Definitivamente ella era necesaria en esa casa para poner orden, disciplina y enseñar buenos modales a sus hijos. Más ahora que Violet estaba a punto de dar a luz, era imprescindible su presencia. Para sorpresa de todos, salió embarazada, cuando nadie ya lo creía posible; al principio, pensó que eran los pasteles de madama M que la hacían engordar, hasta que el médico de la familia, el doctor Gervais, el mismo que años atrás le había dicho que nunca podría tener hijos, se retractó anunciándole que tenía casi siete meses de embarazo. Terminada de leer la carta de su mejor amiga, Violet se quedó mirando la escena de su propio hogar: su esposo y sus hijos armando el ferrocarril; sus hijas desfilando, una tras otra, sonrientes; los Alfreds simulando dormir y dándole golosinas a las niñas cuando pasaban por su lado; Violet acariciaba su abultado vientre pensando que, aunque ese niño era un verdadero milagro, nunca podría quererlo más de lo que quería a sus otros hijos.

—¡Míralo, es un niño! —repetía *miss* Gloria parada a su lado. Ian había perdido en el juego, entonces sus hijos se habían abalanzado sobre él; sus hijas también habían botado los libros al suelo uníéndose al juego de tumbar a papá para hacerle cosquillas. *Miss* Gloria llamaba la atención a las niñas a que volvieran a sus clases y blanqueaba los ojos al mirar a Ian—. Ese marido tuyo...

—¿Y sabes qué es lo más maravilloso, tía? —Le dijo Violet con una

sonrisa—: que también me quiere.

La saga de los Townsend – II parte

# HENRY TOWNSEND, EL CONDE DE HAMILTON

*Telegrama*

*Alexandra se escapó a Londres. Ayúdame.*

*Ivanna*

«Es el colmo de la desconsideración», murmuraba Henry Townsend, conde de Hamilton, quien caminaba presurosamente a su destino. «Encima de todos los problemas de la fábrica, de hacerme cargo de Garden House, de cuidar a su terrible hermanita Bonnie. Encima esto». Sacar de la cárcel a la prima loca proveniente de América; y claro, tiene que hacerlo él. Porque es el hermano mayor, porque un día sus padres se dieron cuenta de que ya era hora de descansar y se dedicarían a viajar: se llevaron a sus hermanas mayores con ellos, bueno lo hicieron por Grace y un poco por Katy y por la orgullosa de Amy. Pero, ¿por qué su familia era así? ¿Por qué no podían ser un poco más normales? «Su prometida tenía razón: mi familia es un desastre, mis hermanos siempre están en líos, haciendo escándalos. Son tan excéntricos, incontrolables». Violet e Ian Townsend habían criado a hijos muy particulares. Y él era el único que tenía la cabeza sobre los hombros. «Saltó al coche del primer ministro y lo llenó de harina», le contó el inspector que la arrestó. «Mujeres histéricas que están exigiendo el derecho al voto». Ahora él debía hacerse cargo de la prima Alexandra Romanov, que un día decidió cruzar el Atlántico solo para meterse en problemas. «Otra que viene a complicarme la vida».

Continuación de la historia de la familia Townsend: ahora es el conde Henry de Hamilton, hijo mayor de los Townsend quien, a diferencia de sus seis hermanos, todos muy excéntricos, ha madurado para convertirse en un hombre sumamente formal y hecho a la medida de un noble inglés; pero todo cambia cuando conoce a su hermosa prima americana, Alexandra Romanov, una joven fuera de lo común, luchadora de los derechos civiles de las mujeres, adelantada a su tiempo y poseedora de un gran secreto. Ella atravesará un océano para demostrarle que no es tan normal como él creía y que, después de todo, es un Townsend.

También conoceremos a partir de cartas que intercambian las mejores amigas, Ivanna y Violet, la historia de ellas desde que se separan en Londres; cómo la primera descubre el verdadero amor camino a América, y la odisea de Violet e Ian de volverse padres de una «prole» de siete niños muy particulares, criados todos a la manera Townsend.

Si te ha gustado

*La violeta de Garden House*

te recomendamos comenzar a leer

*El destino tiene otros planes*

de Nuria Rivera

*Selección RNR*



Capítulo 1

Dicen que cuando una puerta se cierra, otra se abre. En mi caso ocurrió algo parecido. La puerta se cerró, pero en todas mis narices.

Hasta el momento en que el cajero se tragó mi tarjeta no supe que estaba en números rojos. Indignada, llamé al banco para preguntar qué ocurría. Hacía unos días que había cobrado mi sueldo de administrativa en Telecomunicaciones Müller. Me atendieron muy amables, y con tranquilidad me informaron de que se habían retirado todos los fondos aquella mañana. Exactamente quedaban veinte euros en la cuenta.

Entré en pánico.

Lo primero que pensé fue que habían pirateado mi cuenta. Pero al decirme que la operación se había realizado desde un cajero, apareció Rubén en el centro de mis sospechas. No quería ser desconfiada, pero aquella idea me atormentó.

Era la una de la tarde y tenía una hora para comer. No lo dudé, me dirigí a casa para hablar con él. Deseé que aún estuviera bajo las sábanas. Era lunes y él había trabajado la noche anterior. Sin embargo, estaba muy despierto cuando llegué.

Lo encontré en el sofá, en pelota picada, con Mari, mi compañera de El Ruedo, la discoteca en la que los fines de semana servía copas en la barra y en la que Rubén era uno de los porteros. La mesa estaba llena de polvo blanco y los dos parecían estar pasándoselo muy bien. No sé ni cómo no me los cargué. Con toda la rabia que pude les lancé una figura horrorosa que ella misma nos había regalado el día que reinauguramos la casa, porque él se venía a vivir conmigo.

—¡Dani! —bramó el muy cerdo y esquivó el golpe.

—¡Y mi dinero!

No contestó. Soltó una carcajada de suficiencia y farfulló que tenía deudas. Entre gritos le dije de todo y él, muy digno, me dijo que era una reprimida y una frígida y que él necesitaba otras cosas que yo no le daba. Se rio con ganas y le estampé un bofetón en la cara. Me miró con los ojos llenos de cólera. No sé de dónde saqué el coraje para enfrentarlo y reculó al instante. Ella se vestía



a toda prisa y rehuyó, todo lo que pudo, mi mirada de asco. Él también se vistió y muy chulo salió por la puerta, con ella pisándole los talones.

Espetó algo así como que volvería a por sus cosas. No le di opción, corrí al armario y lancé su ropa por el balcón que planeó como si fuera un avión de papel. Cuando llegaron a la portería sus calzoncillos, camisas, camisetas y tejanos cubrían gran parte de la acera de la Gran Vía.

Llamé al trabajo y dije que me había surgido un problema personal y no podía ir aquella tarde. Me derrumbé en el sofá y lloré de rabia e impotencia. Llevábamos dos años, medio viviendo juntos. ¿Desde cuándo me la pegaría con Mari? De pronto la idea de si me habría engañado con otras me doblegó y me sentí una mierda. A la media hora concluí que la autocompasión no me ayudaría y empecé a pensar en cosas prácticas del estilo: ¿Cuánto dinero tenía para pasar el mes? ¿Recurría a mis padres para que me ayudaran? Tenía que decidir si escondía la cabeza bajo tierra y esperaba un golpe de suerte o me levantaba, me lavaba la cara y reorganizaba mi casa y mi vida. Empecé por lo último.

Limpié la mesa y en el suelo descubrí mi cartilla del banco. Había sacado el dinero con ella. Respiré tranquila cuando llamé a un cerrajero para que cambiara el bombín de la puerta. La tercera llamada que hice fue a Mauro, mi encargado y jefe de El Ruedo. Nos conocíamos desde hacía años y se había convertido en un amigo. No le gustó cuando supo que salía con Rubén, opinaba que era un fanfarrón, pero yo no hice caso. Ni a él, ni a nadie que me dijera que éramos muy distintos. Y ahora me avergonzaba tener que darles la razón. Le expliqué que dejaba el trabajo. Me preguntó por qué, después de tres años, era así de impulsiva y le conté lo que me había pasado con Rubén y Mari. No quería volver a ver a ninguno de los dos. Él, gay hasta las cejas, me dijo que la vida me daría otra oportunidad. Agradecí de corazón que no me soltara aquello de «te lo dije» y se despidió entre sollozos y besos.

Tras una noche en la que no pegué ojo, me levanté con la idea de que tenía que cambiar de vida, pero necesitaba ganar más dinero. Había hecho números y no me alcanzaba para todo lo que yo quería con mi sueldo de mileurista. ¡Me

acababa de comprar un coche, joder! Un *Citroen Cactus* rojo, que era más un capricho que una necesidad, y me faltaban muchas cuotas por pagar. Tenía que eliminar gastos. Rubén se había llevado mis ahorros, solo dejó lo que guardaba en un billetero viejo. Supongo que porque no lo encontró y eso me obligaba a apretarme el cinturón. Ni siquiera me planteé denunciarlo. No conseguiría nada.

Los días de fiesta hasta la madrugada habían terminado para mí. Al alejarme del mundo de la noche podría centrarme en otras prioridades. Sin quererlo le acababa de dar una alegría a mi familia. Ellos nunca aprobaron que trabajara en El Ruedo.

Mis padres eran una pareja peculiar, funcionarios los dos, maestros para ser exactos. Llevaban una vida tranquila fuera de Barcelona y cada vez que tenían unos días libres se lanzaban a descubrir partes del mundo. De niña me arrastraban y de ellos aprendí a empaparme de la cultura, las costumbres y lo más emblemático de los sitios que visitaban. Hacer de turista es una ardua tarea. Habían querido que estudiara alguna carrera, incluso durante años me insistieron en lo bueno que sería sacarme una oposición a la Administración del Estado o a la Generalitat, pero no lograron convencerme. Aunque gracias a la influencia positiva de Anabel, mi mejor amiga desde el instituto, y a la obstinación de mi madre por los estudios, me matriculé en un centro de estudios financieros y me saqué un título de administración. No era economista ni nada parecido, pero se me daba bien lo que hacía. Eso me abrió las puertas para entrar en el apasionante mundo empresarial y tras varios contratos infructuosos entré en Telecomunicaciones Müller, hacia un año, de la mano de mi amiga. Compaginar los dos trabajos me permitía tener la liquidez que mi ritmo de vida requería: clases de danza, yoga e idiomas para no perder el tren laboral y, sobre todo, mi magnífico piso en el *Eixample* de Barcelona. Me resistía a perderlo. Antes vendía el coche o hablaba con mis padres para que me ayudaran. De lo único que estaba segura era de que algo tenía que perder.

Me metí en la ducha con la idea de que tenía que darle un nuevo rumbo a mi vida y pensé en todas las cosas que no había hecho, dejé de hacer o renuncié

porque a Rubén no le gustaban. No sé en qué momento me perdí y mi autoestima se condicionó a lo que otro pensara de mí. ¿Dónde había escondido a la chica divertida y segura del instituto? Me di un toque mental para no caer nunca más en eso. Si yo había dejado de perseguir mis sueños y me había acomodado, era solo error mío. Algunas elecciones son nuestras, aunque culpemos a otros.

Al salir a la calle me había convencido de que una nueva Daniela podría resurgir de las cenizas.

Entré con seguridad en las oficinas que estaban en la avenida Diagonal, muy cerca de *Francesc Macià*. Al llegar a mi puesto, Anabel ya estaba en el suyo. Aunque, como era habitual en ella, enfrascada en un juego con su móvil.

—Un día de estos te van a pillar —le anuncié muy seria.

—Hola... Oye, ¿dónde te metiste ayer?

Dejé el bolso en el archivador que había detrás de nosotras y tragué saliva. Me había prometido no soltar ni una lágrima más por lo ocurrido. Con una calma que me sorprendió hasta mí se lo expliqué. No me salté ni un detalle. Sin embargo, no pude evitar que mis ojos se humedecieran cuando relaté lo que me dijo y mi autoestima se fue al traste.

—No se te ocurra pensar que la culpa es tuya —intervino Anabel, sabía que podía pensar algo así. Empecé a tener problemas con el sexo al poco de salir con Rubén, me costaba llegar al final y él solía enfadarse—. En los problemas de cama son dos los implicados. Creo que, en el fondo, tú sabías que no era lo que querías, no era Rafa, pero seguiste con él porque era mejor que estar sola. Te retiraste y te conformaste con lo siguiente que apareció.

Entendí qué quería decir. Recordar a Rafa me hizo sonreír, fue mi noviete en el instituto. Nuestra relación había sido intermitente, tiempo después, y aún teníamos algo pendiente. Pero era cierto, nunca luché por lo que quería.

—Eres genial, Dani, solo tienes que creer un poco más en ti. Mírate, eres guapa, tu pelo es perfecto, no como el mío que he de domarlo, y con un cuerpo que escondes, ¿por qué? Porque a ese no le gustaba que te mirasen, ni siquiera te ponías tacones para no ser más alta que él. Te falta mala leche —concluyó.

—Algo tengo.

—Es cierto. Fuiste capaz de tirar sus cosas por la ventana. Bravo —se rio con ganas a la vez que aplaudía—. Me hubiese gustado verle la cara.

—Aunque no lo creas, estás delante de la nueva Daniela.

—No me creo que hayas dejado El Ruedo —dudó y guardó su teléfono—. Me he quedado sin copas gratis.

—¡Vaya! ¿Eso es lo que te preocupa? —dije molesta.

—No, tonta. Me duele que estés mal, aunque lo disimules se te nota —me aclaró. Anabel era muy perspicaz—. Solo espero que no le des ninguna oportunidad, ni te creas lo que dijo. Ya sabes que Rubén no era santo de mi devoción. Mucho músculo, pero cerebro pequeño.

Juntó el índice y el pulgar de su mano derecha con un mínimo espacio entre ellos y me lo mostró. Eso me hizo reír.

De pronto uno de los jefes apareció con una mujer. Más bien ella le seguía los pasos. Nosotras, al verlos pasar por allí, cuadramos los hombros. No pasaron desapercibidos para nadie. Discutían.

—Lo intentaré, Raúl, pero se está convirtiendo en misión imposible.

—Remueve cielo y tierra. Ofrece lo que sea o nos volveremos todos locos —concluyó el jefe antes de desaparecer en el ascensor.

La mujer dejó caer los hombros, casi con expresión derrotada, y se metió tras él.

Eso fue lo más emocionante de aquel día. El siguiente lo pasé entre listados de proveedores, facturas, albaranes y respondí por lo menos treinta correos. Pero no podía quitarme de la cabeza que necesitaba ganar más dinero. Me preocupaba perder mi piso en la Gran Vía, que aunque fuese de renta antigua se llevaba un buen mordisco de la nómina, sin alguien con quien partir los gastos. Me replanteé que tal vez debía mudarme a otro más económico o peor aún, compartirlo. Y esa era una opción que no pensaba repetir.

Reorganizar mis gastos pasaba por abandonar alguno de mis *hobbies*. Pero no sabía qué sacrificar. Anabel me decía que la danza era lo más prescindible

y tenía razón. Empecé a ir porque Rubén bailaba en un grupo y creí que compartir aficiones nos uniría más. Imaginé que un día yo también podría hacerlo. Menuda ilusa, lo que se reirían de mí. Ahora que lo pienso con calma, no sé cómo no me di cuenta de lo que ocurría entre él y Mari, que también bailaba en el grupo, y siempre se le juntaba mucho. Pero no hay más ciego que el que no quiere ver y Rubén y yo no pegábamos ni con cola, como decía mi madre, pero nunca quise hacerle caso.

Taché danza de la lista.

A la semana el agobio era ya bastante grande. Tenía que tomar decisiones drásticas, así que sin pensarlo demasiado corté por lo sano. Lo dejé todo. Incluso la escuela de idiomas. La secretaria, una mujer encantadora que conocía hacía años, me aseguró que podría recuperar el importe de la matrícula del trimestre que estaba a punto de empezar. Tuve suerte en eso.

El siguiente paso era buscar otra cosa o mejorar lo que tenía. Mi contrato era de auxiliar administrativa, si por lo menos tuviera una categoría más alta, como Anabel, mi sueldo aumentaría. Entré en la página de *Infojobs* e introduje mi *currículum*. Se me ocurrió que en casa me abriría una página en uno de esos portales donde la gente cuelga su historial profesional y sirve de lanzadera para que otros te conozcan y te tengan en cuenta.

—Sabes que cuentas conmigo —afirmó Anabel, le sonreí agradecida—. Yo puedo prestarte lo que necesites.

—Lo sé, pero quiero intentar resolverlo por mí misma. Tampoco quiero recurrir a mis padres. Si no lo consigo eres mi segunda opción —dije con una mueca tensa y ella me dio un pequeño empujón que me hizo reír.

—¿Por qué no subes a personal? —preguntó Anabel—. Podrías pedir que te subieran la categoría o el sueldo, ya llevas tiempo aquí. Total, por preguntar...

No era mala idea. En Telecomunicaciones Müller me sentía a gusto. Se respiraba un buen clima entre los compañeros. La mayoría rondaba la treintena. Era una empresa joven, filial de otra que estaba en Suiza y, esta, la dirigían tres socios.

Me levanté decidida ante los ojos de sorpresa de mi amiga.

—¿Voy bien? —pregunté alisando mi camiseta.

—¿Adónde?

—A personal.

Vestía unos tejanos claros, pitillo, y una camiseta con el cuello ancho que me caía por un hombro y por el que se veía la tira del sujetador. Anabel me miró de arriba abajo e hizo un mohín, me dedicó una sonrisa de cariño, como si yo fuera un perrito abandonado.

—Tendrá que valer —intentó transmitirme ánimos—. Ponte brillo en los labios y suéltate el pelo.

Me quité la goma y la coleta se deshizo. Sobre mis pechos cayó mi melena de color castaño. Por suerte era manejable, la ahuequé con mis manos y me puse un mechón detrás de la oreja derecha. Saqué el brillo de labios que tenía en el bolso, era un cacao con sabor, y Anabel me pellizcó los mofletes como solía hacer mi madre para darles un poco de color.

La miré descarada, ella lucía impresionante, era el modelo de ejecutiva. Con carácter serio en el trabajo, pero divertida y muy leal con sus amigos. Sus ojos eran grandes, negros, y destacaban en su cara redonda. Lucía siempre su melena rizada negra, muy cuidada e hidratada. Anabel era ese tipo de mujeres que sabían qué ponerse para cada ocasión. Vestía con falda, tacones, e iba maquillada con estilo, sin pasarse. Yo, sin embargo, optaba por la comodidad y prefería botas planas y pantalones. Pero en el fondo sabía que había adaptado mi forma de vestir a la de Rubén. Eso tendría que cambiar.

Con paso decidido me dirigí hasta el ascensor para subir a la planta donde estaba Recursos Humanos. Me hicieron esperar un rato y, cuando pensaba que se habían olvidado de mí y dudaba si marcharme, me hicieron pasar.

—Disculpa... ¿cómo te llamas? —preguntó la mujer que había visto con el jefe unos días antes.

—Dani... Daniela Ramos.

—Ah, sí. De facturación. Dime.

La mujer me miró seria, sin disimulo examinó mi apariencia y me hizo sentar.

—Verá, yo venía por —empecé a decir y me dio apuro pedir un cambio de categoría, llevaba un año y me habían dicho que la modificarían cuando llevara dos—... Quería saber si hay posibilidad de cambiar de puesto o hacer más horas.

—¿No te sientes bien dónde estás? —preguntó la jefa de Recursos Humanos—. ¿Has tenido algún problema con alguien?

—No, no... nada de eso. —No quería dar muchas explicaciones, pero fui sincera—. Es que necesito ganar más.

—Lo siento, Daniela, pero ahora mismo no tenemos ningún puesto libre. Tal vez más adelante.

Supe que la conversación había terminado. Sin darme cuenta me pasé las manos por los muslos. Me levanté del asiento ante la mirada escrutadora de la mujer, que me incomodó. Era como si me dijera: «Vas muy mona, pero para salir de copas, no para venir a la oficina». Ella llevaba un vestido que le quedaba impresionante. Capté la advertencia.

—Bueno, tal vez pueda pensar en mí si surge algo. Me adaptaría a lo que fuera. Gracias por atenderme.

Me giré decepcionada. Iba a ser difícil encontrar algo rápido y no quería dar marcha atrás a las decisiones que había tomado. Puse la mano en el pomo de la puerta y cuando iba a salir, la mujer me llamó.

—¡Espera! —Me volví con sorpresa y le di tiempo a que hablara, ella hizo un gesto con la mano para que me acercara—. Siéntate.

Cerré la puerta y obedecí. Ella empezó con el tercer grado.

—¿Sabes inglés?

—Sí, y alemán.

—¿Alemán? Bien, bien. —Parecía entusiasmada— ¿Te manejas con bases de datos, Excel, procesadores de texto? ¿Dominas la informática?

—Sí, claro —contesté extrañada.

Me miró pensativa y al cabo de unos segundos me explicó.

—Puedo ofrecerte un puesto. —Vi el cielo abierto, pero ella me hizo un gesto para que la dejara hablar—. Quedó vacante hace unos días. Serías la asistente de Oskar Müller, uno de los directivos. No sé si sabes que es el socio mayoritario. ¿Podrás hacerlo?

—Supongo que es hacer de secretaria, ¿no?

En aquel momento mi corazón se expandió. En el fondo me daba igual el trabajo, aprendía rápido. Había una posibilidad que me permitía seguir con mi vida y no iba a desaprovecharla.

—Sí, pero no cualquier secretaria. El señor Müller es muy exigente. Llevarás sus asuntos. Bueno, los que él te permita. Es muy suyo y suele tener bastante control en algunas cosas. Además, tendrías que firmar un acuerdo de confidencialidad. Pero es mi deber informarte que no es por mucho tiempo, unos meses. La dirección se está reestructurando. Él regresará a *Technologie Müller*, la sede central, que está en Zúrich. Ocupará su puesto en presidencia —explicó casi de tirón, hizo una pausa y continuó resignada—. Y hay tres aspectos que él reclama de su personal: vestimenta adecuada, disponibilidad para viajar y disponibilidad de horario.

De todo lo que había dicho solo me preocupaba una cosa.

—¿Qué pasará cuando se marche? ¿Podré regresar a mi puesto?

—Boris y Raúl, los otros dos directivos, no pondrán objeción —aclaró—. Aunque están muy interesados en que se cubra el puesto. Necesitan a alguien de enlace con la sede central cuando Oskar se marche, y que dirija un poco el departamento. Están saturados. Tendrás mucho trabajo y si te comprometes, una buena proyección de futuro.

Me comentó que el tal Boris estaba en Madrid porque allí había una oficina y habían tenido problemas con la fábrica, pero que regresaría en breve. Raúl se encargaba de casi todo, mientras Müller no regresara.

Lo pensé durante todo un segundo y contesté.

—No hay problema. Me adaptaré. Además, no tengo responsabilidades a mi cargo. Soy disciplinada en el trabajo.



—He de confesarte que la disponibilidad de horario significa que si él te llama a las tres de la madrugada porque está trabajando, espera que acudas a esa hora. Y si de pronto decide marcharse a su casa de Zúrich y trabajar desde allí, tendrás que ir con él. —La mujer parecía cansada, se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes—. Si aceptas estoy autorizada a doblarte el sueldo, que además ya es mayor del que tienes ahora, solo por cumplir estas exigencias.

Parecía una oferta fabulosa; sin embargo, pensé que había gato encerrado.

—¿Dónde está el pero?

—No te entiendo.

—¿Cuál es el problema con el puesto?

La mujer me miró con los ojos muy abiertos. Como si hubiera dicho algo inapropiado y soltó exasperada.

—¡Él! ¡Él es el problema! Es insufrible. —Al darse cuenta de lo que acababa de decir se disculpó—. Perdona, pero es que desde que se jubiló su secretaria hace dos meses, ha tenido tres asistentes y las tres han abandonado sin terminar el periodo de prueba. Empiezo a estar desesperada —añadió con una sonrisa—. Piénsalo si quieres y me dices algo mañana.

Suponía todo un reto, por lo visto el jefe era una especie de capullo. La barra de El Ruedo me había curtido para tíos así. No le di más vueltas. ¿Qué podía perder?

—Una pregunta —quise asegurarme—. Dentro del concepto «vestimenta adecuada» no entran los tejanos, ¿verdad?

La mujer negó risueña.

—Me temo que no. Falda, vestido, pantalón de vestir, tacones, aunque no son necesarios. Elegancia sin pasarse. Ni muy llamativo ni demasiado sexy.

Lo que me temía. Tendría que mirar en mi fondo de armario y sacar mejor partido a mi apariencia. Tenía una figura estilizada, el pelo con unas ondas naturales que recogía casi siempre para retirármelo de la cara. Si me maquillaba un poco los ojos, podría darle más profundidad a mi mirada. De

pronto me animé a cambiar de estilo. Anabel tenía razón, me escondía, y si quería ser la nueva Daniela necesitaba un cambio de *look*.

—Voy a hablar con Raúl, querrá conocerte, y podrá resolver las dudas que tengas, él lo conoce muy bien. Creo que podrás adaptarte al puesto sin problemas, no tengo la menor duda y, si no te dejas avasallar, habrás superado la prueba. Empezarías inmediatamente, aunque Oskar, el señor Müller, querrá entrevistarte.

—Sí.

—¿Sí?

—Que sí, que acepto el puesto —sonreí ilusionada—. ¿Cuándo empiezo?

A día siguiente, Montse, que así se llamaba la jefa de Recursos Humanos, me dijo que el señor Müller me entrevistaría por vídeo conferencia, se encontraba en Zúrich, pero primero lo haría el señor Jiménez. Ante mi cara de interrogación me aclaró que se refería a Raúl. Subimos a la planta de dirección. Nos recibió una chica con una gran sonrisa. Luisa era la recepcionista del departamento y dijo que podría contar con ella para lo que necesitase. Montse me dio paso al despacho del Director General. Me presentó y se quedó con nosotros. La entrevista duró cinco minutos, exactos. No me preguntó nada sobre mi *currículum*. Sin embargo, se interesó por si era una persona paciente.

—¿Que si tengo paciencia? —pregunté con cara de sorpresa.

—Te lo diré sin tapujos —dijo el director—. Oskar Müller tratará de deshacerse de ti a la primera de cambio. Él cree que no te necesita, pero se irá y yo necesito que aprendas cómo funcionan las cosas. Tómatelo como una formación exprés. Tu labor es resistir. ¿Puedo contar contigo para eso?

—Lo intentaré —respondí con vacilación.

—Espero que lo consigas.

Montse me invitó a salir, dijo que era la hora. Me condujo a un despacho enorme y por la placa que había en la puerta, supe que se trataba del de Müller. Estaba perfectamente ordenado y se respiraba tranquilidad. Un sofá destacaba en el mobiliario. Era un *chester* negro e invitaba a sentarse en él. La

mujer encendió una pantalla que estaba colgada en la pared y tecleó en una *tablet* que había sobre la mesa. Apareció una imagen bucólica, un precioso lago se veía a través de unos enormes ventanales y a lo lejos podían adivinarse unas montañas nevadas. Me dijo que estuviera atenta porque él aparecería en cualquier momento. Me dio ánimos y salió. Me sorprendió su despedida.

Mi imagen se reflejó en uno de los cristales. Vestía una camisa blanca, con americana y falda, negra. Me lo había prestado, hacía tiempo, Anabel y lo tenía de fondo de armario, para las emergencias. Por inercia, y para calmar mis nervios, trate de alisar arrugas imaginarias. Me había costado mucho decidir qué ponerme. A Rubén no le gustaba que enseñara las piernas, ni las curvas de mis pechos que no eran grandes, pero pequeños tampoco, y eran difíciles de ocultar con ropa ajustada. Por eso prefería los tejanos y las camisetas holgadas. Me evitaba su mosqueo. Qué idiota, nunca más dejaría que nadie decidiera qué debía ponerme. Cuando quería molestarme decía que provocaba a los moscones. Pero este traje, que recordaba haber llevado al entierro del abuelo de Rubén, aunque no era muy favorecedor, me servía para dar buena impresión y se ajustaba a los requisitos exigidos. Hice una mueca a mi imagen del cristal. No me gustaba nada. Si sobrevivía a la entrevista del jefe ya me buscaría una nueva indumentaria, con lo que iban a pagarme podría destinarle un pellizco.

Llevaba el pelo suelto, pero no estaba acostumbrada. Tenía calor, la americana me sobraba. Empecé a sentirme insegura y temí no pasar la prueba. Inconsciente, hice un pequeño moñete con el pelo, cogí uno de los lápices que había en un lapicero y lo sujeté. Inquieta, esperé el pitido que me anunciara la vídeo conferencia. Me descalcé y paseé por la mullida moqueta. No era como la que teníamos en administración. Me senté en varios sillones, no sabía desde cuál se vería mejor la pantalla, así que probé. Tuve la impresión de que se había movido la imagen, pero todo parecía igual. Decididamente se veía mejor desde el asiento del jefe. Estaba intranquila. Me levanté y cotilleé un poco. En una estantería había un par de fotos. Los tres jefes, supuse, cogidos por los

hombros, vestidos de esquiadores. En la otra estaba con una chica. ¿Sería su mujer?

De pronto una voz surgió de la nada y supe que me habían pillado *infraganti*.

—Cuando usted quiera podemos empezar.

Por un segundo me quedé paralizada. Su voz me afectó. Sé que me puse roja por cómo me ardía la cara. Miré hacia la pantalla y el impacto que recibí me noqueó. Unos ojos azules me escrutaban. Eran de un color aguamarina. El hombre de la imagen era fuerte, atractivo y de mirada profunda. Ese tipo de hombres que saben el efecto que causan. Su pelo era negro. Se llevó la mano hacia él y lo enredó entre sus dedos, como si quisiera echarlo hacia atrás. No sé por qué razón pensé si sería tan suave y espeso como parecía. Por un segundo cerró los ojos en un gesto cansado. Estaba sentado, delante de aquellos fabulosos ventanales, vestido con una americana azul marino y camisa blanca, sin corbata. Llevaba barba de varios días y lucía espectacular, aunque en su cara se reflejaba una mueca de cabreo continuo que me sorprendió. Este hombre se reía poco. Todo en él proclamaba a gritos tres palabras que lo definían: seguridad, poder y arrogancia.

Sonreí a la imagen, para disimular la tensión que me provocó, a la vez que por el rabillo del ojo busqué mis zapatos. Estaban cerca de la mesa. Recé para que la cámara no captara toda la habitación y los viera allí, tirados. Me moví en dirección a la pantalla y me sitúe frente a ella. Puse cara de la perfecta asistente.

Empezó a hacerme preguntas. Edad, puesto anterior, estudios. Yo respondía como una autómatas a la vez que él confirmaba en un papel que tenía entre las manos y deduje que era mi *currículum*. ¿Para qué me preguntaba si tenía toda la información? Su cara no reflejaba ninguna expresión, pero era muy consciente del examen que me hacía.

—¿Por qué quiere el puesto? Esto es diferente a lo que está acostumbrada.

—Necesito un cambio. No me asusta el trabajo.

Durante unos segundos me observó con cara seria, como si me analizara. Al

final dijo.

—Tome nota, por favor, voy a darle una dirección.

Tal vez fuera fachada, pero la mirada que me dedicó había conseguido su objetivo. Me quedé enganchada a ella y me costó reaccionar.

Estaba nerviosa. Me dirigí a la mesa. No sabía dónde encontrar un papel, los cajones estaban cerrados. Pero por suerte el cajón central, bajo el sobre de la mesa, estaba sin llave. Había un montón de folios en blanco, con su nombre en el membrete de la empresa.

—¿Está lista?

—Un segundo.

Saqué una hoja, fui a coger un lápiz del lapicero y mis dedos torpes tropezaron con él y cayó al suelo. Entonces fui consciente de que llevaba el lápiz en el pelo. Con disimulo lo cogí y sentí como mi pelo caía por mis hombros, hasta cubrir la mitad de mis pechos.

Él carraspeó y dijo en un tono que sonaba irritado.

—Está bien, señorita. Relájese... Y tome asiento de una vez, no quiero ver esos pies descalzos.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

La temperatura me subió dos grados. Me senté en su sillón y mordí el lápiz. Empezaba a sudar. Él clavó sus ojos en mí y me observó como si me analizara. Dijo algo, pero no supe qué.

Su voz hacía que abriera mis defensas, que me pusiera en guardia y estuviera alerta. Era como un instinto de supervivencia. Imposible relajarse ante su presencia. Aunque fuese virtual ese hombre me imponía.

—¿Preparada? No tengo todo el día.

Asentí con la cabeza y él me dictó la dirección. Tras unos segundos en silencio reinició sus preguntas.

—¿Tiene novio, señorita Ramos?

—No creo que eso importe.

—¿Lo tiene o no? —elevó la voz, molesto.

—Le repito que no creo que importe esa cuestión. —Me mantuve en mi posición, no creía que eso tuviera relevancia. Sin embargo, me arrepentí de mi arrebato porque podía perder la oportunidad del puesto.

—Eso es un no —concluyó sin mirarme, aunque yo no podía apartar mi vista de él—. Quiero tenerla a mi disposición a la hora que quiera y donde quiera —murmuró y clavó sus ojos claros en los míos. Sus palabras parecían que se referían a otra cosa—. No quiero excusas por problemas con novios, maridos o amantes.

Me observó con fijeza y esperó mi respuesta.

—No... no los habrá —titubeé.

De pronto se interesó por mis conocimientos de otros idiomas.

—¿Desde cuándo estudia alemán?

—Desde hace cuatro años. Nunca se sabe las puertas que te pueden abrir hablar idiomas.

Se quedó pensativo y creo que le agradó mi respuesta. Pero el muy cabrón siguió en alemán e inglés. Me costó seguirlo al principio, pero salí bien del paso.

Al cabo de quince minutos me dijo que me esperaba allí al día siguiente y que tendría noticias tuyas por mail. Él tardaría en regresar a Barcelona.

—Una cosa más, señorita Ramos. La próxima vez que contacte por vídeo conferencia, esté preparada desde el inicio. Lo mismo que usted veía mi estancia yo la veía a usted.

Me dejó perpleja. Me había estado observando todo el rato y no dijo nada. Levantó las cejas en una mueca de suficiencia que me irritó, pero me tragué el orgullo y solo asentí.

Casi cuando iba a cerrar la conexión, me atreví a preguntar.

—Señor... ¿qué hago con esta dirección?

Creí ver un amago de sonrisa en la comisura de sus labios, pero descarté la idea. Ese hombre no se reía.

—Vaya y averíguelo. Tendrán instrucciones para usted.